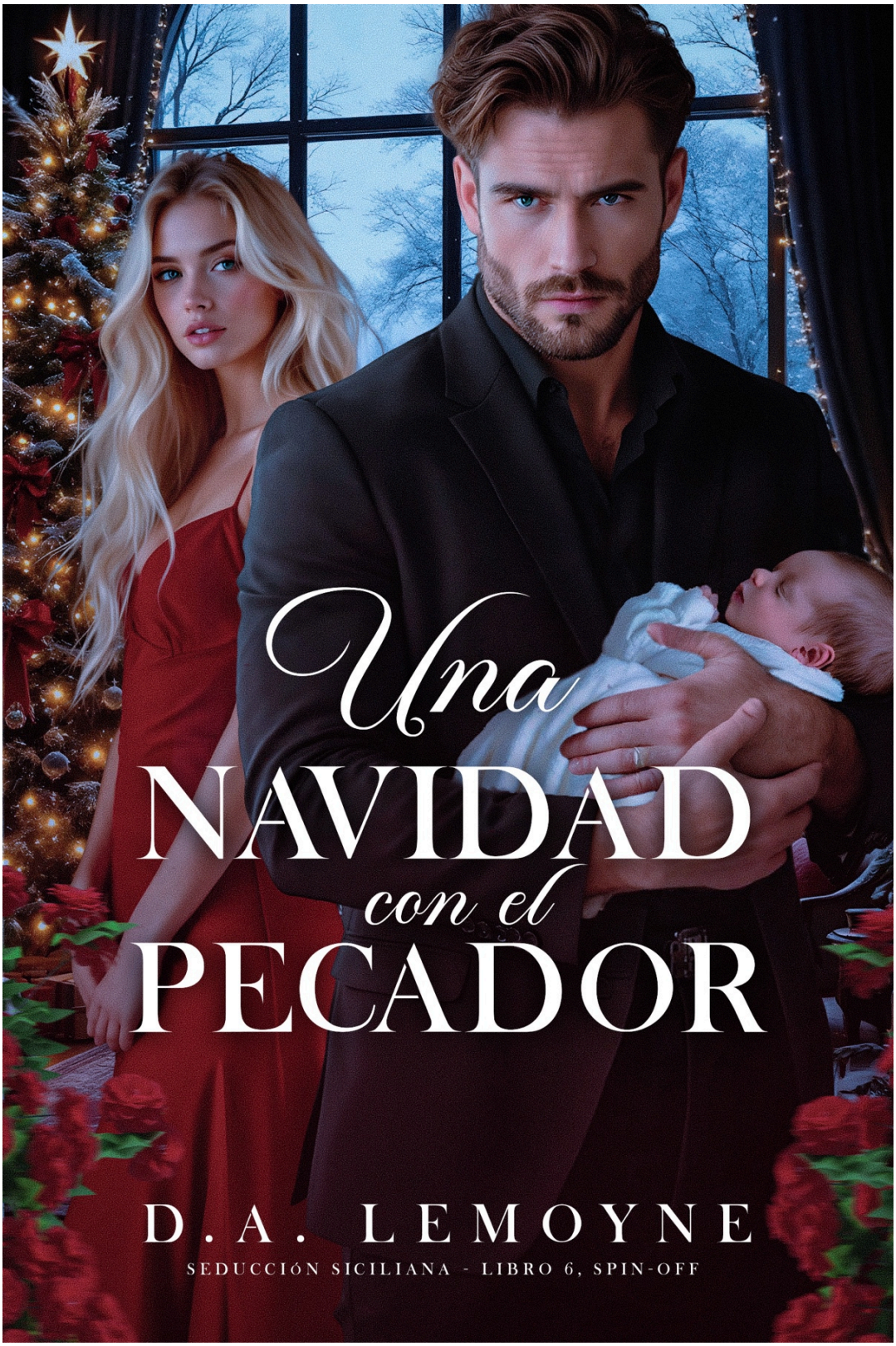

Una
NAVIDAD
con el
PECADOR
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 6, SPIN-OFF

D. A. LEMOYNE

Derechos de autor © 2025


Una
NAVIDAD
con el
PECADOR
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 6, SPIN-OFF



Página del autor en Amazon con una lista de todos los libros.

Una NAVIDAD *con el* PECADOR

D.A. LEMOYNE

SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 6, SPIN-OFF

Libros de la autora

La Família Lykaios

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

Seducción Siciliana

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Devoción siciliana: Protegida por él

Una Navidad con el pecador

La Hija que esconde al siciliano **(Siguiente)**

Hermanos Benítez

El Amor que eché de mi Vida (Siguiente)

Mi inesperado "amor para siempre" (Siguiente)

Tres regalos de color rosa (Siguiente)

—Por haber crecido entre monstruos, no quería acercarme a hombres malos, sin embargo, me enamoré de ti.
Eres mi único todo, Cesare. Soñé con un príncipe, pero te estoy entregando mi corazón a ti, a mi villano.

Aubrey
(*Una Navidad con el Pecador*)

D. A. LEMOYNE
dalemoynewriter@gmail.com
Copyright © 2025
Título original: Um Natal com o Pecador: O Bebê Inesperado do Mafioso
Título: Una navidad com El Pecador

Primera edición 2025
Carolina del Norte - EE. UU.
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Nombre del autor: D. A. Lemoyne
Lector Beta: C. Freitas
Diseño de portada: L.A. Designer Editorial
Ilustraciones: Gah Ilustra
Imágenes: Adobe Stock y Freepik
ISBN: 978-65-01-28085-1

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos es pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo 1
Epílogo 2
Bono - Ruggieri
Palabras de la autora
Sobre la autora

Sinopsis

Aviso: puede contener desencadenantes.

Aviso: Una Navidad con el Pecador, libro 6, spin-off navideño de la serie ***Seducción Siciliana***, es un volumen único. Los siguientes libros de esta serie se pueden leer por separado, pero es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Cesare Lattanzi Trovato es un hombre sin piedad. Capo de una de las familias más poderosas de la Cosa Nostra, domina el comercio internacional de armas con mano de hierro, aplastando a cualquiera que se atreva a interponerse en su camino.

Cuando alguien amenaza los negocios de la familia, se ve obligado a dejar Sicilia y viajar para resolver el problema. Atrapado en una ciudad que detesta, en plena víspera de Navidad, lo único que desea es volver a casa.

Pero todo cambia cuando se topa con una mujer cuyo rostro ni siquiera alcanza a ver, pero que despierta en él un deseo avasallador. Él, que posee todo lo que codicia en la vida, hará todo lo posible por tenerla, cueste lo que cueste.

Aubrey Grant está enamorada de la Navidad. Creció protegida por una madre amorosa, pero atrapada en una familia disfuncional. Tras perder a sus padres, huye de sus crueles hermanos y de la pequeña ciudad donde nació, y decide empezar de nuevo, sola, en Manhattan.

Con el corazón lleno de sueños, trabaja como vendedora ambulante para mantenerse, y cuando un milagro ocurre en la víspera de Navidad, decide salir de su casa y regalarse a sí misma una hermosa cena.

Sin embargo, Aubrey no tiene idea de que está a punto de caer en los brazos de un hombre fascinante, pero peligroso.

Cuando el destino orquesta el encuentro entre la joven de Kentucky y un poderoso siciliano, la pasión entre ellos resulta imparable.

Lo que iba a ser solo una noche de placer, quizá se transforme en un “para siempre", ya que la joven del interior podría estar llevando en su vientre al heredero del mafioso.

Para quien ama a un mafioso y al mismo tiempo no puede renunciar a un siciliano apasionado.

Carolina del Norte, 2025.

Nota de la autora

Una Navidad con el Pecador, novela 6 de la serie ***Seducción Siciliana***, contará la historia de Cesare Lattanzi Trovato y Aubrey Grant.

Mientras ella hace su debut en mi universo literario, Cesare ya fue presentado a los lectores en el libro 5 de esta serie, Devoción Siciliana.

Cesare es primo lejano de los Parisi Trovato y, a pesar del parentesco, la familia no mantiene relaciones porque los herederos de doña Ginevra no desean vínculos con la mafia.

Michele, protagonista del libro 5 de esta serie, sin embargo, quiere al primo como a un hermano y, a diferencia de los demás, se encuentra con él de vez en cuando.

Cesare es un Capo de la Cosa Nostra, responsable del comercio internacional de armas, y cuando un traidor y ladrón intenta engañarlo, se ve obligado a volar a Nueva York para ajustar cuentas.

Nuestra dulce Aubrey es una vendedora ambulante que tuvo que huir de casa tras la muerte de sus padres.

Aviso que, aunque se trate de una novela de Navidad y forme parte de la serie "Seducción Siciliana", este libro contará una historia sobre la mafia, al igual que los que vendrán, por lo que los temas tratados, la narrativa y las escenas serán muy intensos.

También aclaro que los otros hermanos de Cesare tendrán su propia serie sobre la Cosa Nostra, que es mi primera serie de mafia italiana.

Por último, mis libros siempre son historias únicas, pero mi mundo literario está completamente interconectado, por lo que eventualmente encontrarán personajes de una serie en otra.

No obstante, siempre explicaré de dónde provienen y dejaré una nota al pie indicando la obra correspondiente.

Espero que te enamores del universo que inventé, tanto como yo disfruté creándolo.

Un cariñoso beso y buena lectura.

D. A. Lemoyne



Aubrey



Prólogo

En el pasado

A los siete años de edad

Hoy mamá dijo que íbamos a hacer los adornos para nuestro árbol de Navidad, y no era cualquier árbol, sino uno muy bonito.

No es un árbol de verdad, pero mamá explicó que es mejor así, porque este no se estropea.

También me dijo que el nuestro será más hermoso porque lo vamos a llenar de amor.

Mientras corto estrellas de colores para colgarlas, mamá hace lazos con cintas doradas y rojas.

—Tijeras sin punta para que no te lastimes, Aubrey —siempre me dice ella.

Mi madre me protege de mis dos hermanos mayores. Son malos conmigo, pero le tienen miedo a mamá porque saben que si ella se enfada, eso pondrá a nuestro padre loco de la furia.

Él, como los muchachos, siente mucha rabia. O parece sentirla, porque siempre tiene una marca fea entre los ojos. Una marca de enojo.

No con mamá. Con ella, mi padre es como el cachorrito de la señora Pimball. Incluso creo que si ella le ordenara a papá que se tumbe para que le rasquen la barriga, él obedecería.

Se me escapa una risita al imaginarlo.

Soy buena imaginando cosas.

Siempre imagino la Navidad, aunque aún falte mucho. Me encanta esa época.

En Nochebuena nos vestimos con ropa bonita y mamá me trenza el pelo. Mis hermanos no me pellizcan porque "todo tiene que estar perfecto" dice ella, "ya que somos una familia".

A escondidas de ella, mis hermanos me contaron que no soy de la familia, que yo fui un "error" porque papá no quería tener una hija, solo hijos varones.

No entendí por qué era un error, así que fui a preguntarle a mi padre. Él no me respondió. Aunque no comprenda qué significa ser una hija "equivocada", sé que los errores son cosas malas, y quería que él me dijera que no, que yo no fui un error.

Él no dijo nada y entré a la casa llorando. Mamá me preguntó por qué estaba triste; cuando se lo dije, lloró conmigo y juró con el dedito que todo era mentira, que yo soy su hija adorada.

Esa noche escuché a mi padre dando una paliza a mis hermanos. Yo no quería eso y rogué a mamá que no lo permitiera, pero ella dijo que "los dos están insoportables y necesitan una lección".

—Si ser insoportable es igual a ser malo, mi padre también es insoportable.

—¿Qué dijiste, Aubrey?

¡Oh-oh!

—Nada.

—Te oí decir que si ser insoportable es igual a ser malo, tu padre también es insoportable.

—Sí, fue eso mismo.

Nunca le miento a mi mamá.

—¿Él te lastimó?

—No, nunca, jamás.

—Tu padre no sabe demostrar el amor que siente por ti, Aubrey, pero no es un hombre malo y… —Ella se detiene y sacude la cabeza.

—¿Qué pasa, mamá?

—Un día te pedí que nunca me mintieras, y yo tampoco te mentiré. Tu padre a veces puede ser como tus hermanos: un hombre malo. Pero incluso los hombres malos, si encuentran a una buena mujer de la que se enamoran, pueden volverse buenos. —Abro la boca para decirle que "mi padre la ama y sigue siendo malo", pero ella hace un gesto con la mano como para decir que aún no terminó de hablar—. Pueden volverse buenos para las mujeres que aman. Quizá solo para ellas. Nunca lo olvides, Aubrey.

—¿Por qué?

—Porque quizá un día te enamores de un hombre malo. Pero asegúrate de que sea bueno contigo.

—No quiero un hombre malo, quiero un príncipe encantado, como el de Cenicienta. Voy a vivir en un castillo y tendré el árbol de Navidad más grande del mundo.

Tomo el pegamento para arreglar el gorro del soldadito de plomo, que se está soltando, pero veo que casi se acabó, así que voy a la cocina porque sé que hay un frasco lleno en el cajón del medio, al lado del de los cubiertos.

Oigo gritos y miro por la ventana sobre el fregadero. Veo a papá empujando a un hombre, que cae al suelo.

—Aubrey, ¿dónde está el pegamento? Aún faltan muchos adornos por hacer, hija.

Corro de vuelta a la sala porque sé que papá se enfadará si me ve espiándolo.

—¿Por qué tardaste tanto? —pregunta ella.

—Papá estaba afuera con alguien. Me distraje.

Después de arreglar al soldadito, empiezo a hacer bolas que dibujé en el cartón de una caja de zapatos para colgarlas en el árbol. Están un poco torcidas, pero mamá dijo que lo torcido también es bonito, ya que todo está hecho con amor.

Un rato después, todo está listo y me preparo para ir a lavarme las manos antes de la cena cuando mi padre entra en la sala.

Él me sonríe. O al menos yo finjo que es una sonrisa. Más bien parece que le duele. Se le ven los dientes, pero el rostro no se le mueve.

Luego va hasta donde está mamá y ahora sí, le regala una sonrisa de verdad, porque hasta se ve bonito cuando le sonríe a ella.

—¿Qué están haciendo mis mujeres? —le pregunta.

—Las mujeres de tu vida han preparado el árbol más bonito del mundo, ¿no es así, hija?

Me pongo feliz y corro a señalarle una de las bolas que recorté y acabo de colgar en el árbol, pero él no la ve.

Creo que los hombres malos solo son buenos con las mujeres que aman.

¿No fue eso lo que mamá me dijo?

Papá la ama.

Yo los amo a los dos.

Mamá me ama.

Creo que sí, somos una familia.

¿Y mis hermanos?

Me había olvidado.

También quiero a Charle y a Bellington, pero les tengo miedo.

¿Somos realmente una familia?



Aubrey



Capítulo 1

Presente

Doce años después

Sé que solo tendré una oportunidad.

Nada más que eso.

El amor que siento por mi madre me hace desear quedarme hasta el final, mientras los cuerpos de mis padres descienden a la tierra dentro de los ataúdes, pero el instinto de supervivencia me dice que no puedo hacerlo. Ella ya no está viva y nadie podrá protegerme.

—Necesito ir al baño —le digo a mi hermano mayor.

—¡Qué demonios! ¿Ahora?

Asiento con la cabeza sin mirarlo a los ojos, no solo porque le tengo miedo, sino porque él me conoce demasiado bien. Sabrá que estoy mintiendo.

—No te alejes mucho —dice—. No nos quedaremos aquí. Ya todo está hecho.

Mientras él me autoriza a usar el baño, evito incluso girar la cabeza hacia mi otro hermano. Charle, el mayor de los tres, es tan malo como lo era papá, pero Bellington es, sin temor a equivocarme, lo que la sociedad llama un psicópata.

Hay una razón para que yo quiera escapar, y no es solo porque mamá ya no esté. Anoche escuché una conversación entre ellos sobre cómo sería el futuro, y en sus planes estaba casarme con uno de sus asociados. No tengo la menor idea de quién sea él porque no pienso dejar que eso suceda. Cualquiera que se asocie con mis hermanos (con mi familia, en realidad) no puede ser algo bueno.

Además, no quiero casarme a la fuerza con nadie. Voy a vivir de mi arte y alegrar a muchas familias esta Navidad.

Todo comenzó aquella noche, hace doce años, cuando mamá me pidió ayuda para armar el árbol. Desde entonces me perfeccioné en hacer adornos navideños hasta el punto de que todos los vecinos quisieran al menos uno para colocar en sus árboles.

A mi padre no le gustaba eso. Decía que no necesitaba trabajar para extraños, y eso, al final, resultó cierto.

Hace mucho que dejamos atrás nuestro estatus de pobres. Pasamos a vivir en una casa mejor y a tener buena ropa. Sin embargo, cuanto más dinero entraba, más personas peligrosas frecuentaban nuestra casa.

Mi padre enfermó y mis hermanos se hicieron cargo de los negocios. Ya no tenía fuerzas para golpearlos ni para mandar a nadie, y Charle y Bellington se volvieron cada vez más crueles con todos en la familia.

En el pasado, mi padre fue como ellos, pero al final de su vida era apenas la sombra del hombre poderoso que había sido, aunque sus ojos seguían siendo tan malvados como siempre.

La manera en que mis hermanos trataban a mamá y a mí fue empeorando en agresividad, porque papá ya no podía protegerla a ella ni a mí.

No tengo dudas de que, si ella hubiera seguido viva, llegaría un momento en que la golpearían. Mis hermanos no respetan a las mujeres. Nos tratan como si fuéramos "cosas" para ser usadas.

Con respecto a sus novias (si es que se puede llamar así a aquellas con quienes se acuestan), lo único que quieren de ellas es sexo.

En lo que a mí respecta, obediencia.

Piso una rama en el camino al baño y el sonido me asusta, lo que muestra lo aterrada que estoy.

En cuanto recibí la noticia de que mis padres habían sido asesinados, incluso antes de escuchar la conversación de mis hermanos sobre casarme, supe que necesitaba huir.

Podré llorar la pérdida de mi madre cuando esté a salvo, pero ahora necesito asegurar mi libertad antes de que sea demasiado tarde.

Pasé toda la noche con el teléfono móvil estudiando el cementerio y sé que el baño queda medio escondido entre algunos árboles.

Una bendición que esto sea un entierro y no una cremación, porque de otro modo no tendría una buena excusa para estar afuera de la capilla, donde fue el velorio y donde ahora ocurre el sepelio.

Mis hermanos son astutos, y quizá en poco tiempo entiendan que tengo un plan para escapar. Debo actuar rápido.

Mi corazón late descompasado en el pecho, tan helado como el viento que me corta la piel.

Estoy tan asustada que siento náuseas, pero nunca voy a rendirme sin pelear. No soy una mercancía y tendrían que matarme para obligarme a casarme con alguien a quien no amo, uno de sus sucios cómplices en delitos.

El dolor de la pérdida aún pulsa en cada rincón de mi ser, pero la urgencia de escapar se impone sobre el luto.

Mi corazón late aún más fuerte cuando noto que algunos de los presentes comienzan a dirigirse hacia sus coches.

En poco tiempo, solo quedaremos yo, Charle, Bellington y sus guardaespaldas.

Apuro el paso hacia el baño exterior, ubicado en la parte trasera de la pequeña capilla del cementerio.

Mis pasos son automáticos, me siento como un robot, como si estuviera viendo la escena desde fuera. Creo que es un mecanismo de defensa de mi cerebro, porque no tengo dudas de que, si me encuentran huyendo, seré castigada.

A pocos metros de llegar al baño, en lugar de entrar por la puerta con el símbolo femenino, sigo recto con la mirada fija en la

línea de árboles que marca el inicio del bosque denso.

El aire frío se mezcla con la adrenalina que me recorre.

Mis hermanos están tan confiados en el terror que me inspiran que ni siquiera se les pasa por la cabeza que yo intentaría escapar.

¿Y si descubren mis planes?

El miedo me aprieta el estómago.

No hay tiempo para vacilar, y en cuanto alcanzo los árboles (justo donde comienza un río, como vi en el mapa en internet) saco el teléfono móvil de la bolsa y lo lanzo con todas mis fuerzas al agua, intentando que se vaya lo más lejos posible, porque sé que a través del aparato podrían rastrearme.

El sonido del teléfono nuevo, que mamá me regaló en mi último cumpleaños, golpeando una piedra y después hundiéndose en el agua, parece un mal presagio, pero no tengo tiempo para supersticiones.

Prefiero creer en el simbolismo del acto, como una línea divisoria que me separa de mi antigua vida.

No pierdo tiempo y empiezo a correr.

El manto verde del bosque me envuelve cuanto más me alejo de las zonas con tumbas, y el terror a ser llevada de vuelta me hace imaginar que ya están cazándome.

Cada sombra del atardecer parece la silueta de uno de mis hermanos.

Cada crujido de ramas partidas suena como una alarma en mi cerebro, avisándome que ellos están cerca.

No puedo dejar de correr.

Voy a lograr sobrevivir sola.

Por más cruel que el mundo pueda ser allá afuera, encontraré mi camino.

Ellos nunca me someterán.

No mientras pueda correr.

No mientras pueda luchar.



Aubrey



Capítulo 2

Manhattan

Días después

Yo nunca pensé que el sonido fuerte de las bocinas podría convertirse en música para mis oídos.

Ni que el frío que endurece mis huesos y la gente chocando contra mí terminarían siendo un consuelo.

Con respecto al ruido, mi felicidad es saber que por fin llegué a Manhattan. Un lugar con el que soñé toda mi vida porque creo que es donde las calles se ven más hermosas en Navidad.

En cuanto al frío y los empujones (incluidos dos pisotones en el pie que me dolieron como el demonio), mi satisfacción es que eso significa que estoy viva.

Por milésima vez desde que bajé del tren, disimuladamente reviso dentro del sostén si el dinero que traje conmigo cuando me escapé todavía está ahí.

Sí, está. Gracias a Dios, puedo sentir los billetes contra la piel.

Aunque llevábamos años con una buena situación económica, a medida que los negocios de la familia fueron "expandiéndose", ni mi madre ni yo teníamos mucho acceso al dinero. Cuando mi padre todavía estaba al mando de todo, a veces le regalaba efectivo a mamá y ella siempre me daba un poco para que ahorrara.

Desde que él enfermó, mis hermanos ya no nos pasaban nada a nosotras dos, dejándonos completamente dependientes de ellos.

Además, yo tenía prohibido trabajar. Para Charle y Bellington, las mujeres no tienen cerebro ni derecho a ser independientes. Deben obedecer y jamás podrán estudiar una carrera.

El dinero que tengo no es mucho, porque aunque mi padre adoraba el suelo que mi madre pisaba, nunca le daba grandes cantidades. Supongo que temía que un día ella lo dejara si no necesitaba depender de él.

Yo nunca creí eso. Vaya a saber por qué, mi madre lo amaba incondicionalmente y su devoción hacia él era absoluta.

Siento un copo frío de nieve caer sobre mi nariz.

Camino varias cuadras, sabiendo exactamente adónde quiero ir. El mismo escenario que vi miles de veces en las películas. Me toma unos diez minutos llegar a Times Square, pero hasta disfruto la caminata porque me calienta un poco.

La nieve cae despacio, como si Manhattan me diera permiso para acostumbrarme al lugar y no salir corriendo por el frío intenso.

Es de mañana, pero está tan gris que parece de noche. Aun así, pierdo el aliento cuando miro a mi alrededor, en pleno corazón turístico de la isla que hasta ahora solo había visto en la televisión.

La gente de Willow Creek[1], la ciudad donde nací en Kentucky, se toma muy en serio la celebración de Navidad, pero esto no tiene comparación.

Cada año organizan el Festival de Luces Navideñas, donde los vecinos decoran la plaza principal con adornos hechos a mano. Todos se reúnen para cantar villancicos y participar en competencias, como el desafío del donut colgado de una cuerda, en el que los concursantes deben comerlo sin usar las manos.

Nuestra familia, claro, jamás participaba en nada de eso.

Éramos los excluidos porque todos sabían que los ingresos de mi padre y de mis hermanos venían de negocios ilegales.

Mi ciudad, con una población de unas veinticinco mil personas, es conocida por su sencillez, pero también por sus tradiciones conservadoras.

No les gustan los criminales y, tan seguro como que el sol sale todos los días, no se mezclan con ellos.

Lo que había de parte de los habitantes era un desprecio silencioso, disfrazado de respeto.

No importaba que yo ya no usara ropa remendada ni que mis zapatos fueran nuevos. Ninguna niña tenía permitido jugar conmigo en la escuela porque sus madres sabían que mis hermanos eran mala junta.

Alguien pasa vestido de Papá Noel, pero en lugar del traje tradicional, lleva en la parte superior, cubriéndose el pecho, un disfraz que imita un abdomen marcado.

Me sonríe a través de la barba blanca falsa y puedo ver unos ojos bonitos detrás de todo ese disfraz, pero yo no soy del tipo de persona que se impresiona con ojos lindos o sonrisas. Mis hermanos son guapos y, aun así, son tan malvados que hasta el diablo les tendría miedo. Por eso, paso de largo ante el extraño que parece a punto de hablarme.

¿Será que adivina que soy una turista pisando Manhattan por primera vez? ¿Una chica ingenua del interior de Kentucky, fácil de engañar?

La respuesta a las dos primeras opciones tal vez sea sí. Es mi debut en la isla y soy del interior de Kentucky. Pero en cuanto a ser fácil de engañar, crecí con dos "maestros" perfectos que me demostraron que belleza y maldad no se excluyen mutuamente.

—¿Dulce o truco, preciosa? —me dice, cuando nota que no me voy a desmayar solo porque me sonrió.

—Te equivocaste de fiesta, Santa Claus. Ya no estamos en Halloween.

Sigo adelante sin mirar atrás. No vine a Nueva York a meterme en problemas. Solo quiero tener la oportunidad de hacer mis propias elecciones.

Me detengo justo en el centro de Times Square y doy una vuelta sobre mí misma, maravillada con las luces. Estoy segura de que nunca voy a olvidar este momento mientras viva, porque todo en este día huele a sueño y libertad.

—¿Primera vez en Manhattan? —Escucho que alguien pregunta detrás mío, y cuando me doy vuelta me encuentro con un duende, ayudante de Papá Noel.

A pesar del disfraz extraño, con orejas puntiagudas, gorro verde y ropa a rayas rojas y verdes, obviamente es una chica. Es bajita y puedo ver que, debajo del gorro, se escapan unos mechones de cabello color cobre.

—Sí. ¿Es tan obvio?

—Es que estabas con "esa expresión".

—¿"Esa expresión"?

—Sí, de asombro. La misma que yo tenía en la cara cuando salí de la Grand Central Station hace tres meses —dice, refiriéndose a la estación de tren más famosa de Manhattan.

—Oh, estoy realmente asombrada. No puedo disimularlo.

—¿Quieres ir a comer algo?

—¡Si ni siquiera sé tu nombre!

Ella sonríe y me extiende la mano.

—Mucho gusto. Elfo Navideño.

Trato de disimular una carcajada, pero fracaso.

—Y yo soy la nieta de Papá Noel.

Ella me guiña un ojo.

—Mi nombre es Candy.

—¡Estás bromeando! —Me río.

—No, lo juro. Y si te digo mi apellido, te vas a desmayar de la risa.

—Soy fuerte. Dilo.

—Candy Delight.

—¡Jesús! ¿Qué estaban pensando tus padres cuando te bautizaron?

—¿Verdad? "Delicia Dulce" suena como nombre artístico de una stripper. ¿Y el tuyo?

Decido salvarla del momento incómodo y seguirle el juego.

—Cherry Kiss.

Candy se ríe tanto que se dobla en dos, llamando la atención de los transeúntes.

—Está bien, "Beso de Cereza", no creo ni por un segundo que ese sea tu nombre, pero vamos a comer algo porque tu piel está tan pálida como la de alguien a punto de desmayarse de hambre.



Aubrey



Capítulo 3

La gente camina apurada, como si cada uno tuviera algo muy importante que hacer. Tal vez sea verdad, o quizá simplemente ya se acostumbraron a una vida acelerada.

Es un contraste enorme con Willow Creek, pero en cierto modo me gusta este caos. El silencio y la vida en el campo no van conmigo.

—¿Qué quieres comer? —pregunta Candy.

—¿Algo barato?

—No te preocupes. No buscaría nada que salga más de diez o quince dólares para cada una de nosotras. Aunque tú… —Hace una pausa y me observa de arriba abajo.

—¿Qué hay conmigo?

—No estás usando ropa barata. De hecho, si no fuera por esa cara de muerta de hambre, pensaría que eres rica.

Llevo mi mano al pecho, fingiendo estar ofendida.

—¿Cara de muerta de hambre? Tu nombre no te queda bien, *Delicia Dulce*.

—No te lo tomes personal. Suelo hablar más de lo que debería, pero en tu caso no es más que la verdad. Estás demasiado bien vestida para ser una chica perdida.

—Me escapé de casa.

Ya íbamos a entrar en una cafetería de esas que abren las veinticuatro horas, pero ella me detiene sujetándome del brazo.

—Estoy confundida como el carajo. ¿Te escapaste de tu casa? No pareces menor de edad.

—Bien. Ya empiezas a caerme mal —bromeo—. Primero me llamas muerta de hambre, y ahora, vieja.

—¿No eres menor, verdad? Porque si lo eres, te llevaré en este instante a una comisaría.

—¿Y dirías qué? "Encontré a esta niña tratando de robar la fábrica de Papá Noel". Tranquilízate. No soy menor. Me escapé de mis hermanos.

—Vaya, drama familiar. Mi tipo de romance favorito. Entremos a comer y puedes contarme toda tu historia.

Sonrío cuando escucho una campanita sonar al abrir la puerta y entrar en la cafetería.

Me sentía medio congelada por el frío de afuera, y el calor del lugar es como recibir un abrazo.

Respiro el aroma de la comida y mi estómago protesta, porque desde que me escapé del cementerio, lo único que compré fue un paquete de galletas y una Coca-Cola.

Candy tenía razón al decir que parezco alguien muerta de hambre. Siempre tuve buen apetito.

El sitio es bonito y parece haber sobrevivido a la modernidad que rodea Times Square.

Hay asientos de cuero rojo frente al mostrador y las paredes están decoradas con fotografías en blanco y negro de una Manhattan de otros tiempos.

Viejos taxis, carteles de películas de varias décadas atrás y un cuadro con una receta de pastel escrita a mano.

Apostaría a que pertenece a la abuela o a la madre del dueño.

En una esquina hay incluso una rocola, aunque nadie puso una canción.

La cafetería es acogedora y, por un momento, logro olvidar que soy una fugitiva.

Después de hablar con la mesera, Candy me guía hacia un sillón tipo cabina, también de cuero rojo.

Mientras le cuento mi historia, unos treinta minutos después, Candy, ya sin el gorro ni las orejas de duende, me mira sin la sonrisa

con la que nos conocimos, sino con la boca abierta.

—Primero, quiero decirte que lamento mucho la muerte de tus padres. O mejor dicho, la muerte de tu madre, porque con todo respeto, no me agrada mucho la persona que él era, según lo que me contaste. En segundo lugar, no me imagino lo que es quedarte sola en el mundo con apenas diecinueve años —dice, y recuerdo que mientras caminábamos hacia el restaurante, me contó que tiene veinticinco y sueña con ser actriz.

—Yo tampoco lo sé, para ser sincera, pero no puedo volver a casa.

—Tus hermanos son unos monstruos, Aubrey.

No le digo que crecí rodeada de varios así, no solo los de mi familia. Excepto por mamá y algunos profesores de la escuela (que aun así se mantenían a cierta distancia por miedo a represalias), no conocí a mucha gente "de bien".

—No tienes idea de cuánto.

—¿Y qué piensas hacer?

—Vender mi arte. Tengo algo de dinero, así que compraré materiales y saldré a las calles para intentar vender lo que haga.

—Eres muy valiente.

—Creo que todos somos valientes cuando no tenemos muchas opciones.

—Bueno, es una suerte que hagas adornos navideños, porque Manhattan es el lugar perfecto para vender lo que sea. La gente de la isla tiene dinero y siempre está apurada, así que las ventas callejeras funcionan de maravilla. Pero me refería a si tienes idea de dónde vas a vivir.

—No.

—Yo vivo en un cuarto que alquilo con unas chicas. Ellas están en la misma situación que nosotras. Vinieron a Manhattan para probar suerte.

—¿Hay un lugar disponible?

Me siento inmediatamente animada. Solo Dios pudo haber puesto a Candy en mi camino.

—No. Yo pensaba sugerirte que te quedes con mi lugar. Me voy a Los Ángeles. Vine a Nueva York para ahorrar dinero haciendo

cualquier "trabajito" que apareciera, pero llegué a la conclusión de que puedo trabajar como freelancer en otro lugar. Así que prefiero tomar empleos temporales más cerca de Hollywood.

—¿Pero Los Ángeles no es muy caro?

—Tanto como Nueva York. O mejor dicho, Manhattan. Creo que no investigaste mucho la ciudad antes de mudarte, pero créeme, vivir aquí mucho tiempo es casi imposible, salvo que seas millonario.

Me mira con compasión, como si pensara que voy a rendirme e irme. Quizá sea porque me vio abrir los ojos como platos cuando hice las cuentas y me di cuenta de que no podría comer un sándwich y un chocolate caliente por menos de quince dólares.

Al final pedí solo un café y un plato de panqueques con jarabe de arce, que era más barato.

—En ese caso, tiene todo el sentido que quieras mudarte.

Ella asiente con la cabeza.

—Puedo hablar con las chicas con las que comparto el departamento. Te aceptarán si yo te recomiendo.

—¿Por qué me estás ayudando, Candy?

Ella se encoge de hombros.

—Mira a tu alrededor.

—¿Qué?

—La gente es egoísta y egocéntrica. Cada uno cree que su problema es el más grande del mundo; yo incluida. Hoy, cuando desperté, me sentía un fracaso. Pero tengo una familia que me quiere y me apoya. Mi madre les muestra a todos los vecinos de nuestra pequeña ciudad una foto mía vestida de duende y se llena de orgullo diciendo que su hija es actriz. Ella tiene más fe en mí que yo misma. Ella es mi red de apoyo. Tú no tienes una. O mejor dicho, no tenías. Yo quiero ayudarte.



Cesare



Capítulo 4

Unas semanas después

Aún puedo oír el zumbido de las turbinas del avión, incluso después de haber aterrizado hace más de dos horas. Ese hijo de puta va a pagar por haberme obligado a salir de Sicilia y hacerme venir a Nueva York.

¿Un ratón creyendo que puede dictar las reglas en un juego de leones? ¿Acaso el imbécil tenía alguna duda de lo que haríamos si lo agarrábamos robándonos?

Con los ojos fijos en el whisky, espero que Michele, mi primo, me llame. Nos comunicamos mediante un dispositivo especial e irrastreable que le di en nuestro último encuentro.

Giro la bebida lentamente, observando cómo resbala por los costados del cristal.

La basura que sirven en este lugar no se compara con el oro líquido que tengo en casa, salido directamente de la destilería de un duque escocés. Nada en este maldito país me agrada.

Mancini de mierda. Por culpa de la cagada que hizo, mamma está inconsolable porque no podrá reunir a sus hijos en Navidad.

Pero jamás podría dejar su robo sin un castigo ejemplar. Su muerte será un aviso para quienes creen que pueden jugarnos una mala pasada.

El teléfono móvil vibra sobre la mesa y tomo el aparato, sabiendo que la conversación que tendremos no será fácil, pero sí inevitable.

—*Cesare.*

—Soy yo. ¿Cómo están tu esposa y Damiani?

Romy Parisi Trovato, la mujer con quien mi primo se casó, fue durante años víctima de un desgraciado que mató a su madre y luego la persiguió durante una década, desde que tenía quince años.

Fue necesario que Michele entrara en su vida para protegerla y, de una vez por todas, librar al mundo de ese pedazo de mierda.

—*Ellos están bien. ¿Y tu "noviazgo"?*

—Todavía no estoy comprometido. Nunca nos tocamos, ni siquiera hablamos. Es un acuerdo.

—*Jamás lograré entender cómo se te puede pasar por la cabeza aceptar algo así. Yo no podría pasar el resto de mi vida con una mujer por la que no siento nada.*

Sé que él está completamente loco por su esposa, y podría contraargumentar lo que acaba de decir, afirmando que yo no puedo comprender cómo alguien puede enamorarse de una sola mujer y pensar en pasar el resto de su vida con ella.

Un acuerdo como el que haré en los próximos meses significa libertad y variedad para mí.

No hay amor de por medio. Yo le daré lo que su familia quiere: mi nombre y mi protección. Su padre no tuvo hijos varones, así que todo lo que posean será nuestro, bajo mi administración. A cambio, ella me será fiel y será una buena madre para nuestros hijos.

—Como sabes, se trata de un pacto entre familias. No hay espacio para los sentimientos. Pero no fue para hablar de la ausencia de un corazón en mi pecho que te pedí que me llamaras, sino de que tú y tus hermanos trajeron rusos a nuestro territorio.

Escucho su suspiro, irritado.

—*No voy a pedirle permiso a nadie si de eso depende salvar la vida de mi familia. Giuliu estaba siendo perseguido, amenazado de muerte por los albaneses, Cesare.*

—Ustedes deberían haber recurrido a nosotros. Compartimos la sangre Trovato. No importa que prefieran ignorar a nuestra parte de

la familia, Michele.

—*Si sabías que los rusos habían llegado hace meses, ¿por qué me lo mencionas recién ahora?*

—Estamos en medio de una guerra. Era un asunto menor dentro de todo el panorama. Moví las piezas para retrasar al máximo lo que hiciste, pero no podemos admitir rusos en nuestro territorio. Ellos solo entran a Sicilia por invitación, si es necesario; de lo contrario, saldrán en un ataúd.

—*No saldrán, quieres decir* —dice él, sabiendo perfectamente, siendo dueño del mayor laboratorio de investigación de genealogía del mundo y que últimamente ha estado ayudando a diversas agencias a resolver crímenes antiguos, que ya no permitimos que quede ningún rastro que nos lleve a nosotros. Excepto en situaciones donde queremos que un hijo de puta sirva de ejemplo, como en el caso de Mancini, nuestros enemigos simplemente desaparecen.

—Sabes de lo que hablo, Michele. No importa que no tenga nada que ver con nuestros negocios. Es siciliano. Sabes que si no hubo represalias por lo que hicieron, fue porque mis hermanos y yo tuvimos que intervenir. Forjamos acuerdos para librarlos de un castigo. ¿Tienes idea de que mi familia habría entrado en una guerra para evitar que los mataran?

—*¿Por qué lo harían? Nunca fueron reconocidos como parientes por los Parisi Trovato.*

—Son nuestra carne y no dejaremos que la sangre de un Trovato sea derramada, sin importar la magnitud de la cagada que hagan.

—*No volverá a pasar.*

—¿Por qué no me pediste ayuda?

—*Sabes por qué. Una vez que pidiéramos ayuda a tu "famiglia", estaríamos dentro de sus negocios y no es lo que deseamos.*

Mi otro teléfono móvil suena y sé lo que significa. La cuenta regresiva para el tiempo de vida de Mancini en la Tierra ha comenzado.

—*¿Necesitas colgar?*

—Voy a tener que salir en unos minutos. No pretendo quedarme en esta maldita Manhattan más de lo necesario.

—¿No estás en Sicilia?

—No, vine a Nueva York a ocuparme de unos negocios.

—¿En víspera de Navidad?

—Un desgraciado decidió poner a prueba mi paciencia. Problemas, como siempre. Michele, lo que hablamos hace un momento es serio. No me obligues a empezar una guerra por tu culpa o la de tus hermanos. Eso es lo que ocurrirá si vuelven a pedirles ayuda a los rusos. Si lo hacen, estarán atados a nosotros para siempre, y sabes lo que significa. Todas las próximas generaciones Parisi Trovato nos pertenecerán.

—No volverá a suceder. No tenemos lazos con los rusos. Lo que hicieron fue un ajuste de cuentas con los albaneses.

—¡En nuestro territorio, carajo! Me importa una mierda si quieren arrancarles la cabeza a esos hijos de puta albaneses, pero que lo hagan en otra parte de Europa.

—Eso no volverá a pasar, no porque temamos por nosotros, sino porque no queremos que nuestros descendientes se vean involucrados en la Cosa Nostra.

Me río, pero no hay humor en el sonido. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—No reniegues de tu sangre. Sabes que moriría por ti.

—Y yo por ti, pero no por lo que representas.

Varios minutos después de que colgamos, sigo mirando el aparato.

Mis hermanos y yo podríamos obligarlos a ceder si quisiéramos, pero no hay victoria en destruir a quienes amamos.

La Cosa Nostra es mi familia, pero los hijos de Ginevra también lo son.



Cesare



Capítulo 5

En Sicilia tenemos una especie de matadero.

Copiamos la idea de los rusos. No queremos ningún tipo de relación con esos bastardos, pero no podíamos negar que tener un lugar para hacer desaparecer a nuestros enemigos sería útil.

Cuando descubrimos que el Pakhan de la Hermandad rusa (una antigua rama de la Bratva y actualmente más poderosa que ella), Yerik, poseía una granja donde llevaba a sus desafectos para interrogarlos y después enviarlos directo al infierno, pensamos que la idea era increíblemente ingeniosa.

No sé qué hace Yerik con los hombres que mata. Con nosotros, ellos terminan convertidos en abono. No queda nada, ni una maldita partícula de ADN que pueda ser investigada por la policía o por laboratorios como los de Michele.

Si alguna autoridad deseara inspeccionar el lugar, no encontraría nada.

Por desgracia, no estoy en Sicilia. En Estados Unidos necesito confiar en la experiencia del Don de Nueva York para asegurarme de que, en cuanto todo termine, se encargarán del cuerpo de Mancini.

Vino a esconderse en Manhattan. Su hija está casada con uno de los soldados de la familia principal de aquí y el infeliz creyó que eso bastaría para librarlo de mi furia.

Cruzo los brazos y miro a mi alrededor, relativamente aburrido.

El ambiente es húmedo y frío. No podría ser más cliché. ¿No es así como lo muestran en las películas?

¿Villanos ejecutando su venganza en un sótano sucio?

No me gustan la suciedad ni los malos olores.

Aprecio la ropa limpia, impecable, y el lujo, pero el trabajo es trabajo.

Las paredes de concreto del galpón en el que estamos son oscuras y terminan por imponerse sobre la débil luz de la única bombilla que cuelga del techo.

Detrás mío esperan algunos hombres, entre ellos mis propios soldados, pero también los de la mafia local.

Crujo los dedos de ambas manos entrelazadas porque están algo rígidas después de tanta acción.

Ya me quité el anillo que perteneció a mi abuelo en cuanto llegué, porque es mi mayor tesoro.

Desvío la vista hacia una mesa metálica, digna de un quirófano por la cantidad de instrumentos que tiene, ubicada a mi izquierda, y cuando vuelvo a mirar a Mancini, noto que siguió mi movimiento. Ahora sus ojos desorbitados están fijos en mí.

Camino hacia la mesa. Mis dedos juegan con un bisturí mientras sigo observando al hombre amarrado a la silla.

El traidor, con el rostro ya desfigurado por los hematomas y la camisa blanca manchada de sangre, sabe perfectamente por qué vine, en plena víspera de Navidad, a cazarlo, dejando a mi familia atrás.

—Yo no quería estar aquí —empiezo—. No me gusta Estados Unidos. Soy como mi abuelo. Honro cada kilómetro de la tierra siciliana. Prefiero mi tierra. Nuestro vino, nuestro mar. Pero por tu culpa estoy en esta ciudad ruidosa y sin alma. Y lo peor, haciéndola infeliz a mi madre.

—Cesare… yo te puedo explicar.

Levanto una ceja y, si no estuviera tan encabronado, quizá sonreiría al escuchar ese resquicio de esperanza en su voz.

Tomo el bisturí y también una silla. La coloco frente a la que ocupa este muerto en vida.

Me recuesto en ella.

¿Cómo puede, después de horas de tortura, creer que aún tiene alguna posibilidad de librarse de lo que hizo?

—¿Explicar? Me encantaría oír tu explicación. A pesar de lo que dicen de mí, me considero un hombre razonable, Mancini. Convénceme de que robarme fue un error y que, en realidad, eres un hombre honesto en lugar de un hijo de puta traidor y ladrón.

Traga saliva. Sus manos no están atadas a la espalda, están unidas en su regazo, casi como si estuviera en oración. El temblor en ellas es evidente.

—Fue un error, lo juro. Un momento de debilidad. Yo… yo estaba siendo presionado. Tenía deudas y… pensé que no lo notarías hasta que repusiera el dinero.

Suelto una risa baja y me pongo de pie, con el sonido de mis pasos retumbando en el lugar.

—Pensaste que yo no lo notaría —repito lo que acaba de decir —, porque, al fin y al cabo, soy un idiota, ¿no? Porque solo un imbécil no se daría cuenta de que habían desaparecido diez millones de dólares. —Me coloco detrás de él. Llevo demasiado tiempo con este cabrón y estoy harto del olor a orina y del hedor a miedo que emana de su cuerpo—. ¿Crees que dirijo el tráfico internacional de armas basándome en la confianza? ¿Que no rastreo cada envío y cada transacción?

Empieza a moverse en la silla, inclinando los hombros hacia adelante como si intentara alejarse de mí.

—No fue eso lo que quise decir. Sé que eres un hombre cuidadoso. ¡Fue solo una vez, Cesare!

—Yo no doy segundas oportunidades. Sabes perfectamente lo que ocurre cuando alguien traiciona a la *famiglia*. No me traicionaste a mí, traicionaste lo que represento. No se trata de dinero. No se trata de armas. Se trata de algo más grande. Algo que, claramente, nunca comprendiste.

Balbucea, buscando palabras que puedan salvarlo.

—¡Lo voy a corregir! ¡Puedo devolver el dinero! ¡Podemos hacer un trato! ¡Lo que necesites, Cesare!

—No necesito favores de nadie y, mucho menos, de un traidor.

Le sujeto el cabello desde atrás, inmovilizando su cabeza.

—¡No, no! —implora, gritando—. ¡Por favor! ¡Tengo una familia! ¡Tengo hijos!

—Familia... —digo—. Una palabra interesante; más que eso, una entidad que jamás olvido. Es lo que debería haber mantenido tu maldita cabeza en su lugar. Tus hijos y el deseo de ver a tus nietos algún día en el futuro. Pero en lugar de eso, nos traicionaste y ahora estás aquí, suplicando que yo tenga misericordia.

—¡Cesare!

—¿Sabes lo que pasa si dejamos que un ladrón se vaya impune? ¿Sabes lo que pensarán los demás? Que pueden robarme.

—Por favor…

Mi movimiento con la hoja sobre su garganta es limpio, un corte perfecto, pero no me detengo ahí. Camino hasta la mesa y tomo la herramienta que necesito, una hachuela, y unos minutos después tengo su cabeza en mi mano derecha, con la sangre manchando el suelo.

La levanto y veo los ojos de todos los presentes puestos en mi obra de arte.

—Lo que ocurrió hoy aquí no fue solo una lección para Mancini. Fue un recordatorio para todos ustedes. Ustedes saben lo que significa formar parte de nuestra famiglia. Esto no es un juego. Es un juramento. Y ese juramento no es únicamente conmigo ni con su Don. Es con el colectivo. Cuando uno de ustedes rompe ese juramento, no traiciona solo a la familia. Traiciona su propia sangre y la de aquellos a quienes juramos proteger.

Coloco la cabeza de Mancini sobre la silla en la que estuve sentado hace un momento.

—Algunos de ustedes, los más jóvenes, quizá piensen que él merecía una segunda oportunidad. El perdón concedido nos hace débiles. Y la debilidad es lo que destruye a las familias. La debilidad es la que nos mata, uno por uno. Si alguno de ustedes, algún día, piensa en seguir el ejemplo de Mancini, recuerde este momento.



Aubrey



Capítulo 6

Ya me acostumbré a quedarme expuesta al frío, sin más protección que el único abrigo que tengo. Cuando mamá estaba viva, incluso después de que me hice adolescente, nunca me permitía descuidarme, y todavía puedo escuchar su voz diciéndome que no saliera sin abrigarme bien.

Siento que algunos copos de nieve caen sobre mi cabeza. Son dispersos, pero sé que pronto muchos otros los seguirán.

Nada me va a hacer desistir, sin embargo.

Es Nochebuena y me niego a regresar al cuartito que alquilé sin vender al menos uno de los adornos. Voy a salir de aquí con dinero en el bolsillo y voy a preparar una pequeña cena en cuanto alguno de los miles de transeúntes en las calles de Manhattan se encante con mi trabajo.

Compraré una botella de jugo (qué lástima que aún no tengo veintiún años como para comprarme alcohol) y algo rico para comer. Será una verdadera Navidad sofisticada y una prueba para mí misma de que lo logré.

Hoy se cumplen seis semanas desde que llegué a Nueva York y mis esperanzas ya casi se están agotando. Pensé que, por ser un lugar de ricos, como dijo Candy, y por la época del año en la que estamos, vendería muchos de mis productos, pero la verdad es que las personas en las calles de la isla, sospecho, ni siquiera se miran unas a otras.

Suspiro, cansada de tanto caminar.

Ya intenté ofrecer mis productos frente a Macy's, en la calle 34, pero cuando lo único que conseguí fue llevarme empujones y pisotones de los consumidores apurados, decidí subir por la Sexta Avenida hasta el Rockefeller Center.

Fui allí una vez y logré vender dos docenas de adornos la semana pasada, durante tres días seguidos, lo que me aseguró un mes más de alquiler.

Hoy, quién sabe, tal vez ocurra mi milagro de Navidad y alguno de los patinadores se enamore de mi arte.

Ya estoy casi en la intersección de la calle 45 y el tránsito es un caos, completamente atascado. En lugar de cruzar la calle y seguir hacia mi destino, decido probar suerte y empiezo a ofrecer mis productos a los ocupantes de los coches.

Pongo mi mejor sonrisa, me meto en el papel de Mariah Carey y entono All I Want For Christmas Is You, mientras muestro los adornos de Navidad que tengo en las manos.

No soy tímida y me entusiasmo tanto que hasta me atrevo a dar algunos pasos de baile.

Cantando y bailando, intento hacer contacto visual con los conductores porque leí en algún lugar que eso vuelve la interacción más personal y aumenta las posibilidades de venta, pero todos me ignoran.

Después de cinco minutos haciendo el ridículo, estoy a punto de tirar la toalla cuando alguien me llama.

No por mi nombre, claro, pero escucho un "psst, señorita, quiero uno de tus adornos".

Es una voz de mujer y me toma al menos un minuto descubrir de qué coche viene, hasta que veo una mano saludando desde el interior de un taxi.

Empiezo a correr hacia allí y casi me atropella una bicicleta, pero enseguida estoy cara a cara con aquella que pronunció la frase mágica: *quiero uno de tus adornos*.

—Buenas noches. Aún tengo todos los modelos, ¡estás de suerte!

La mujer, que es muy hermosa, tiene el cabello largo, lacio, y me sonríe.

—¿Puedo verlos?

Yo estaba sosteniendo uno de cada tipo, pero enseguida abro mi abrigo, cuya parte interior convertí en una verdadera vitrina, y le muestro todos los modelos.

—¡Dios mío, qué lindos! Eres muy talentosa. Voy a querer así: dos mini guirnaldas, un Papá y una Mamá Noel, un soldadito de plomo y… claro… una bailarina.

—Si llevas diez adornos, puedo hacerte un descuento.

Cómprame diez y voy a poder cenar. Y librarme de este frío.

Por favor, Dios.

Trato de no mostrar lo ansiosa que estoy, pero de algún modo creo que ella lo nota.

—Está bien. Me convenciste. Voy a llevar doce.

—¡Ni siquiera me preguntaste cuánto cuestan! —digo, mientras le entrego los adornos.

—¿Cien dólares está bien?

—¿Qué? ¡No! ¡Es demasiado!

—Bueno, igualmente te daré cien dólares —afirma, y me doy cuenta de que está intentando ayudarme.

¿Quién es esta mujer, un ángel encarnado?

Y hablando de ángeles, hay uno recostado en una sillita para bebé a su lado. Una cosita preciosa, envuelta en una manta de lana.

—Muchas gracias, señorita…

—Grace Anderson —dice, extendiendo la mano cubierta con un guante—. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Aubrey Grant.

—¿Qué haces en Nueva York, Aubrey?

—¿Cómo sabes que no soy de aquí?

—Por tu acento sureño.

—Casi aciertas. Soy de Kentucky. Del sudeste. Y en cuanto a lo que vine a hacer, soy artesana y una apasionada de la Navidad. Pensé que sería una buena idea vender mis productos donde viven los ricos.

Sería tan bueno si esa fuera toda la verdad, pero ¿para qué arruinar la noche de una desconocida amable contándole que estoy huyendo de dos psicópatas?

—¿Y estás teniendo éxito?

Sonrío.

—Hoy, sí.

Me doy cuenta de que los coches comienzan a avanzar y la mujer se apura a sacar dinero de la cartera.

—Aquí tienes —dice, depositando el dinero en mi mano—. Ten una feliz Navidad, Aubrey. Solo prométeme una cosa: que tendrás cuidado con este frío.

—Lo haré.

—Tienes talento de sobra.

—¡Apenas miraste mis adornos!

—Hablo de tu entusiasmo. Verte cantar y bailar en este frío fue suficiente para que yo me detuviera y sonriera. Honestamente, si pasara por aquí todos los días, compraría tus adornos y me sentaría en primera fila para ver tu espectáculo. Sigue regalándole al mundo tu hermosa sonrisa. Te lo digo como especialista.

—Adiós, señorita Anderson, y muchas gracias. ¡Voy a poder celebrar con una buena cena! ¡Cien dólares, Dios mío!

Ella me mira como si quisiera decir algo más, pero antes de que pueda hacerlo, el chofer le avisa que necesitan avanzar.

—Adiós, Aubrey.

Corro hacia la acera y finalmente abro la palma de mi mano. Solo entonces me doy cuenta de que el dinero se ve demasiado abultado para ser solo cien dólares, y cuando lo cuento, descubro que hay cinco billetes de cien.

¡¡¡Quinientos dólares!!!

—Dios la bendiga, Grace Anderson. Espero que tenga una noche maravillosa. Yo, sin duda, la tendré.



Aubrey



Capítulo 7

—¿Adónde vas vestida así? —me pregunta una de mis compañeras de apartamento, Relena.

—Todavía no estoy vestida —respondo, sin molestarme en disimular el mal humor ni darme la vuelta.

"*Y tú no deberías entrar en mi cuarto sin tocar, pero las dos sabemos que ya lo has hecho antes, ¿cierto?*", completo internamente.

Soy del tipo de persona que toma las cosas con calma respecto a los demás. No me dejo llevar por amores instantáneos ni por antipatías gratuitas. Prefiero darme un tiempo para conocer poco a poco a las personas.

Relena es la única de la que, hasta donde recuerdo, no me agradó desde el primer momento en que me la presentaron, y esa es la razón por la cual, en cuanto pueda, me mudaré del apartamento donde ella y otras dos chicas me aceptaron para ocupar el lugar de Candy, aunque la renta que pago aquí probablemente sea la más barata que encontraré en la isla.

El barrio es horrible y peligroso de noche, pero nuestro edificio tiene una estación de metro cerca que me lleva a cualquier sitio. En un momento, puedo estar rodeada de gente peligrosa, pero poco después, de aquellas personas que parecen pertenecer a la realeza.

—¿Puedo saber qué bicho te picó? —continúa ella, sin captar la indirecta o ignorando por completo que no quiero conversar.

Paso junto a ella y camino hacia el baño, el único que tenemos en la casa, que queda en el pasillo entre los minúsculos dormitorios. Voy en ropa interior, solo con calzones y sujetador, para maquillarme allí.

Es el único lugar con suficiente luz para poder pintarme.

—¿De verdad no vas a decirme adónde vas? —La veo detenerse en la entrada del baño y, suspirando para contener la irritación, al fin la encaro.

—¿Qué quieres, Relena?

—Vaya, no seas grosera. Cuando llegaste pidiendo un lugar para vivir parecías dulce y humilde como Caperucita Roja.

—Nunca fui dulce. Y no vine aquí a vivir de favores. Ocupé la habitación que era de Candy y, si mal no recuerdo, incluso cuando su cuarto ya estaba pagado por el mes siguiente y Candy quería transferirme esas semanas que ella había cubierto, tú me obligaste a pagar también por ese mismo periodo. Así que no actúes como si fueras una especie de santa que me tomó de la mano y me ayudó a dar mis primeros pasos en Manhattan.

—No eres buena compañera, Aubrey, y en cuanto pase el feriado tendrás que buscar otro lugar donde vivir. Ya hablé con las chicas y todas están de acuerdo.

Trago saliva, sintiendo una pequeña oleada de pánico atravesarme. Planeaba irme, sí, pero solo después de encontrar adónde mudarme.

Sin embargo, si hay algo que heredé de mi familia (que, con excepción de mi madre, era completamente tóxica), fue el orgullo.

—Solo dime cuándo necesitan que me vaya —digo, con el mentón en alto.

Ella me observa como si intentara descubrir si estoy mintiendo. Lo que Relena no tiene la menor idea es que yo crecí conviviendo con los peores. Hermanos abusivos y sádicos que me golpeaban a escondidas de nuestros padres cuando era niña, solo por el placer de verme llorar.

No importaba cuánto dolor sintiera, yo no derramaba ni una sola lágrima.

Desde que Candy me presentó a Relena, supe que tendría un problema con ella. Ya sufrí acoso escolar y conozco perfectamente el tipo de chica que se fija en quienes cree más débiles para atormentarlas.

Yo sé cómo tratar con cobardes. En la escuela, podría haber resuelto esto en un instante contándole a mi madre, lo que habría provocado que ella le informara del incidente a mi padre.

No obstante, también sabía lo que pasaría porque casi toda mi familia estaba compuesta por gente cruel. Probablemente mi padre, solo para complacer a mamá, habría dañado a los familiares de las chicas que me molestaban, y yo no quería cargar con esa culpa. Así que prefería fingir que no existían, de la misma manera que hice con Relena… hasta que hoy llegué a casa y descubrí que me había robado.

Guardo todas mis pertenencias en una maleta que compré en Ross Dress for Less por veintitrés dólares. Una superoferta, solo porque tenía una pequeña mancha en la parte trasera, cerca del asa.

La maleta venía con candado, y ahí estaba lo que logré reunir desde que llegué a Nueva York: medias, ropa interior, dos vestidos que Candy me regaló (uno de los cuales planeo usar esta noche), unas botas hermosas de tacón alto que compré en una liquidación y que, junto con las zapatillas con las que llegué a la ciudad, son los únicos calzados que tengo, además de pantimedias y, por supuesto, todo el dinero que reuní con mis artesanías.

La única cosa que llevaba conmigo las veinticuatro horas del día, y que guardaba bajo la almohada incluso al dormir, era mi licencia de conducir[2], que una forma de que pudieran identificarme si algo me pasaba.

¿Avisar a quién? No tengo la menor idea, porque ya no me queda nadie. No considero a mis hermanos familia. Para mí, ellos son un castigo.

—Como te dije, necesitaremos tu cuarto apenas terminen los feriados —responde finalmente, y yo vuelvo a girarme hacia el espejo, fingiendo concentración en el maquillaje—. ¿Tienes algún plan para esta noche?

—No es asunto tuyo. Acabas de decir que quieres que me vaya del apartamento, así que facilítanos la vida a ambas y no finjas que somos amigas.

Estoy al límite.

Cuando llegué a casa más temprano, estaba en las nubes, feliz, porque el dinero que Grace Anderson me dio no solo me permitiría respirar unos días sin desesperarme por las ventas de Navidad, sino también tener una cena esta noche. Pero me vine abajo al descubrir que me habían robado.

Voy a arreglarme y salir. Mirar vidrieras y después entrar a un restaurante que sirva comida decente para celebrar mi Navidad sola, pero en paz.

Lo que pasará mañana no lo sé. Es probable que tenga que conseguir un empleo fijo en una tienda, porque después de Navidad, ¿quién querría comprar adornos para árboles?

—Eres muy atrevida, Aubrey. Lo que pueden hacer unas pocas semanas en la gran ciudad con una chica del Kentucky, ¿no?



Aubrey



Capítulo 8

Siento la presión de la sangre bombeando dentro de mi oído.

—¿Qué fue lo que dijiste?

Una cosa es estar segura de que Relena revisó mis pertenencias y robó la mitad del dinero que estaba guardando. Otra, muy distinta, es que haya tocado la única foto que tengo con mi madre.

Ahora sé que hay formas de abrir una maleta sin forzar el candado. Cuando llegué a casa, iba a guardar parte del dinero que gané con la venta a Grace porque pensé que no sería seguro salir con quinientos dólares en la noche, en Manhattan, incluso en el lado rico de la isla, que es donde pretendo ir dentro de poco.

Pensé que estaba perdiendo la cabeza cuando conté y volví a contar lo que había dejado allí antes, y vi que la cantidad era mucho menor que la de la mañana.

No hay cámaras dentro del cuarto, pero como este apartamento ya había sido asaltado y robado antes, cuando todas las chicas estaban trabajando, según me contó Candy, instalaron una en la puerta de entrada y otra en el pasillo.

Fui directo al monitor de la cocina y revisé las grabaciones. La única persona que entró en mi cuarto fue Relena.

Sin embargo, eso aún no probaba nada, porque el candado de la maleta parecía intacto.

Tomé el teléfono móvil e hice una búsqueda en Google: "cómo abrir una maleta sin romper un candado".

Lo que encontré me dejó helada. Parece que es una práctica común en las aerolíneas y aeropuertos: un grupo de empleados deshonestos se dedica a abrir los cierres de las maletas de los viajeros para robar.

Relena trabaja en el aeropuerto de Queens, aquí en Nueva York.

Fue entonces cuando tuve la certeza de que estaba durmiendo bajo el mismo techo que una ladrona.

Mi plan era confrontarla el día en que me fuera, porque mi intuición me dice que es peligrosa y que no sería seguro hacerlo mientras aún compartimos el mismo apartamento.

Sin embargo, lo que acaba de decir es algo mucho más dañino para mí.

El dinero puedo recuperarlo trabajando, pero si mis hermanos me encuentran, estaré perdida.

—Me escuchaste bien. Dije que cambiaste tu comportamiento desde que llegaste de ese fin del mundo que es tu pequeña ciudad. ¿Willow Creek? —se burla—. ¿Qué clase de nombre es ese, Dios mío? Solo podía estar en Kentucky.

Ahora me giro completamente hacia ella. Hasta entonces la observaba solo a través del espejo.

—Yo nunca te conté que era de Kentucky.

Por un instante, siento que el aire queda suspendido entre nosotras. Enseguida, veo su rostro palidecer.

Ella sabe que quedó atrapada por sus propias palabras.

—¡Claro que lo dijiste! —Ella todavía intenta ocultarlo, pero yo solo la miro en silencio.

Durante unos segundos pienso qué hacer, aunque sé que no puedo decidir con la sangre hirviendo como la tengo ahora.

Hago como si buscara en mi memoria, aunque estoy segura de que nunca mencioné mi ciudad natal a ninguna de ellas, excepto a Candy.

Sé muy bien cómo descubrió que soy de Kentucky. Traje conmigo una sola fotografía, en la que aún era un bebé y estaba en

brazos de mi madre. Ella escribió una dedicatoria: "Para los días en que no consigas recordar cuánto te amo. Eres todo mi corazón, Aubrey".

Al reverso de la foto estaban escritos el nombre de nuestra ciudad, el estado y la fecha.

—Sí, tienes razón. Lo dije, fue el día en que llegué.

Su agresividad desaparece como por arte de magia. El alivio de una mente culpable que cree haber salido impune de su crimen.

—Entonces, ¿me dirás adónde vas? —pregunta, como si hace unos minutos no me hubiera llamado pueblerina ni me hubiera dado un ultimátum para mudarme.

—A comer algo en la calle. Es Navidad. Siempre me gustó esta celebración y es la primera vez que la pasaré sin mis padres.

No me importa tener que mencionar la muerte de ellos. Necesito mantener a esta víbora bajo control hasta que pueda irme de aquí. Mi intuición me dice que es mucho más peligrosa de lo que pensé al principio.

—¿Y adónde piensas ir? ¡El vestido que elegiste es precioso!

—Era de Candy.

—Te queda muy corto.

¿Y por qué le importa eso?

—Sí, lo sé, pero es muy bonito.

—¿Segura que no tienes un novio rico y secreto? ¿Un hombre casado, tal vez?

Dios mío, ella es repugnante.

—Estoy segura, sí. Ahora, ¿puedes darme permiso? Quiero terminar de arreglarme.

—¿Quieres que te acomode el cabello? Podría hacerte una trenza. Quedaría perfecto con ese vestido.

La miro y, por un momento, siento un miedo real. Esa mujer no puede estar en sus cabales.

Hace menos de cinco minutos estábamos discutiendo.

—No, gracias. Prefiero dejarlo suelto porque así me ayudará a mantenerme abrigada.

—¿Por qué saliste de Kentucky, Aubrey?

Ahora se siente confiada, creyendo que realmente pienso que le conté sobre mi pasado y después lo olvidé, y quiere descubrir más sobre mi vida.

De algún modo, me recuerda a Bellington, mi hermano del medio.

Él es de esos que, a primera vista, no provocan temor.

De hecho, siempre pensé que era un idiota, un estúpido.

A diferencia de Charle, que era más callado y observaba todo con ojos crueles, Bellington era explosivo, grande y amenazador. La gente lo subestimaba y, sin embargo, era el miembro más peligroso de mi familia.

Fingía hablar demasiado, fingía ser tonto, fingía actuar por impulso. Pero en realidad era una serpiente que estaba todo el tiempo recolectando información para usarla en tu contra.

Como no parecía muy listo, quienes lo rodeaban bajaban la guardia. Yo aprendí muy pronto que todo eso era una fachada, cuando escapé por unas horas de casa para intentar ver los cachorros recién nacidos de una vecina.

Mi familia enloqueció de miedo; yo les dije que me había perdido en el bosque que rodeaba nuestra propiedad. Bellington se acercó a hablar conmigo, mostrándose amable por primera vez desde que tenía memoria, y cuando bajé la guardia lo suficiente como para decirle dónde estaba, fue cuando me traicionó.

Se lo reveló a mi padre y ni siquiera la intervención de mi madre me libró del castigo por haber mentido.

Papá, junto con mis hermanos, incendió mi colección de muñecas, algunas que yo amaba porque me habían acompañado desde niña. Todavía recuerdo aquella hoguera y también la mirada sádica de los tres hombres de mi familia sobre mí, mientras yo lloraba abrazada a mi madre.

Nunca tuve dudas de que, de no ser por ella, me habrían dado una paliza o algo peor.

Relena, ahora me doy cuenta, no es una imbécil como pensé al principio. Es una camaleona que cambia de color según le convenga, igual que mi hermano.

—No quise seguir allá después de que mis padres murieron —digo, simplemente y decido cambiar el juego, porque sé que le gusta hablar de sí misma—. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer esta noche?

—Voy a una fiesta increíble en casa de uno de mis novios. Podría llevarte, si quisieras. Tendrías éxito allá, siempre que no dijeras a nadie que eres de Kentucky.

—No, gracias. Solo quiero un plato de comida caliente y mirar algunos escaparates. Ahora sí necesito que me dejes sola. Tengo que terminar de arreglarme.



Cesare



Capítulo 9

Escucho la voz de la mujer a la que pensé invitar a cenar antes de regresar a Sicilia mañana por la noche, y sé, después de dos frases, que fue una idea de mierda considerar un encuentro con ella.

Ya había estado con ella en uno de mis viajes a Francia; es una arquitecta relativamente conocida.

Es atractiva y tiene cerebro. No llega a ser un sexo inolvidable, pero tampoco fue de los peores que he tenido, así que cuando me envió un mensaje y descubrí que ambos estábamos en Estados Unidos, pensé: *¿por qué no?*

Ahora, después de escucharla invitarme a una fiesta en lugar de ir a un restaurante (quizá incluso pasar directamente a tener sexo, porque es lo único que me interesa después de un día estresante) y de sus frases extremadamente empalagosas, no solo tengo una respuesta para mi "¿por qué no?", sino que también estoy añadiendo un "nunca más" en ella.

—Nuestra cita queda cancelada.

—¿Qué?

—Que tengas buena noche.

—¡Pero Cesare! ¡Ya estaba pensando en la ropa que me pondría! ¿Te molestaste porque mencioné la fiesta?

No, me di cuenta de que no quiero repetir la experiencia.

—Buenas noches, Amilia.

—Soy Emilyne.

Cuelgo, dejo el teléfono sobre la mesita de noche y me recuesto completamente vestido.

¿Qué diablos me pasa? El sexo siempre fue la respuesta a mi estrés. Entonces, ¿por qué acabo de rechazar a una mujer hermosa y tan libre como yo?

Mi teléfono móvil vuelve a sonar y esta vez es uno de mis hermanos.

—Ve a la discoteca de un amigo mío. Te estoy enviando la dirección —me dice Luciano.

No importa que ya tenga más de treinta años y él solo sea un año mayor; todavía cree que necesita cuidarme tanto como hace con los dos menores que tenemos en la familia.

—¿De qué amigo hablas?

—Alguien de confianza. La discoteca abrió hace unas tres semanas y ha permitido la entrada solo a invitados VIP y mujeres atractivas.

—Estaba pensando en regresar a Sicilia hoy mismo.

—No te voy a preguntar cómo resolviste nuestro problema. Lo hablaremos en persona. Y sobre volar de regreso, quédate ahí. Hay previsión de tormenta de nieve. Mamma no estaría tranquila si supiera que estás en el aire.

—Entonces pásame la dirección de la discoteca. Si paso un minuto más en este cuarto de hotel, voy a enloquecer. Manhattan es un lugar de mierda.

Se ríe porque piensa igual. No nos gusta Estados Unidos y solo salimos de Europa si es absolutamente necesario.

Casi una hora después, el coche blindado en el que estoy avanza lentamente por las calles congestionadas de la isla, los vidrios oscuros están ocultándome de los transeúntes, así como de los ocupantes de los otros vehículos.

Nunca voy a entender cómo alguien puede vivir en este laberinto de concreto.

La nieve comienza a caer con más fuerza, confirmando el pronóstico de mi hermano, y aunque no tengo ganas de salir, quedarse en la suite del hotel es aún más aburrido, así que decido seguir el consejo de Luciano y dirigirme a la maldita discoteca.

Las calles están decoradas para Navidad y la gente parece inexplicablemente animada. Antes de bajar del coche, ya siento el arrepentimiento de haber venido arrastrándome bajo mi propia piel.

—Aquí es, señor —me avisa el chofer.

Asiento con la cabeza mientras veo una fila en la entrada de la discoteca que casi da la vuelta a la manzana.

La gente parece medio congelada por el clima implacable, pero animada, conversando y riendo mientras esperan su turno.

Espero a que mis guardaespaldas revisen los alrededores antes de bajar y solo abro la puerta cuando confirman que no hay movimiento sospechoso afuera.

La gente en la fila me observa mientras camino directo hacia la entrada de la discoteca.

Ajusto la solapa del abrigo, protegiéndome del frío cortante, con los guardias rodeándome.

Y entonces, a unos dos metros de la puerta del nightclub, un maldito paparazzi salido del infierno aparece frente a mí con una cámara en las manos y empieza a intentar fotografiarme.

—¡Eh, solo quería una foto! ¿No es ese el actor italiano? —grita el hombre.

Antes de que pueda apretar el botón, uno de mis hombres da un paso adelante, coloca la mano sobre la lente de la cámara y la fuerza hacia abajo.

—Nada de fotos —dice en un tono alto y luego, para que solo el hombre lo escuche—. Sería una pena que te quedaras sin los dedos para apretar la cámara o sin los ojos para ver la mierda que estás fotografiando.

El paparazzi no necesitó una segunda advertencia.

Existe un instinto de supervivencia natural en nosotros los seres humanos que avisa sobre un peligro inminente. Solo los idiotas lo ignoran.

Para suerte del paparazzi, tiene cerebro.

Me preparo para entrar cuando algo inesperado llama mi atención.

En medio de la multitud, aplastada entre personas en la fila y transeúntes, envuelta en un abrigo rosa y gorro azul claro, veo una

masa de cabello rubio.

Con mechones dorados que parecen brillar como una mezcla de oro con cristales, la mujer es luz en medio de la penumbra de la acera.

Una voz dentro de mi mente se burla de la descripción que acabo de dar de su cabello.

¿Dorado como oro y cristales? ¿Desde cuándo me convertí en un maldito poeta?

Ella parece estar leyendo algo en su teléfono, con la cabeza gacha, y por lo tanto, su rostro está completamente oculto para mí. Solo puedo ver su fascinante color de pelo y su delicada tez.

No puedo apartar la mirada.

—Tráiganmela —digo a uno de mis guardaespaldas—. La chica del cabello dorado y abrigo rosa. La quiero. Asegúrense de que entre. No importa si estaba en la fila o no. Quiero que la lleven hasta el *mezzanine* privado donde estaré.

No miro hacia atrás, pero no necesito hacerlo porque no voy a olvidar el color de ese cabello tan pronto, y acabo de decidir que lo quiero enrollado en mi puño más tarde.



Aubrey



Capítulo 10

Minutos antes

Metí las manos en los bolsillos del abrigo pesado mientras caminaba por la acera cubierta de nieve, mis botas ya estaban algo húmedas.

El frío de la noche parecía más intenso por el viento cortante.

Dios, necesito decidir de una vez dónde comer. Me siento como una de esas niñas perdidas en una tienda de dulces, deslumbrada por el hecho de que mi bolsillo está lleno de dinero y, al menos hoy, puedo entrar a un buen restaurante.

Paso frente a uno cuyo nombre ya vi en una revista y del que sé que las celebridades suelen frecuentar.

"Podría incluso entrar aquí", pienso, acercándome al menú fijado en una estructura de metal trabajado y vidrio, en la pared junto a la puerta del establecimiento.

Me coloco la mano en el pecho cuando veo el precio de cada plato. ¿Será que lo muestran para ahuyentar a gente pobre e ignorante como yo? Los quinientos dólares que gané de Grace no alcanzarían para la cena completa, descrita como "menú de confianza del chef", y las bebidas para "armonizar" la comida.

—¡Tendría que conocer demasiado bien a este cocinero para confiarle mis quinientos dólares!

Escucho una risa ahogada y, al mirar de lado, veo que es uno de los valet del restaurante.

—Créeme, querida. Para la gente que viene aquí, el precio de una cena no es más que un vuelto.

Le doy una sonrisa forzada porque no esperaba que alguien me estuviera escuchando.

—Qué suerte la de ellos. He tenido que caminar todo el día para conseguir mi dinero y no pienso gastarlo en una sola comida. Además, creo que si lo hiciera, mañana, cuando me diera cuenta de mi despilfarro, me daría un colapso.

Él se ríe.

—Feliz Navidad, muchacha. No te quedes sola hasta tarde en la calle. Eres demasiado hermosa.

—Feliz Navidad. No planeo quedarme hasta muy tarde. Gracias.

Sigo caminando por varias cuadras, observando la decoración navideña de las calles, pero principalmente los escaparates de las tiendas.

Amo la combinación de rojo, dorado y verde.

Para alguien que ama la Navidad como yo, la ciudad parece un cuento de hadas.

Una ráfaga de viento helado me golpea de repente, recordándome que esta es la vida real.

Pero no importa que sea pobre. Hoy me doy el derecho de caminar por las calles de la parte rica de la isla, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida más allá de hacer compras o decidir si cambiaré mi corte de cabello el próximo mes.

¿No era aquel escritor ruso, Dostoyevski, quien decía que "la belleza salvará al mundo"? Leí uno de sus libros por recomendación de una profesora, en el que afirmaba que "seguramente no podemos vivir sin pan, pero también es imposible existir sin belleza".

Sí. Hoy no soy Aubrey, la chica pobre fugada del Kentucky que comparte apartamento con una ladrona. Soy Aubrey, la afortunada, que gracias a un encuentro con una desconocida de buen corazón, pasea en la noche de Navidad de esta hermosa ciudad mientras busca un lugar acogedor para cenar.

A punto de seguir caminando, veo, a través del reflejo de un escaparate donde un tren eléctrico da vueltas sin fin con Papá Noel y una bolsa llena de regalos, una fila enorme al otro lado de la calle.

Me doy vuelta y noto que la gente parece no importarle el frío, algunos con abrigos inadecuados para el clima que hace; conversan y sonríen, tomándose selfies.

Frunzo el ceño, confundida. ¿Acaso alguna celebridad está a punto de llegar?

Curiosa y olvidando que necesito comer, cruzo la calle hacia la multitud.

Quedo aún más sorprendida cuando doblo la esquina y noto que la fila continúa casi una cuadra entera.

Como María siguiendo las migas de pan en el cuento de hadas, sigo caminando, decidida a descubrir qué significa la bendita fila.

No hay nombre en el establecimiento y es completamente negro por fuera, pero por la forma en que la gente está vestida, debe ser un lugar caro.

Me detengo a unos metros de la entrada, en la acera, y tras mirar un cartel de la calle, escribo la dirección en mi teléfono móvil: *The Black Room.*

Una discoteca de lujo.

Según el informe, es el nuevo "refugio secreto de los ricos y poderosos en Manhattan". Solo invitados pueden entrar, y aun entre los ricos, hay una lista de espera rigurosa.

¿No sería genial pasar la noche de Navidad en un lugar como este?

Sonrío y sacudo la cabeza.

Es el tipo de lugar que una chica como yo solo verá en revistas.

Cálmate y sigue buscando el restaurante, Aubrey. La entrada aquí debe costar como un órgano humano en un mercado negro.

Vuelvo a caminar, pero no doy tres pasos cuando alguien dice detrás mío:

—Tú.

La voz es autoritaria, lo que me hace girar inmediatamente hacia el hombre.

Me encuentro frente a frente con un gigante con traje de aspecto intimidante.

Mi corazón da un salto dentro del pecho.

—¿Yo? —tartamudeo, retrocediendo.

El hombre no responde de inmediato. Solo inclina la cabeza, como evaluándome, antes de finalmente hablar:

—Mi jefe quiere verte. Sígueme.

Mi cerebro se queda en blanco.

¿Qué?

¿Jefe? ¿Y este tipo quiere hablar conmigo? ¿Por qué?

—¿Dónde está su jefe?

La pregunta correcta sería: *¿quién es su jefe?*, pero no estoy pensando con claridad.

El hombre me mira con impaciencia, como si tuviera déficit de atención, como un director de escuela hablando con una alumna indisciplinada.

Hace un gesto con la cabeza hacia la discoteca.

—¿Y él quiere hablar conmigo? ¡Ni siquiera sé quién es su jefe! —digo.

El hombre arquea una ceja, como sorprendido de que no le obedezca de inmediato.

Pero pronto, su expresión cambia.

—Ven conmigo, querida.

Tiene un acento ligeramente cantado, aunque no logro identificar de dónde.

Trago saliva, dividida entre satisfacer mi curiosidad sobre lo que hay en ese lugar que tanta gente ansía visitar, y el miedo a meterme en algún lío peligroso.

Pero, ¿qué podría ser tan dañino en un lugar lleno de gente?

Como si supiera lo que pienso, el hombre (supongo que es el guardaespaldas del "jefe") me dice:

—¿Sabes cuántas personas en esa fila venderían a su propia madre por una oportunidad como esta? Y tú tienes la oportunidad de conocer The Black Room en la zona VIP. —Hace una pausa antes de continuar, con un tono ligeramente más suave—. No necesitas tener miedo. Estás segura.

Miro la fila y luego al hombre.

Siento un frío en el estómago, mezcla de miedo y curiosidad intensa.

Finalmente, cedo al deseo.

—Está bien... vamos.

El hombre no responde, solo se da vuelta y empieza a caminar hacia la entrada de la discoteca, como si tuviera la certeza de que lo seguiré.

Le dice algo al portero, que nos deja pasar, y en cuanto cruzo la puerta, mi corazón se dispara.

Estoy completamente fuera de mi zona de confort y tengo miedo de haber cometido un error.

¿Quién es este hombre que quiere verme?



Aubrey



Capítulo 11

Pisar la discoteca es como atravesar un umbral hacia una realidad paralela, un mundo que nunca imaginé que existiera mientras vivía en Kentucky.

En cuanto dejamos atrás la pesada puerta doble, el calor del lugar me golpea de lleno, rozándome la piel con un ardor que resalta aún más después del gélido aire exterior.

La música es alta, y puedo sentirla en cada célula de mi cuerpo. El pulso constante hace que el piso de madera bajo mis pies parezca latir.

Miro hacia el techo, fascinada por el juego de luces intermitentes.

Las paredes, forradas de negro, vibran con pequeños espejos que crean una especie de ilusión óptica, como si yo y la gente aquí no fuéramos un todo, sino un gigantesco rompecabezas humano.

La mezcla de la penumbra y la intensidad de la música provoca un efecto casi hipnótico, como si estuviera soñando.

El lugar exuda lujo.

¿Así se divierten los ricos?

Estoy segura de que si existe un espacio donde se reúne la realeza moderna, es aquí.

El hombre a mi lado hace un gesto para que le entregue mi abrigo, señalando a una joven que parece encargada de guardar las prendas de los clientes, pero yo le niego con la cabeza. No sé si me

quedaré, y si tuviera que escapar, no podría salir corriendo esta noche fría sin algo que me proteja.

Cruzo los brazos frente al pecho mientras él me observa sin moverse.

Me siento protegida con el abrigo. El vestido que llevo, por haber pertenecido a Candy, me queda demasiado corto.

—¡No, gracias! —grito tan fuerte como puedo cuando parece que nos quedaremos en este impasse para siempre.

No tengo valor de mirarlo, así que levanto el mentón y miro al frente.

Un momento después, parece rendirse. Vuelve a caminar y lo sigo, mis piernas están moviéndose por voluntad propia, obedeciendo al hombre alto del que no tengo idea quién es, mientras mi cerebro grita que estoy loca y que podría estar cometiendo un error monumental.

Mientras caminamos, observo alrededor.

La gente baila, ríe, conversa, o mejor dicho, grita para hacerse escuchar.

Parecen felices y despreocupados.

Todo aquí pertenece a un mundo inalcanzable, tan ajeno a mi realidad que de repente me siento pequeña, intimidada.

El hombre sigue avanzando, pero ahora me muevo más despacio, intentando absorberlo todo.

La música ya no es tan alta en esta zona y puedo escuchar perfectamente lo que algunas mujeres dicen. Conversan sobre pasar las vacaciones de verano en Ibiza o en Mónaco.

Sí, debe ser un gran problema elegir entre esos dos lugares "horribles".

De repente, alguien me empuja de forma tan brusca que doy un pequeño grito, sorprendida.

Antes de que pueda reaccionar, el guardaespaldas que me acompaña se mueve. En segundos, se coloca entre la persona que me empujó y yo, formando una barrera protectora con su cuerpo.

—Cuidado —dice con un tono intimidante al hombre que casi me hace caer.

El guardaespaldas me da la espalda, así que no puedo ver su expresión, pero la del tipo sí: es puro terror. Se apresura a seguir su camino tras pedirme disculpas.

Jesús, ¿en dónde me metí? ¿Quién es este hombre que me lleva ante el tal "jefe"?

Me siento un poco aturdida. La forma en que me protegió fue como si temiera que algo me pasara.

Casi me dan ganas de huir corriendo, porque mi intuición me dice que me metí en problemas al aceptar la invitación.

El lugar, el guardaespaldas… es obvio que este extraño que quiere verme es alguien poderoso.

¿Creerán que mientras estaba en la fila robé algo a alguien?

—Oye —agarro al hombre de la manga del blazer—, puedes registrarme aquí mismo. No he robado nada.

Me mira y, por un momento, parece analizar si escuchó bien.

—¿Consumiste drogas?

—¿Drogas?

—Dime la verdad. Si es así, damos media vuelta y volvemos.

—¡No! Solo no entiendo por qué me llevas con tu jefe. Pensé que podrían sospechar que mientras estaba parada afuera, robé a alguien en la fila. Si es eso, ahorremos trabajo, porque aún necesito cenar. Puedes revisarme si quieres, no tengo nada robado.

Doy un paso atrás y estiro ambos brazos como se hace en un control de aeropuerto, y para mi sorpresa, el grandote se ríe.

—Estás loca, muchacha. Esto va a ser divertido de ver. Él no tiene idea de con quién se está metiendo. Ahora, ven conmigo o me causarás problemas.

—¿Por qué?

—A mi jefe no le gusta que toquen lo que es suyo. Si tardo en llevarte con él, pensará que intenté algo contigo.

Lo que dice es tan absurdo que ni siquiera puedo protestar, y dejo que vuelva a guiarme. Esta vez, sin embargo, me coloca delante de él, supongo que para protegerme de otro empujón.

"A mi jefe no le gusta que toquen lo que es suyo".

¿Y yo soy de él? ¿Estaré soñando y mi sueño transcurre en un manicomio?

—No pertenezco a nadie —protesto, pero él me ignora.

Corre, Aubrey, aún hay tiempo.

No hay tiempo, porque pronto estamos frente a una escalera estrecha que parece conducir a la zona VIP, y una recepcionista hermosa sonríe, aunque sus ojos muestran cierto desprecio al mirarme, especialmente hacia mi cabello.

Me encojo un poco ante la manera en que me examina.

Entonces recuerdo que todavía llevo mi gorro de lana azul claro.

Sintiendo cómo se me calienta la cara, me lo quito y lo guardo en el bolsillo del abrigo.

El guardaespaldas también parece notar la duda de la mujer sobre dejarme pasar, porque dice:

—Ella está conmigo.

El tono de su voz no deja lugar a dudas.

La mujer me lanza una última mirada y se aparta, permitiéndome entrar.

La escalera está poco iluminada, con luces empotradas en el piso, supongo que para guiar el camino.

Cuando llegamos al piso superior, veo que es aún más lujoso que la planta baja. Las paredes son negras, pero intercaladas con fucsia. Bonito. ¿Serán así todas las discotecas?

Es la primera vez que entro a una.

Y qué gran debut, señora Aubrey. Si esto no termina en un secuestro o en mi muerte, probablemente será el momento más destacado de mi vida.

Señor, necesito dejar de tener este sentido del humor sombrío.

Además, ¿quién sería tan cruel como para asesinarme o secuestrarme en plena Navidad?

—Por aquí —dice el hombre, cuando me dirijo hacia el lado equivocado.

Me conduce por un pasillo que termina en una zona más privada, rodeada de cortinas translúcidas que ocultan lo que hay más allá.

Dos hombres enormes, como el que me trajo, están parados frente a la entrada. Sus expresiones son hostiles, pero se apartan al

ver a mi acompañante.

Respiro hondo, mi nerviosismo aumenta hasta casi hacerme perder la fuerza en las piernas.

Y luego entro, pero ni siquiera doy un paso cuando *lo veo.*

El hombre que me trajo no necesita decir nada para que yo sepa que aquel que parece un rey, sentado en un sillón de cuero oscuro, como si fuera su trono, es el "jefe" que ordenó que me buscaran.

Aunque estamos en penumbra, su postura hace que mi piel se erice.

La presencia de este hombre emana tanto poder que resulta casi aplastante, incluso a distancia.

Está vestido completamente de oscuro (pantalón, camisa sin corbata y blazer) y, en teoría, está en una posición relajada. Pero incluso sentado, puedo ver que es grande, al menos veinticinco centímetros más alto que yo. Su estructura de hombros anchos y piernas largas debe intimidar cuando está de pie.

No puedo ver su rostro, pero apostaría que sus ojos me observan.

Mis manos aprietan los lados del abrigo mientras bajo la mirada por un momento.

¿Quién es este hombre y qué quiere conmigo?

Algo en él hace que cada fibra de mi cuerpo me diga tanto que debería huir como que debería acercarme.

Siento intuitivamente que, a partir de este momento, nada volverá a ser igual en mi vida.



Cesare



Capítulo 12

Ella parece desubicada, como si todavía estuviera decidiendo si debería quedarse o huir.

Es lo primero que noto cuando entra.

Recorro con la mirada a la rubia y casi me río de mí mismo.

Una niña.

He pedido que me trajeran a una niña porque me fascinó el color de su cabello.

Levanto una de mis manos para chasquear los dedos y avisarle al guardia que la lleve de vuelta.

Ordenaré que la pongan en un taxi y la devuelvan a la guardería de donde salió.

Es mi último pensamiento antes de que ella levante la mirada y me vea.

Al mismo tiempo, el abrigo se abre y se me revela un cuerpo espectacular junto con un rostro angelical. No es una niña. Es una mujer. Muy joven todavía, pero una mujer.

No puedo identificar el color de sus ojos a esta distancia, pero veo unos labios generosos, una nariz pequeña y un mentón atrevido.

Es hermosa.

Recostado en el sillón, puedo apreciar su delicada complexión, envuelta en un horrendo abrigo rosa.

¿Quién permitió que una diosa como ella usara algo así?

Botas blancas, estilo vaquero, que llegan hasta sus rodillas. Una mujer como ella merece estar cubierta de seda, con ropa diseñada por los mejores diseñadores del mundo.

Si el abrigo estuviera cerrado, el conjunto con las botas la haría parecer simple, pero sus piernas son largas y bellas, pese a medir apenas un metro setenta. Con ese vestido negro corto, verla abrir el abrigo es casi como desenvolver un delicioso regalo.

El vestido negro debajo revela más de lo que oculta y, por alguna razón, parece ser lo único acertado en este extraño conjunto.

Es una contradicción. Una mezcla de niña y mujer, inocencia y provocación. No puedo apartar la mirada. Incluso con la iluminación tenue, hay algo en su presencia que me afecta de un modo que no sé si me agrada.

Me pongo de pie y siento las miradas de mis hombres atentos a mis movimientos, pero los ignoro. Mi enfoque está en ella.

Ahora, de pie frente a ella, incluso con sus botas de tacón, nuestra diferencia de altura es enorme.

Me mira, y es entonces cuando veo sus grandes ojos azules, de un tono tan claro que parecen hechos de hielo; pero no hay frialdad en ellos. Solo curiosidad y, quizá, un toque de miedo. Me gusta cómo me observa. Puedo ver su mente trabajando, intentando comprender quién soy y qué quiero.

Tú. Desnuda. En mi cama.

Ella aún no lo sabe, pero será mía.

Estudio cada detalle de su rostro. La curva suave de su mentón, la nariz pequeña y ligeramente respingada, con una imperfección casi imperceptible en el puente. Los labios delicados, pero con un formato que también parece desafiante.

No, no es solo hermosa, es arrebatadoramente perfecta.

Inhala profundamente, el leve movimiento de su pecho delata nerviosismo y un esfuerzo por mantener el autocontrol.

Pero sé, por la forma en que me mira, lo que está sintiendo.

El ligero tambaleo, como si estuviera a punto de perder la capacidad de mantenerse de pie, los labios entreabiertos, los ojos fijos en los míos. Es como una presa parada frente a un depredador.

Y me gusta.

Me inclino hacia ella, reduciendo la distancia hasta poder sentir el calor de su respiración. No dejo de mirarla ni un segundo.

—Dime tu nombre. —Mi voz sale baja, casi un susurro, pero cargada con la autoridad que sé que percibirá.

No hay ser vivo que hasta hoy me haya desobedecido.

Por un instante, parpadea, parece confundida, como si mis palabras la hubieran arrancado de un lugar distante dentro de su mente. Cuando finalmente responde, su voz es suave, pero lo suficientemente clara para que la escuche.

—Aubrey.

—Aubrey, quiero conocerte.

Mi mirada permanece fija en la suya y por la forma en que me devuelve la mirada, podría apostar que, si hubiera suficiente luz, la vería sonrojarse.

Hay tensión entre nosotros y sé lo que significa: la dulce Aubrey, con ojos de hielo y el cabello del tono más bonito que he visto, también está atraída por mí.

Me acerco aún más.

—No sé quién eres.

—Me llamo Cesare, pero puedo contarte más sobre mí después de que nos sentemos. —Desvío el tema porque no necesita saber nada de mí todavía—. Pareces a punto de desmayarte. No tengas miedo de mí.

Estoy seguro de que si mis hermanos me escucharan decir algo tan absurdo, se reirían. Sería muy imprudente no tener miedo de mí.

Ella no responde y su silencio me hace aún más decidido a tenerla.



Aubrey

Nunca había visto a un hombre como él.

Cuando se puso de pie, tuve que levantar la cabeza para poder mirarlo.

La luz tenue del lugar me había impedido ver los detalles al llegar, pero lo que ahora se revela me deja sin aliento. Él es hermoso, de una manera intensa, refinada y salvaje al mismo tiempo, como una bestia peligrosa de la que sabemos que debemos mantener distancia, pero cuya belleza no podemos resistir.

El cabello oscuro, peinado con una casualidad casi descuidada, cae de manera perfecta, como desafiando cualquier intento de control. La barba recortada acentúa su mandíbula, resaltando un rostro cuadrado que parece esculpido en piedra. No hay suavidad en él.

Sus ojos son penetrantes, como si vieran cada pensamiento que intento ocultar.

Su boca parece hecha para dar órdenes, para dominar.

Me estudia, como si fuera algo que necesita descifrar. No de una forma que me asuste, como mis hermanos, que siempre tenían una mirada amenazante.

Mi corazón late tan rápido que apenas puedo respirar. Es como caer en un elevador sin fin, sin saber si hay una red de seguridad abajo. Y, por primera vez en mi vida, no quiero esa red. Deseo el impacto.

—¿Tienes calor? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

Su voz es ronca, pero tiene un tono de mando irresistible.

No es de esas voces que piden permiso.

Se inclina hacia mí, con la mano ya extendida, como si estuviera a punto de quitarme el abrigo.

—Déjame ayudarte con eso, o vas a pasar demasiado calor aquí.

Retrocedo un paso antes de que pueda tocarme, apretando el abrigo contra mi cuerpo como si fuera un escudo.

Sonríe. Una sonrisa cargada de algo que no logro identificar. No parece enojado, aunque mi intuición me dice que no está acostumbrado a escuchar un no.



Aubrey



Capítulo 13

—No he aceptado quedarme todavía —murmuro, con una voz tan baja que casi no me escucho a mí misma.

Él no retrocede. En cambio, mantiene sus ojos atrapando los míos con una intensidad que hace que mis piernas tiemblen.

Es como si me estuviera estudiando, intentando ver mi interior.

—Quieres quedarte. —La afirmación sale con una certeza tan absoluta que no deja espacio para discusión.

Debería decir algo, pero mi mente está en blanco, abrumada por su presencia.

Tiene razón al decir que si sigo con el abrigo, probablemente me sentiré mal, porque el calor del lugar es insoportable.

O quizá no sea solo la temperatura del ambiente, sino él quien me hace sentir febril.

Siento la boca seca y el pulso acelerado mientras él parece completamente sereno.

No puedo apartar la mirada de sus ojos. Me atrapan y me dominan.

Dios, ¿qué estoy haciendo? Este es un juego que no sé cómo jugar, pero al mismo tiempo no quiero abandonar la partida.

El silencio entre nosotros está cargado de tensión. Su mirada me desafía porque ambos sabemos que cederé. Yo quiero ceder.

Está tan cerca que puedo percibir su perfume, un aroma a bosque y lluvia. Delicioso.

Necesito darle una respuesta, pero mi cerebro se bloquea y no puedo formar palabras.

Una sonrisa irónica aparece en su boca sensual, aunque no alcanza sus ojos.

Está jugando conmigo y lo sé. Pero lo más aterrador es que, a pesar de no tener idea de cuáles son las reglas, quiero descubrir hasta dónde nos llevará esto.

El sonido amortiguado de la música de fondo, las luces y hasta las voces lejanas de otros invitados de la zona VIP… Todo desaparece, y tengo la sensación de que solo existimos nosotros dos.

Sé que nota mi nerviosismo, pero no parece interesado en tranquilizarme. Creo que disfruta de mi ansiedad.

—¿Quieres que te pida un taxi?

La pregunta penetra mis oídos y sé que si digo que sí, él lo haría, aunque Cesare no parece el tipo de hombre que renuncia a lo que desea, y creo que me quiere.

Por más irracional que sea, y aunque mi ángel de la guarda intente indicarme que me vaya, sigo en la dirección opuesta.

—Yo… —Mi voz tiembla y debo tragar saliva antes de continuar —. Quiero quedarme.

Su sonrisa se ensancha, la comisura de su boca se curva de un modo que me dan ganas de estirar la mano y tocar esos labios.

—Vamos a quitarte ese abrigo.

No es una sugerencia, es una orden, y algo me dice que si me quedo, así serán las cosas.

Se coloca detrás mío y, por un momento, me siento confundida, sin entender nada, hasta que acerca su cuerpo al mío, con la cabeza tan cerca que su boca roza mi oreja.

—Estira los brazos, *bella*. Te ayudaré con el abrigo.

Doy gracias a Dios por la oscuridad, porque me muero de vergüenza.

Giro un poco el rostro hacia un lado, lo que hace que, al estar él inclinado hacia mí, nuestros labios casi se toquen.

—Perdón. No había entendido. Nadie jamás me había ayudado a quitarme un abrigo antes —digo, torpemente, pero decidida a ser honesta—. Nací en un pueblo de veinticinco mil habitantes, en Kentucky.

Él retira el abrigo de mi cuerpo y siento sus dedos grandes sobre mi piel.

Cesare me toma por los hombros y me gira hacia él.

—¿Y es malo haber nacido en Kentucky, dulce Aubrey?

Algo en la forma en que pronuncia mi nombre, con delicadeza y cuidado, hace que un calor recorra mi cuerpo, porque pienso que no hay nada delicado ni cuidadoso en este hombre, así que me siento especial.

—Para los habitantes de Manhattan, probablemente sí. Me ven como una campesina, supongo.

—Entonces estas botas tienen historia de vida. ¿Son de vaquero? ¿Es lo que usan en Kentucky?

Bajo la cabeza y miro a mis inseparables compañeras.

—Sí, a las dos últimas preguntas. Pero todavía no tienen historia.

No puedo mirarlo a los ojos. Este hombre me intimida en cada pequeño detalle: su olor, su tamaño, el calor que siento emanando de él.

—Quiero saber todo sobre ellas —dice, tocando mi mentón para que lo mire, y la sensación que tengo es que, en realidad, lo que quiere decir es que me desea desnuda solo con ellas.

Cesare parece el pecado encarnado.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto, finalmente reuniendo coraje.

Por un momento no responde, me mira de una manera que nadie jamás lo ha hecho, y luego acerca su rostro al mío.

—Porque llamaste mi atención.

¿Llamé su atención? ¿Qué significa eso?

Quiero saber más, pero decido no avergonzarme cuestionando cómo podría haber llamado la atención de un hombre como él, porque sinceramente, no me importa.

Me está gustando todo lo que ha sucedido hasta ahora. Es como si la vida hubiera preparado una sorpresa para mí.

Lo importante es que yo, Aubrey, la chica sin nadie, estoy frente a un hombre hermoso que parece interesado en… ¿en qué exactamente? No tengo la menor idea. O tal vez sí, pero no quiero pensar en eso ahora; me siento como una especie de Cenicienta elegida por un príncipe oscuro.

Me observa con sus ojos intensos y oscuros y toma mi cintura.

—Vamos a sentarnos.

—¿Por qué tengo la sensación de que no es eso lo que ibas a decir?

—Porque no lo era, pero estoy intentando ordenar mi mente.

Me guía hacia el sofá.

—¿Te arrepentiste de invitarme?

—Solo cuando llegaste y pensé que tendrías unos dieciocho años.

Vaya, ¿cuántos años cree que tengo?

Cesare estuvo cerca de acertar.

—No soy tan joven —digo, cruzando las piernas y decidida a parecer más sofisticada.

Sus ojos bajan a mis muslos y el calor que transmiten podría hacerme entrar en combustión espontánea.

Cesare sigue de pie y necesito decir algo antes de derretirme por la forma en que me observa, especialmente cuando se sienta junto a mí en el pequeño sofá y nuestras piernas se rozan.

—Hace un momento dije que estaba ordenando mi mente. No pareces alguien que toma decisiones impulsivas.

Siento la sangre subir a mi rostro por la osadía de hablarle de igual a igual. Nunca he conversado con alguien que parezca tan poderoso. Pero la otra opción sería quedarme callada toda la noche, solo asintiendo con la cabeza. Y yo no soy de quedarme callada.

—No soy impulsivo. Algo llamó mi atención en ti. El color de tu cabello… ¿es natural? —dice, enrollando un mechón entre sus dedos, y siento como si me atravesaran corrientes eléctricas.

—¿Qué?

—Te vi con la cabeza baja, el cabello escapando por el gorro. Me impresionó el color.

Sonrío, encantada con el halago.

—Sí, es natural. Mi mamá decía que solo las mujeres de nuestra familia lo tienen.

Antes de que hable más sobre la razón por la que quiso verme, porque no puedo creer que este hombre me haya mandado llamar sin siquiera ver mi rostro, una camarera se acerca y mi mechón se desliza entre sus dedos

—¿Qué quieres beber? —pregunta.

Sé que debería pedir algo sin alcohol. Refresco, jugo, tal vez agua con gas. Pero hoy no quiero ser la Aubrey buena y predecible.

No tengo la edad legal para beber, así que será una prueba del poder de Cesare. Si me piden identificación, mi plan de fingir que soy mayor será descubierto. Pero si él es alguien a quien nadie se atreve a cuestionar, probaré mi primera bebida alcohólica esta noche.

—Champán. Me gusta el mejor.



Cesare



Capítulo 14

Aubrey es completamente inconsciente de su propia belleza y del impacto que tiene en mí. Desde el momento en que me levanté hasta ahora, no puedo dejar de mirarla.

Si soy honesto, además del cabello fascinante, el cuerpo atractivo y el rostro hermoso, también me atrae su boca inteligente.

Veo que se siente intimidada por lo que dice y sé que está fingiendo sobre conocer los mejores champanes. Apostaría parte de mi fortuna a que nunca ha probado uno en su vida.

Mira sus propias manos como si le diera vergüenza, y yo, que estoy lejos de ser un hombre sensible, me siento incómodo de que ella piense que tiene que ser algo mejor de lo que es para estar a mi nivel.

—¿Qué champán tienen? —pregunto a la camarera de la discoteca y noto que Aubrey respira profundo, como si se sintiera aliviada.



Aubrey

La mujer le dice algunos nombres que para mí suenan a griego, pero creo que es francés, porque juro que hizo un gesto de

labios para pronunciarlos.

Escucho a Cesare hacer el pedido, o mejor dicho, dar la orden, y finjo estar interesada en la punta de mi bota.

No me pasa desapercibido que la camarera no me pide la identificación. Pero claro, por la manera en que mira a Cesare, creo que si él le pidiera que se colgara del techo, ella lo haría sin el menor problema.

Cuando la camarera nos deja a solas, ya no puedo seguir ignorándolo, porque sería descortés.

Me giro un poco en el sofá sin saber qué esperar y, al ver que me observa como si leyera mi mente, decido ser sincera.

—Nunca he probado champán. Ni bueno ni malo —confieso, porque estoy segura de que lo sabe.

—No me importa si te ven como una campesina, si eso es lo que te preocupa.

Cesare no es cortés, aunque estoy segura de que es muy rico. Dice lo que quiere, sin preocuparse por si desagrada o no al otro.

—No te importa que te vean con una chica de Kentucky, ¿eh?

Un rincón de su hermosa boca se curva y siento un frío en el estómago.

Su sentido del humor, que creo que siempre se mantiene en la ironía, lo hace aún más atractivo.

Lo miro, intentando encontrar algo en su rostro que me dé pistas sobre quién es.

Guapo, caballeroso, aunque no del tipo dulce, y ahora me dice que no le importa mi procedencia.

Nadie puede ser tan perfecto.

¿Y qué importa, Aubrey, aparte del hecho de que ésta es la noche más emocionante de tu vida?

Su mano toca mi mejilla y, por un segundo, cierro los ojos porque estoy segura de que me va a besar, pero no sucede nada. Cuando los abro de nuevo, noto que la camarera regresó.

Disimulo la vergüenza que siento. ¿Se estará riendo de mí internamente? ¿Divirtiéndose con la certeza de que en este ambiente soy un pez fuera del agua?

Ella me sirve la bebida y noto que Cesare acepta también una copa, pero estoy casi segura de que solo lo hace para acompañarme, porque un hombre como él no parece disfrutar del champán.

Quedamos a solas otra vez y llevo la copa a mis labios, pensando que sería un excelente castigo si odiara el champán o incluso si me atragantara.

Cesare está concentrado en mí, enfocado en mi boca.

Pruebo el champán y cierro los ojos de inmediato porque, para mi sorpresa, es delicioso.

—Hummmm… Está tan rico —digo, volviéndolo a mirar—. ¿No lo probarás?

—No de la copa. Quiero esa boca.



Cesare

Cuando quiero algo, lo tomo, y el deseo por Aubrey es más intenso de lo que recuerdo haber sentido en años. Sentada con ese vestido diminuto que parece pedir a gritos ser arrancado, me provoca incluso sin saberlo. O quizá sí lo sabe. Probablemente finge inocencia.

No espero respuesta. No necesito permiso cuando casi puedo percibir el aroma de su excitación.

Capturo su boca y, al principio, ella jadea contra mis labios, sorprendida. Mi beso no es gentil ni dulce.

No soy del tipo de persona cariñosa, pero al tocar su boca suave y cálida, percibo que podría volverme adicto a su sabor.

Mis manos recorren la línea de su mandíbula hasta el cuello, donde siento su pulso acelerado. Saber que provoco eso, que la hago temblar bajo mi toque, con el movimiento de mi lengua dentro de ella, aumenta mi excitación.

Ella me besa con vacilación y presiento que es porque se siente avergonzada por mis hombres.

Retiro la copa de su mano.

—Estamos solos —murmuro contra sus labios.

Sé que en el momento en que la toqué, mis guardaespaldas se fueron al otro lado de la cortina. Ninguno de ellos se atrevería a intervenir en mi privacidad.

Sus manos ahora tocan mi rostro, pero es una caricia tímida que, de algún modo, me hace desearla con aún más fuerza.

La subo a mi regazo, sentada de lado.

Aubrey mira hacia atrás, como para asegurarse de que hablo con sinceridad.

—¿No van a entrar?

—No.

La tomo por la nuca y sus manos se posan en mi pecho, como si estuviera probando sus propios límites, y su evidente inexperiencia, en lugar de desanimarme, me hace querer enseñarle todo en la cama.

—Chupa mi lengua, Aubrey. Chúpala como lo harías con mi verga.

Ella jadea en el beso, sus uñas se clavan en mis hombros, como si estuviera dividida entre ser la buena chica o hacer lo que desea.

—Chúpame —la persuado, y la pongo de frente en mi regazo.

Por un momento, mientras la beso como quería desde que llegó hasta mí, Aubrey deja salir su sensualidad. Devuelve mi beso y se mueve en mi regazo, masajeando mi verga dura con su pequeña vulva protegida por su ropa interior. Cuando estoy a punto de ponerme de pie porque quiero dejarla desnuda y probarla por completo, ella se aparta y se pone de pie, como si mi toque la quemara.

Mira alrededor, como buscando una vía de escape, y no hago nada porque conozco demasiado la mente humana para saber que no quiere huir de mí, sino de sí misma.

Si fuera cualquier mujer la que estuviera jugando a este juego de calor y frío, la descartaría sin pensarlo dos veces, pero intuyo que

Aubrey no tiene experiencia y lo que acaba de pasar probablemente la haya asustado.

—Soy una chica del interior de Kentucky —dijo.

¿Dónde diablos queda Kentucky? Creo que es un lugar olvidado por Dios.

Me levanto, pero no hago ningún movimiento para acercarme demasiado.

Mis ojos recorren su cuerpo, deteniéndose en sus caderas, en la parte del vestido que marca sus curvas, y cuando vuelvo a mirarla, no tengo duda de que la tendré.

—Vámonos de aquí —digo, pero apenas termino las palabras noto que sus rodillas ceden. Solo el hecho de que me muevo muy rápido evita que se caiga.

—Creo que debería haber comido antes de beber —dice, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Salí a cenar, pero acepté tu invitación y me quedé con el estómago vacío. Tampoco suelo beber alcohol. Creo que la combinación de hambre, champán y tu beso no fue buena. Un sándwich ahora me vendría perfecto.

—¿Me estás diciendo que bebiste sin comer nada?

—Sí, creo que sí, y si no quieres que me desmaye de hambre en tus brazos, es mejor que arreglemos esto.

"Déjala ir. Aliméntala y mándala de regreso a su casa", grita la voz que me advirtió desde el principio que la rubia y yo somos incompatibles, pero ella no tiene fuerzas en este momento.

He besado a esta mujer, probado su sabor, y no pienso volver a Sicilia hasta tenerla en mi cama.



Aubrey



Capítulo 15

Soy consciente de que la mitad de mi dignidad se esfumó al confesar que tenía hambre y, siendo sincera, ahora que estamos en el restaurante, ya no estoy tan segura de si me sentí mareada por la combinación de alcohol con el estómago vacío o por el beso de Cesare. Apostaría por la segunda opción.

Salimos de la discoteca escoltados y juro que me sentí una celebridad, porque había guardias de seguridad guiándonos hacia la salida y una limusina esperándonos.

Dentro del coche, él no me miró. Permaneció cerrado en sus propios pensamientos, concentrado en lo que había fuera de la ventana. Si mi mente hubiera estado más clara, tal vez le habría pedido que me llevara a casa, porque parecía arrepentido de haberme invitado a quedarme con él.

Al llegar a un restaurante pequeño, pero encantador, una especie de cantina italiana, el lugar estaba completamente vacío. Estoy segura de que lo hizo abrir solo para mí.

Cesare actuó como un caballero, empujando mi silla para que me sentara.

Él se adelantó y pidió pasta con carne para los dos. El camarero me preguntó si quería vino y, nuevamente, mi acompañante autoritario tomó la iniciativa y dijo que no.

Creo que merecía eso por haber casi desmayado a sus pies y por confesar que bebí con el estómago vacío. Pero, ¿qué diría si le

contara que su beso tuvo un efecto mucho más devastador en mi cuerpo que cualquier cantidad de alcohol?

Un rato después, con la comida servida, doy un bocado de pastas y miro a mi alrededor, porque tengo miedo de atragantarme si no me distraigo. Cesare está recostado en la silla, con los brazos cruzados frente al pecho, mirándome como si toda su atención me perteneciera.

El restaurante es encantador, parece sacado de un sueño.

Manteles a cuadros rojos y muebles de madera oscura, con una iluminación cálida y tenue, que me hace sentir como si estuviera en la cocina de una casa en Italia y…

Dios mío, qué tonta soy. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Su nombre y ese acento tan atractivo...

—¡Eres italiano! —digo, fascinada, como si hubiera descubierto algo que traería paz al mundo.

En mi defensa, nunca he hablado con un italiano de verdad en mi vida. Uno de verdad, nacido en Italia. En Manhattan hay muchos descendientes de italianos, pero el hombre hermoso frente a mí es el primero con sello de calidad "made in Italy".

—Soy siciliano.

Lo miro, confundida.

—Pensé que Sicilia estaba en Italia.

—Y lo está, pero tenemos nuestra propia cultura —dice, sin explicar más, y prometo investigar sobre ello en el futuro.

—¿Te mudaste a Nueva York?

—Haces demasiadas preguntas.

—Solo intento ser amable.

—No me importa la amabilidad.

Ya he comido la mitad de mi plato, así que dejo el tenedor sobre el plato.

—¿Y qué es lo que te importa? Porque hasta ahora no entiendo qué te hizo querer pasar la víspera de Navidad con una desconocida.

—Sabes por qué estás aquí —dice.

—Porque me quieres en tu cama. —Tomo valor y doy voz a mis pensamientos.

—Sí. Hay química entre nosotros.

—¿Y eso basta?

—Para mí, sí. Preguntaste qué me importa, y la respuesta es: lo que me interesa, y en este momento, eres tú. Háblame de ti.

—No tengo mucho que contar.

Me mira como si estuviera escaneando mi cerebro, entendiendo mi intento de evitar una respuesta.

—¿No vas a comer? —pregunto cuando su silencio empieza a inquietarme.

Aunque también tiene comida servida, no ha tocado nada.

—Prefiero observarte —dice, con voz baja y ese acento que me eriza la piel—. ¿Por qué estás sola en Nochebuena, Aubrey?

—Porque no tengo familia. Mis padres murieron hace unos meses.

No preguntes cómo, por favor, porque no soy buena para mentir y no pareces del tipo que se deja engañar.

—¿Cómo murieron?

—Si vas a hacerme preguntas, te devolveré la jugada.

Su boca se comprime en una línea fina y no necesito ser experta en lenguaje corporal para entender que se siente molesto porque me atreví a desafiarlo. Creo que empiezo a comprender un poco su personalidad.

Él es el rey y cree que yo formo parte de sus súbditos.

—¿Tienes algo que ocultar? —pregunta.

Decido darle algunas respuestas porque lo último que necesito es que alguien escarbe en mi pasado.

—No hay mucho que decir. Perdí a mis padres. Después del funeral, vine a Manhattan. Me encanta la Navidad y pensé que la ciudad sería el lugar perfecto para pasar la celebración sin ellos.

Minimizo enormemente la razón por la que vine a trabajar en esta isla de millonarios, pero, ¿qué podría decirle?

¿Que tengo dos hermanos psicópatas que tratan a las mujeres como basura y querían casarme con uno de sus asociados, igual de despreciable que ellos?

¿O que tuve miedo de que me lastimaran o incluso me mataran si no obedecía, y por eso, sin haber trabajado jamás, decidí ser

vendedora ambulante para mantenerme?

No, gracias. Me siento como una princesa esta noche y no quiero que Cesare sienta lástima por mí.

—¿Y tú, no tienes familia?

—Tengo una familia enorme, pero tuve que venir a Estados Unidos por negocios.

Negocios. La respuesta puede significar todo o nada.

¿Mujeres, o negocios de verdad, como empresas?

Hay algo en la manera seca y concisa en que me respondió que despierta mi desconfianza. Es misterioso, reservado. ¿Peligroso? No estoy segura, y aun así no puedo alejarme.

—¿Estás casado? —pregunto abruptamente, tomándolo desprevenido y sorprendiéndome a mí misma.

Sus ojos se entrecierran, pero no creo que sea de irritación. Parece que está pensando cómo responder.

—No —dice.

—¿Novia? —insisto.

Su humor parece mejorar y una sombra de sonrisa aparece.

—A mi madre le encantaría, pero la respuesta también es no.

Muerdo mi labio, sin saber si creerle. Pero no parece el tipo de hombre que mentiría sobre eso.

—¿No hay nadie?

—No. ¿Y tú?

—Nunca he tenido novio.

Ni he besado o dormido con un hombre. Ni siquiera he tenido una cita en mi vida, así que, señor siciliano, usted es mi primer "todo".

—¿Eres libre entonces? ¿No te encariñas?

—Hum… No. ¿Cuántos años tienes? —pregunto, intentando aliviar la tensión que se acumula en el aire.

—Treinta y tres —responde, sin dudar—. ¿Y tú, mi curiosa Aubrey?

Sostengo mi copa de agua con más fuerza. La diferencia de edad entre nosotros es significativa (catorce años), pero no me asusta como debería, y decido mentirle, porque mi intuición me dice, por lo que dijo en la discoteca, que si yo fuera sincera, Cesare se

despediría y me mandaría a mi casa, y no estoy dispuesta a separarme de él todavía. Estoy segura de que no nos volveremos a ver, especialmente ahora que sé que vive en Sicilia.

Quiero quedarme con él hoy.

—Tengo veinticinco.

Las palabras salen con naturalidad y puedo volver a respirar cuando asiente con la cabeza, aceptando la respuesta sin cuestionar.

Y por alguna razón, eso me pone aún más nerviosa. No parece ser el tipo de hombre a quien se le deba mentir.

—Debería irme —murmuro, aunque sea lo último que deseo.

—¿Deberías o quieres?

Lo miro, intentando descifrar lo que piensa. Decido arriesgarlo todo. Quiero mi noche de ensueño y todos mis instintos me dicen que este hombre es capaz de llevarme al cielo.

Nunca me había interesado un hombre antes y Cesare es como un príncipe salido de las páginas de una novela romántica.

—No tengo razón para volver a casa.

—No tener razón para volver a casa no es una respuesta, Aubrey. Me dijiste que tienes veinticinco. Eres adulta y deberías saber lo que quieres para ti.

Parece dispuesto a decirme "adiós" y no creo que sea porque haya perdido el interés (sigue mirándome como si quisiera sentarme en su regazo otra vez), sino porque, a pesar de toda su aura de poder y del hecho de que estoy segura de que puede conseguir lo que quiere con un chasquido de dedos, Cesare es un hombre honorable y nunca obligaría a una mujer a hacer algo que no quiere.

Inmediatamente, le digo:

—Quiero quedarme contigo.



Aubrey



Capítulo 16

No puedo retractarme de lo que acabo de decirle, y aun si pudiera, no lo haría.

Sin decir una palabra, Cesare se levanta y me ayuda a ponerme de pie también.

Y de repente, se detiene.

—No soy candidato para algo más serio que una aventura de una sola noche, Aubrey.

No esperaba nada más que eso y, aun así, siento como si me hubieran dado un golpe en el estómago.

—No deseo más que una noche. Tú regresarás a Sicilia. Yo me voy de Nueva York en unos días.

Él sostiene mi codo.

—¿A dónde?

—Tu pregunta no encaja con lo que acabas de declarar. Hoy es Navidad y he decidido que quiero que seas mi regalo, Cesare. Pero no hablaré de mí ni querré saber de ti. Mantengamos todo casual.

Me siento poderosa al decir eso. Estoy segura de que una mujer de veinticinco años, que ya haya tenido varios novios, hablaría así.

Y mi confianza aumenta cuando noto la sorpresa en su expresión.



Cesare

Ella me intriga.

Aubrey tiene una lengua afilada, pero todo en ella grita vulnerabilidad, y una vez más pienso en lo contradictoria que parece.

Mientras salimos del restaurante, con mi mano apoyada en la parte baja de su espalda, algo en su mirada me hace dudar.

Dentro del coche, como me pasó cuando la traje a comer, es su turno de quedarse ensimismada, pero a mitad del camino, sorprendiéndome, posa su mano sobre mi muslo.

—Hoy es, por lejos, la mejor Navidad de mi vida.

¿Qué demonios significa eso? ¿Cómo puede ser mejor pasar la Navidad en la cama de un desconocido que tener a la familia cerca?

—Mírame cuando hables conmigo, Aubrey —le exijo, porque en cuanto sus palabras se escaparon, como si se arrepintiera de haberlas dicho, ella fija la mirada en el asiento delantero, aparentemente concentrada en la cabeza del chofer.

—No quiero conversar. Solo vivir. ¿Puedes darme eso hoy, Cesare?

—Parece un buen acuerdo.

La atraigo hacia mí, tomando su boca, y como en la discoteca, la atracción física entre nosotros explota.

El calor de su cuerpo enciende el mío. Apenas puedo esperar para tenerla desnuda.

Nos perdemos tanto en los besos que casi no noto cuando el chofer detiene el coche frente al hotel de lujo en el que me hospedo. Ella se asusta al ver que el coche se detiene y amenaza con tocar la cerradura de la puerta, pero yo la detengo con una sola palabra.

—No. Te diré cuándo podemos salir.

No puedo darme el lujo de correr riesgos. Mi vulnerabilidad significa la vulnerabilidad de toda mi familia.

En las pocas veces que vengo a Estados Unidos, intento llamar la menor atención posible, usando vuelos comerciales y no nuestro avión privado. También me hospedo en hoteles, mezclándome lo más posible con turistas comunes. Aun así, tengo protocolos de seguridad que cumplir.

—¿Alguien quiere secuestrarte? —bromea ella.

No tienes idea.

—No que yo sepa. Simplemente tengo como principio que el sueldo de mis guardaespaldas valga la pena.

Finalmente salimos del coche y nos dirigimos a los ascensores, pero dentro de ellos, Aubrey me sorprende diciendo:

—He visto este hotel en una película. ¿Podemos ir al techo?

—Vas a congelarte.

—Soy una muchacha grande. Puedo soportar un poco de nieve.

¿Por qué demonios no puedo predecir sus movimientos? A mi edad y con mi experiencia con mujeres, pensé haberlo visto todo y conocer todos los juegos de seducción posibles.

"No con Aubrey, la rubia inocente de Kentucky", pienso, entre contrariado y divertido porque nada de esta noche sale como lo planeé.

Cuando mi guardaespaldas la trajo hasta mí, esperaba que todo siguiera la línea habitual: la llevaría al hotel, a la cama, tendríamos un encuentro basado en la atracción física y, mañana por la mañana, le daría un regalo, probablemente una joya, luego la enviarían a su casa, y yo volvería a mi mundo.

Pero Aubrey me hace correr detrás de cada paso, complicando mi camino, y sospecho que no es intencional.

Hago un gesto con la cabeza a mi guardaespaldas en el ascensor y él sabe qué hacer: toma el teléfono y, después de intercambiar unas palabras con la recepcionista, pulsa el botón de la azotea.

—No quieres compañía más allá de la mía. —Ella sonríe, porque entre las cosas que escuchó que mi seguridad dijo a la empleada, estaba la instrucción de que subiría al techo y no debía ser molestado.

Probablemente a la mujer no le pareció problema. ¿Y por qué lo sería? En plena Navidad, cuando los hoteles están llenos y las tarifas más altas, alquilé dos pisos enteros, los últimos, solo para no ser molestado por otros huéspedes.

La mujer, después de decirle a mi jefe de seguridad que tenía mucho trabajo cambiando las fechas de otros huéspedes que ya tenían habitaciones reservadas, cedió cuando le ofrecimos el precio completo más un cincuenta por ciento adicional.

La puerta del ascensor se abre y llegamos a lo que sería el equivalente al piso sesenta y nueve del hotel, los dos pisos anteriores estaban ocupados por mi equipo y yo.

Aubrey corre hacia la baranda que ofrece una vista panorámica de la isla, ignorando el frío cortante.

Me mira y sonríe, y algo en esa sonrisa me provoca una sensación desconocida en el pecho.

Ha perdido a sus padres, está sola en el mundo y aun así aprecia la belleza.

Gira sobre sí misma, con los brazos abiertos, recibiendo la nieve en el rostro, y parece más joven de lo que es.

—Me encanta este lugar. Es como tocar el cielo.

Despido a mis hombres porque me siento posesivo con ella y no quiero que nadie más sea testigo de su felicidad. Hoy, todo lo que la concierne me pertenece.

Me acerco y la tomo en brazos. Aubrey rodea mi cintura con sus piernas y el movimiento hace que el vestido se suba.

Mientras la beso, siento su culo firme en mis manos y la acerco a mi cuerpo, con mi verga bien dura rozando su intimidad.

—Estás helada. Vamos a mi suite.

Ella aparta nuestros labios y me mira. Sabe que lo que dije no tiene que ver solo con salir del frío.

—Me gustaría tomar una ducha caliente, ¿puede ser?

—Puedes tener todo lo que quieras esta noche.



Aubrey

Me siento como Cenicienta, que fue al baile del príncipe por pura casualidad. Pero no debo olvidar que al amanecer tendré que irme, porque cuando llegue la mañana, dejaré de ser la princesa y volveré a ser Aubrey de Kentucky.

Cesare me baja al suelo con cuidado, como si fuera un objeto precioso, y entramos nuevamente al ascensor.

Presto atención a cada detalle del hotel al llegar, pero nada me preparó para el lujo de la suite (o sería mejor decir del apartamento, porque es enorme) en el que se hospeda.

Ni siquiera logro ver la cama. Hay una sala enorme con mesa de comedor incluida, y al fondo, sofás que parecen muy cómodos.

Él no nota mi asombro, ya que se dirige a lo que creo es el baño.

No tengo otra opción que seguirlo. Pero, para mi sorpresa, abre la puerta de un cuarto anexo, no de la suite principal.

—Puedes quedarte aquí —dice.

No digo nada, pero creo que ve mi sorpresa, porque añade:

—Duermo solo. Siempre.

Vergüenza no alcanza a describir lo que siento y, totalmente incómoda, entro al baño. Después de murmurar un "con permiso", cierro la puerta detrás mío.

¿Qué esperabas, Aubrey? El hombre debe dormir con una mujer por noche. Olvida esa idea de príncipe encantado.

Abro la ducha y solo con ver cómo cae el agua, sé que será deliciosa.

Me desvisto en segundos porque estoy congelada y, al notar los calefactores de toallas eléctricos, pongo mi ropa allí, porque necesitaré algo seco para mañana.

Siento el agua caliente resbalar por mi cuerpo y cierro los ojos, sin preocuparme por mojar mi cabello.

Dios, ¿realmente voy a hacer esto? ¿Dormir con un desconocido que, además, parece sombrío y misterioso?

De repente, oigo la puerta del baño abrirse detrás mío y, a través del cristal oscuro de la ducha, cuando volteo, veo a Cesare completamente desnudo, parado allí.

Quedo hipnotizada por la belleza de su cuerpo y sé que no retrocederé en mi decisión, no porque esté aquí y su físico deje claro cuánto me desea, sino porque necesito saber cómo es ser suya, o pasaré la vida soñando con esta noche.



Cesare



Capítulo 17

Cierro la puerta detrás mío sin apartar la mirada de la de ella, y al abrir la ducha, por un instante, me quedo sin aliento.

He visto a muchas mujeres desnudas, pero ninguna se acerca a la perfección de Aubrey.

Recorro con la mirada cada parte de su cuerpo y me vuelvo loco al observar sus piernas largas, cintura estrecha, caderas que me hacen querer morderlas, dejando mi marca de posesión.

Una vulva con un triángulo de vello rubio del mismo color que su cabello. Abdomen firme y tetas pequeñas, pero con pezones prominentes y rosados. Incluso el cuello de Aubrey es hermoso y despierta en mí la necesidad de apretarlo mientras la tengo.

Y entonces, me detengo en sus ojos.

Están concentrados en mi mirada, pero sé que me han examinado por todos lados igual que yo la examiné a ella.

Camino hacia donde está ella, mis pasos deliberadamente lentos. Hay algo en la tensión de este momento que quiero saborear. Me detengo a unos centímetros de distancia.

—Estás nerviosa.

Ella traga saliva, pero no retrocede, sus ojos nunca dejan los míos.

—Porque nunca he hecho esto antes.

—¿Acostarte con un desconocido?

—Acostarme con cualquier hombre. Soy virgen. Y no de manera técnica, nunca hice nada, y es la primera vez que me

desnudo frente a un hombre.

No pensé que algo pudiera sorprenderme en esta vida, pero una mujer de veinticinco años, tan hermosa como ella, y virgen…

No lo puedo creer.

Por varios segundos, solo la observo, y como si se sonrojara por la confesión, Aubrey se abraza a sí misma.

El agua caliente resbala por su cuerpo y, cuando vuelvo a su rostro, sus mejillas están rojas.

"Soy virgen. Y no de manera técnica. Nunca hice nada y es la primera vez que me desnudo frente a un hombre".

—¿Nunca hiciste nada? —pregunto, con la incredulidad evidente en mi voz.

Ella niega con la cabeza.

Su expresión me hace percibir que se siente vulnerable y la sorpresa inicial se reemplaza rápidamente por algo mucho más primitivo. Una sensación caliente y posesiva se extiende por mi mente.

Intacta. Virgen.

Y pronto, será mía.

"No, no será tuya. Solo la tendrás por una noche", insiste mi cerebro, aunque mi cuerpo protesta en silencio.

Aprieto la mandíbula cuando intento controlar el sentimiento territorial de que Aubrey me pertenecerá, mientras un deseo más intenso que el simple apetito sexual me atraviesa. No es racional, es instintivo, masculino y primitivo.

Una especie de reconocimiento de un macho frente a una hembra que desea con locura, sumado a la certeza de que ella se entregará solo a mí.

Doy un paso más cerca, levantando su cabeza con dos dedos bajo su mentón, obligándola a mirarme. Sus ojos brillantes transmiten nerviosismo y expectativa. Siento el ligero temblor de su cuerpo, pero no se aleja.

—¿Sabes lo que quieres?

—Sí.

Sus labios se entreabren, como si quisiera decir algo más, pero no continúa.

—Serás completamente mía. No hay espacio para dudas.

En mi mente, comienza a elaborarse un plan. Puedo mantenerla. No casarme con ella. Tengo un deber que cumplir, pero puedo tenerla como mi amante por tiempo indefinido.

La posesividad que siento es abrumadora.

Saber que nunca fue tocada me convierte en su dueño. No la compartiré con nadie.

No tiene familia. Puedo llevármela a donde quiera.

Mi mano se mueve hacia su nuca, atrayéndola más cerca, mientras mi pulgar dibuja círculos suaves sobre su piel. Es tan delicada en comparación conmigo que debo tener cuidado de no lastimarla.

—No tengas miedo —digo—. Voy a cuidarte.

Ella se relaja, pero hay duda en sus ojos. Eso solo me hace desearla más.

No soy un hombre suave entre cuatro paredes, pero por esta noche intentaré encontrar un equilibrio.

Mis dedos rozan su rostro y siento la delicadeza de su piel.

Mis manos recorren sus hombros.

El calor de su cuerpo se irradia y, por unos segundos, cierra los ojos, como si intentara resistirse a la atracción que siente por mí.

—No te escondas, Aubrey.

Cuando vuelve a mirarme, su mirada se pierde en la mía y me sorprende la mezcla de deseo y miedo que refleja.

Sus labios tiemblan, ansiosos.

Un deseo visceral me domina. Deslizo una mano por su cabello y con la otra la acerco a mí, haciendo que sus tetas con pezones rígidos rocen contra mí.

Cuando mi boca finalmente presiona la de ella, hay una mezcla tan poderosa en mí que no puedo contenerme.

El beso es profundo y me deleito con sus labios, invadiendo hambriento el delicioso cautiverio que es su boca.

La excitación, mezclada con posesividad, me hace atraerla aún más, con la lengua penetrando profundo y mis manos controlando su cuerpo.

El deseo que siento tiene vida propia y agarro su culo, haciéndola sentir el volumen de mi erección presionando su abdomen.

Ella estremece, pero en lugar de soltarse, sus manos aprietan mis brazos, atrayéndome más hacia ella.

Entrelazo una de mis piernas entre las de ella, que parece asustarse.

—Ábrete para mí.

Duda por un instante, pero luego separa las piernas. Siento el calor de su vulva y cierro la ducha.

—Después podemos ducharnos. Te deseo ahora.



Cesare



Capítulo 18

El gemido de placer de Aubrey mientras la beso y la llevo al cuarto me hace preguntarme si será el mismo que me dará cuando esté gozando.

Sus mejillas están sonrojadas por el deseo y es la imagen misma de la tentación.

La pongo de pie al llegar al cuarto, pero creo que se siente vulnerable desnuda frente a mí, así que se dirige hacia la cama y se acuesta, con las piernas juntas.

Me acerco y tomo ambos tobillos a la vez, separando sus muslos hacia mí.

—Si estás segura de lo que quieres, no te esconderás. Apóyate en los codos. Quiero que me observes mientras disfruto de tu vulva.

Beso el interior de su muslo izquierdo con la boca abierta, lamiendo la carne suave.

Ella se estremece cuando mi lengua traza un camino hacia el centro de sus piernas, probándola, y cuando alcanzo su húmeda vulva, separo sus labios vaginales con los dedos y huelo su excitación.

Recorro con el pulgar desde el clítoris hasta su entrada y ella arquea la espalda, emitiendo un gemido desesperado que solo intensifica mi deseo de devorarla.

El primer contacto de mi lengua con su vulva la hace intentar escapar.

—Es demasiado intenso. Creo que no lo soportaré.

No me detengo.

Deslizo mi boca por toda su vulva, lamiendo el néctar, haciendo que Aubrey sienta la fricción áspera de mi lengua contra su suavidad.

—Mírame, rubia —ordeno, y ella obedece de inmediato.

—Por favor…

—¿Por favor qué? ¿Quieres que disfrute de esta vulva virgen? ¿Quieres acabar en mi lengua?

—Sí —dice, aunque suene tímida. Abre más las piernas.

Lamo su vulva, chupando el botón de su placer, probando con un dedo su entrada húmeda.

Ella se contrae a su alrededor, apretándose. Sustituyo el dedo por mi lengua, probando su néctar caliente, saboreando su gusto.

Es puro fuego contra mí. Donde quiera que la toque, su calor me quema.

Aubrey es apasionada, a pesar de la inexperiencia. Se entrega para que haga lo que quiera, gimoteando cada vez que rozó mi pulgar contra su clítoris.

La hago acabar dos veces antes de subirme sobre su cuerpo y besar su boca.

Se abre, ofreciéndome su caliente lengua.

La chupo y deslizo la mano por su abdomen, tocando su vulva, y mientras me pierdo en la suavidad de su boca, acaricio su clítoris mojado por el goce.

Le agarro una teta, apretando el pezón entre el pulgar y el índice, y amasando la otra en mi mano.

Vuelvo a bajar la mano entre sus piernas y, mientras disfruto de sus pechos, masajeo el clítoris con el pulgar, usando el dedo medio para penetrar suavemente su canal intacto.

Ella gime fuerte.

—Grita dentro de mi boca. Todo en ti me pertenece.

Le inserto un dedo en ella, pero no demasiado, y aun así casi se levanta de la cama porque está sensible; su cuerpo está ansioso por el placer.

El deseo salvaje hace que mis músculos se tensen, endurecidos por la excitación.

Beso su boca, cada vez más hambriento por su sabor.

El contacto es voraz, con la lengua atacando, exigiendo que se rinda.

Sus piernas tiemblan, en espasmos incontrolables por el orgasmo.

Estoy hambriento y tomo lo que ella me ofrece, adicto a sus gemidos.

Su entrega me vuelve loco.

Me tumbo en la cama y la coloco encima mío; las posiciones se invierten, con su vulva sobre mi rostro, mi erección frente a ella.

Está suspendida, apoyada sobre sus rodillas, así que masturbo mi miembro y le coloco la punta sobre sus labios.

—Abre la boca y chúpame la verga.

—Yo nunca…

—Lo sé. Soy tu primer y único hombre. Lame la punta y luego chúpala.

Comienza tímidamente, pero incluso la caricia torpe es excitante.

Poco a poco se acostumbra, dejándome entrar, y sostengo su cabello, bajando su cabeza para penetrar más profundo en su boca.

—Chupa todo lo que puedas.

Quiero llenarla con mi semen. Mirar su rostro hermoso mientras me consume.

Mientras tanto, chupo su vulva, pero esta vez no la dejo llegar al orgasmo, ni me permito eyacular en su boca, porque el deseo de estar dentro de ella es irresistible.

La vuelvo a acostar en la cama.

—No te muevas.

Tomo un preservativo de la tira que traje al seguirla al baño.

Me lo pongo y me arrodillo entre sus muslos. Me inclino y tomo uno de sus pechos entre los labios.

Aubrey se arquea, entregada.

La punta de mi verga ya está en su entrada y, sujetando su rostro con mis manos, entro dentro de ella, mirándola a los ojos.

—Siente cómo estoy loco por ti, Aubrey.

Penetro solo lo suficiente para separar sus labios vaginales húmedos y ella contiene la respiración.

Cuando entro un poco más, haciendo que la cabeza ensanche su canal, ella se agita, ansiosa.

—Confía en mí.

Sé que está muy húmeda, pero la diferencia entre nuestros cuerpos es enorme.

Salgo y entro, dilatándola.

Agarro sus muslos, levantándolos de la cama, y pruebo una embestida más profunda. Ella se tensa.

Nos miramos y me inclino para besarla.

Entro completamente en ella, haciéndola mía.

Ella grita sorprendida y su vagina se contrae alrededor mío.

Aprieto los dientes porque sus espasmos me enloquecen.

Comienzo un vaivén mientras chupo los pezones de sus tetas.

No pasa mucho tiempo antes de que ella comience a acompañarme, con su cuerpo ondulando en una deliciosa respuesta a mi ataque.

La penetro con embestidas constantes, sintiendo cómo su carne se amolda a mi verga.

Levanto sus muslos, acercándolos a mi cintura, y la penetro más.

—Muévete —ordeno, dándole una palmada en su culo.

Ella parece asustarse, pero cuando comienzo a penetrarla más fuerte, obedece.

Su vulva me recibe, aprisionándome con cada salida.

Bombeo su vagina y nuestros cuerpos chocan sin cesar.

Sujeto los cachetes de su culo y la penetro hasta el fondo.

Coloco la mano entre nuestros cuerpos, alcanzando su clítoris, y ella reacciona de manera salvaje.

Poco a poco, la suavidad con la que empecé a penetrarla se transforma en un ritmo más brutal, y cuando llego al límite, acaricio su clítoris porque estoy cerca de eyacular.

Sus dedos se clavan en mis hombros, tirándome hacia ella, y me vuelve loco ver la prueba de su descontrol.

Deslizo más profundo, cada embestida haciendo que me sienta alojado dentro de ella.

Enseñarle a recibir mi verga es la sensación más excitante que he experimentado.

—Acabemos juntos, Aubrey.

Su cuerpo se mueve hacia mí y, gimoteando mi nombre, me da lo que quiero, gozando.

Aumento el ritmo de las embestidas y sucumbo a la necesidad de liberación.

El orgasmo es violento.

La coronación de un placer intenso.

Sí, me la quedaré. Aubrey será mía cuando yo quiera.



Aubrey



Capítulo 19

Me pongo de puntillas, con el cuerpo adolorido, porque además de perder la virginidad, Cesare hizo el amor conmigo al menos tres veces. Trabajé músculos que ni siquiera sabía que existían en mí.

Siento que el rostro se me calienta al recordar lo travieso que es.

La boca del hombre es casi tan pecaminosa como su cuerpo y su rostro.

A pesar de lo que me dijo cuando llegamos, en algún momento de la noche, mientras dormía, estoy segura de que me llevó a su suite, porque ya no estamos en el cuarto al que me había enviado para ducharme.

Ya me había parecido grande el otro baño, pero este… ¡Jesús! Cabía entero el apartamento en el que vivo dentro de este lugar.

Abro la ducha, soñando con un baño caliente, y cuando siento el agua cayendo sobre mi cuerpo agotado, gimo de placer.

No fue solo el deseo de un baño lo que me despertó, necesitaba un momento para procesar todo lo que pasó esta noche.

Me entregué a Cesare, el hombre cuyo apellido ni siquiera sé. El siciliano que en pocos días regresará a su país. El primer hombre que, de manera abrupta y sin pedir permiso, se coló en mi corazón.

Es como un enigma, envuelto en misterio, poder y una sensualidad que me deja mareada.

¿Cómo un hombre así puede haberse interesado por una chica ingenua y provinciana como yo?

¿Y cómo yo, que nunca había sentido atracción por ningún hombre, quedé fascinada por alguien tan lejano a mi realidad?

Termino la ducha, cierro la llave de agua y busco algo para cubrirme. Me pongo una bata de felpa y entonces noto, sobre la mesada del baño, su teléfono móvil.

La pantalla está encendida, como si acabara de llegar un mensaje.

Sé que no debo tocar su teléfono y mucho menos leer sus mensajes. Sería invadir su privacidad, casi una traición, pero la curiosidad de saber más sobre él me vence, y alcanzo el aparato con las manos aún húmedas, sintiendo mi corazón latir con fuerza mientras observo la pantalla.

Probablemente el teléfono móvil esté protegido con contraseña, pero puedo leer los mensajes que aparecen en la pantalla porque el último forma parte de una conversación previa.

Frunzo el ceño al notar que la conversación es con alguien llamado Luigi.

¿Un hermano, un familiar? Probablemente, porque es un nombre italiano.

Me prometo a mí misma que solo leeré para intentar descubrir al menos de qué parte de Sicilia es, pero cuando empiezo a leer los mensajes, me quedo sin aliento.

Luigi: *"¿Está todo resuelto?".*
Cesare: "Sí. Nadie lo encontrará".
Luigi: *"Asegúrate. No queremos correr riesgos".*
Cesare: "Todo está limpio, y la rata ahora está en brazos de Satanás. Regresaré a casa pronto".

Me siento mareada.

Tal vez, para una persona normal, cuya vida haya sido ordenada y criada en una familia perfecta, el mensaje no significaría nada, pero yo no soy una persona normal. Fui criada entre

criminales y necesitaría ser muy ingenua para no entender de qué hablan: creo que se trata de haber matado a alguien.

No, mucho más que eso. Cesare parece haber matado a alguien él mismo.

Todo mi cuerpo tiembla mientras vuelvo a colocar el teléfono móvil sobre la mesada, tras releer los mensajes una vez más y asegurarme de que no estoy volviéndome loca.

"Quizá haya alguna explicación lógica que no implique cuerpos ni muertes, Aubrey", intenta engañarme mi cerebro.

Pero sé que no la hay. Las palabras son claras para alguien que creció en un entorno como el mío.

Estoy tan nerviosa que casi me desmayo y recuerdo que mi ropa quedó en la otra suite.

"Todo está limpio, y la rata ahora está en brazos de Satanás".

Las palabras son frías, directas, como si hablara de algo tan banal como el clima.

Me quedo paralizada, cada célula de mi cuerpo luchando por procesar lo que acabo de leer.

Dios mío, ¿con quién me involucré? ¿Qué tipo de hombre es Cesare?

Alguien peligroso. De eso no tengo dudas.

Pienso en escapar, aunque sea por un segundo, pero sé quién soy: una sobreviviente. Y si él resulta ser como mis hermanos, no tendría la menor chance de llegar al elevador.

Si sospecha que leí sus mensajes, ¿qué hará? Hasta ahora ha sido cariñoso conmigo, pero tal vez porque me deseaba. Ya obtuvo lo que buscaba.

Necesito salir de aquí, pero no puedo dejar que note que sé algo.

Respiro profundo, con el corazón desbocado, y hago todo lo posible por recomponerme antes de salir del baño.

Cuando vuelvo al cuarto, casi muero de susto al verlo de pie, completamente desnudo, observándome. Su mirada es intensa, como siempre, pero ahora parece más inquisitiva, como si intentara leerme.

—¿Pensando en escapar?

Siento que toda la sangre de mi cuerpo se concentra en el cerebro y estoy segura de que si tuviera presión alta, sufriría un infarto en ese momento.

Entonces Cesare sonríe de ese modo sexy y peligroso al mismo tiempo, y logro volver a respirar.



Cesare



Capítulo 20

Minutos antes

Abro los ojos, y la luz tenue de la lámpara me hace parpadear varias veces mientras me ajusto a la suave claridad.

Me giro hacia un lado y el espacio vacío en la cama me sorprende.

La sábana está revuelta, prueba de que por primera vez dormí con una mujer, pero Aubrey ya no está aquí.

Me siento, pasándome la mano por el rostro, todavía intentando despertar por completo.

¿Ella se fue?

La posibilidad me provoca una incomodidad inesperada.

Miro alrededor, buscando alguna señal de que todavía esté aquí, y solo cuando escucho el ruido de la ducha logro calmarme.

La irritación me invade.

No porque ella siga en mi suite, sino por el alivio que siento al darme cuenta de que no se ha marchado.

Me levanto, camino hasta la ventana y abro las cortinas para observar la nieve que sigue cayendo.

Nunca había extrañado a alguien antes. Jamás necesité a nadie, pero por unos segundos, cuando pensé que podría no volver a verla, algo helado se extendió por mi sangre.

"Porque eres un bastardo controlador y ya decidiste que será tu amante incluso después del matrimonio", intento convencerme.

Me paso la mano por mi cabello, soltando un suspiro frustrado mientras trato de organizar mis pensamientos.

No es solo la posibilidad de que se haya ido lo que me enfurece, sino lo que significó para mí su ausencia.

¿Qué diablos me está pasando?

Nada. Aubrey es novedad, hermosa, y será mía el tiempo que desee. No busques en esta situación más de lo que hay.

Soy un hombre que siempre ha tenido el control. Sobre mis negocios, mis decisiones y, sobre todo, sobre las mujeres que entraban y salían de mi vida. Nunca fueron más que distracciones, algo para llenar el tiempo entre un compromiso y otro.

Pero admito que Aubrey se convirtió en alguien sin etiqueta todavía.

Desde el momento en que la vi, me movió de una manera que ninguna otra mujer había logrado.

Debería estar satisfecho. Obtuve lo que deseaba. Ella es solo otra mujer que cruzó mi camino por casualidad. Pero, en lugar de eso, sentí un vacío en el pecho que nunca había experimentado al pensar que se había marchado.

Miro el reloj sobre la mesita de noche; marca poco después de las cuatro.

Escucho el sonido de la puerta del baño abriéndose y mi cuerpo reacciona sin que pueda evitarlo.

No me gusta. Que su ausencia, aunque solo sean unos minutos, me afecte así.

Cuando aparece en el marco de la puerta, envuelta en una bata blanca claramente demasiado grande para ella, algo grita dentro mío.

Mía.

La tela gruesa la cubre por completo, pero no puede ocultar la curva de sus hombros delicados.

Aubrey tiene las mejillas sonrojadas por el vapor de la ducha y sus hermosos ojos están muy abiertos.

—¿Pensando en escapar?

Aunque mi intención era bromear, admito que mi voz salió como el rugido de un león y noto que ella estremece.

Mi mirada recorre su cuerpo, desde el cabello húmedo que cae en ondas hasta los pies descalzos hundiéndose en la alfombra suave. Aubrey parece casi frágil, pero algo me dice que no es tan vulnerable como aparenta. Y es ese contraste lo que me vuelve loco. Es la imagen de la inocencia, pero después de la segunda vez que la tomé, se ha vuelto deliciosamente desinhibida.

En pocos pasos, la atraigo hacia mí y noto que su respiración se acelera.

—Llevas demasiada ropa puesta, *cuore mio*. No quiero que uses nada en esta habitación.

Sé que aún no le dije nada sobre llevarla conmigo a Sicilia, pero ya tomé mi decisión y la aceptará.

Somos sexualmente compatibles y la trataré como a una reina.

¿Qué más puede desear una mujer?

Deshago el lazo que sujeta la bata, dejándola desnuda para mí.

—Nada implica un futuro. Me iré cuando amanezca.

No hay vacilación en su voz. No espera nada de mí. Me ha avisado que se irá.

Nunca había pasado antes.

Sujeto su mandíbula, buscando en su rostro alguna señal de engaño, pero a pesar de estar claramente afectada por mi caricia, me mira sin dudar.

Su piel sigue caliente y húmeda por el baño, y cuando la beso, su cuerpo contradice lo que acaba de decir con la boca.

No quiere irse.



Aubrey

Mi cuerpo me traiciona. En el momento en que Cesare me tocó otra vez, olvidé, o más bien, no me importó lo que acababa de leer,

porque todo lo que podía ver, sentir y oler era a él.

Él me lleva a la cama y, como el experto en placer que es, recorre cada parte de mi cuerpo con labios, dientes y lengua, y cuando se levanta para ponerse el preservativo, me pongo ansiosa por ser poseída por él.

Cesare me coloca a cuatro patas en la cama y me toma de una manera tan deliciosa que cuando llego al orgasmo, me convierto en una muñeca en sus manos.

Él me hace el amor durante tanto tiempo que cuando caemos sobre el colchón, apenas recuerdo mi propio nombre.

—Mía —susurra en mi oído antes de atraerme hacia sus brazos. Pronto, ambos nos dormimos.



Cuando despierto de nuevo, ya es de día y esta vez sé que no tengo tiempo que perder.

El "*mía*" que sonó tan sexy durante la madrugada, a pesar de los mensajes que leí, ahora vuelve a mi mente como una amenaza.

Necesito salir de aquí.

Me levanto de la cama despacio, conteniendo la respiración mientras corro hacia la otra suite para vestirme.

Salgo de la habitación sin mirar atrás, con el corazón acelerado mientras recorro los pasillos del hotel, dando gracias a Dios a que él sacó a los guardaespaldas después de llegar ayer.

Me subo a un taxi sin preocuparme por llevar ropa que claramente es de la noche anterior.

Soy libre, y eso es lo que importa. No he escapado de dos villanos para caer en los brazos de otro.



Cesare



Capítulo 21

Esta vez, cuando despierto, dos cosas ocurren al mismo tiempo.

Sé que estoy solo y que Aubrey realmente se ha ido.

Aun así, camino hacia la habitación de invitados, aferrándome a un hilo de esperanza de que todavía pueda estar allí, pero pronto me doy cuenta de que sí, se ha marchado.

No hubo despedida. Ella huyó de mí, incluso después de que, durante la madrugada, hice mi declaración de posesión sobre ella.

Me levanto de la cama y busco mi teléfono móvil. No lo encuentro en la habitación y, cuando lo veo sobre la mesada del baño, mi desconfianza se despierta, sobre todo porque noto un mensaje de Luigi en la pantalla.

Leo la conversación.

¡Maldita sea! ¿Cómo pude ser tan descuidado?

Repaso lo que pasó durante la madrugada, la expresión de ella cuando salió del baño, y no tengo dudas de que invadió mi privacidad y leyó el intercambio de mensajes con mi hermano.

Cierro los ojos por un instante, evaluando las consecuencias de esto.

¿Sabe quién soy? Porque si es así, tendré que encontrarla y…

Interrumpo el pensamiento, como si con eso pudiera detener mi conclusión.

Ahora, mantener a Aubrey como mi amante no es un tal vez, es una certeza. Tendré que hacerlo o matarla, y la segunda opción

no me gusta.

¿No me gusta?

Por primera vez, pensar en quitarle la vida a alguien alcanza mi conciencia.

Regreso a la habitación, sintiéndome un poco loco, y no es porque ninguna mujer jamás me haya dejado, sino porque la dulce Aubrey de Kentucky se metió en algo mucho más grande de lo que imaginó al ser tan curiosa.

Rompió mis reglas. Husmeó en mi vida y ahora, para seguir respirando, tendré que atarla a mí a largo plazo, tal vez para siempre.

Extrañamente, la idea no me desagrada.

Sí, debo estar volviéndome loco, ¡maldita sea!

Intento poner mi mente en orden mientras entro al clóset. Necesito encontrarla. Tomaré una ducha y saldré en su búsqueda.

Lanzo la ropa que tomé al azar sobre la cama y me preparo para dirigirme al baño, hasta que veo algo que me hace congelarme en el lugar.

El condón que usé en la madrugada quedó tirado en el suelo, porque le metí la verga tanto tiempo que cuando llegué al orgasmo, prácticamente me desmayé con ella en mis brazos.

Me acerco y, cuando lo miro, pateo la mesita de noche.

¡El maldito condón se rompió!

Un insulto escapa de mis labios mientras tomo el pedazo de látex y lo examino, como si pudiera revertir lo que ya está hecho.

¡Puta madre!

Aunque las probabilidades sean bajas, siguen ahí. Y con ellas llega una amenaza mayor: verme atado a una amante demasiado entrometida para apartarse de mis asuntos, o quitarla del camino de la única forma definitiva.

Ahora, sin embargo, Aubrey no es solo candidata a una amante permanente. Puede estar embarazada de mi hijo, y eso cambia todo el panorama.

Si está embarazada, será un desastre.

Tendré que casarme en algunos meses, pero si hay un niño en camino, la novia no será Mariangela Genovese, una de las herederas

con las que mi familia tiene un acuerdo prácticamente desde que nació. Será Aubrey, porque no puedo romper la promesa que hice a mi abuelo. Ninguno de nosotros puede.

Recuerdo sus palabras en su lecho de muerte, cuando reunió a mis hermanos y a mí:

"Nunca permitan que un Lattanzi Trovato nazca ilegítimo. Cada niño que tengan debe ser dentro del matrimonio. Yo sentí en carne propia la vergüenza de no ser hijo legítimo[3]. Mis bisnietos no pasarán por eso. Prométanme que se casarán con las madres de sus hijos".

Todos estuvimos de acuerdo sin dudar, lo que significa que no hay alternativa, porque no volveré atrás en una promesa hecha al hombre más importante de mi vida.

Siempre fuimos cuidadosos para no engendrar hijos con mujeres que considerábamos temporales. Eso solo debía pasar con una esposa, y por esa razón decidimos que, al casarnos y embarazar a nuestras mujeres, nos haríamos una vasectomía para no correr el riesgo de tener un hijo con una amante en el futuro.

Siempre fui cuidadoso, y ahora, ¡esto!

Tomo el teléfono móvil y llamo al jefe de mis guardaespaldas, el mismo hombre que envié para traerme a ella ayer, en la discoteca.

—Necesito que encuentres a Aubrey. Descubre dónde está y también obtén toda la información posible sobre ella.

Él no lo duda.

—¿Sabe su apellido, jefe?

—¡No! ¡Me importa un carajo! Pero tienes una hora para descubrir su dirección.

—Sí, señor.

Voy directo a la ducha y, mientras dejo que el agua fría caiga sobre mí, trato de organizar lo que necesito hacer.

No importa que todavía no sepa a dónde fue. La encontraré, pero primero tengo que hablar con mis hermanos. Deben saber que existe la posibilidad de un cambio en mi futuro.

Me visto y tomo el teléfono móvil, dirigiéndome a la oficina de la suite.

Envió un mensaje a Massimo, porque sé que Stefano está incomunicado en este momento.

"Necesitamos hablar".

Menos de un minuto después, recibo una respuesta.

Massimo*: "¿Estás seguro?".*
"Sí, no se trata de eso.
Tiene que ver con los Genovese.
Tal vez el trato que nuestro padre hizo con ellos deba cancelarse.
Una de mis novias podría estar embarazada".



Cesare



Capítulo 22

—¿Qué diablos acabas de decir? —pregunta Massimo, llamándome apenas segundos después de que escribo la palabra mágica: "embarazada".

—Me escuchaste, y no voy a entrar en detalles por aquí. Sin embargo, ya tenemos que empezar a pensar en un plan B.

—No hay un maldito plan B, Cesare. ¡Si no cumplimos el pacto, esto desatará una guerra entre las familias! ¿En qué diablos estabas pensando?

—¿Crees que embaracé a una mujer fuera del matrimonio a propósito? Todos tenemos como norte la promesa que hicimos a nuestro abuelo.

—¡Maldita sea!

—No la voy a quebrantar. No me importa una guerra de mierda. Seré leal a él, aunque eso signifique mi muerte.

—No vas a morir. No te atrevas a decir una mierda así.

Casi puedo verlo caminando de un lado a otro en su apartamento. Conozco a cada uno de mis cinco hermanos tanto como a mí mismo.

—¿Cómo pasó?

—¿Cómo crees? El condón se rompió. La conocí ayer y pensaba mantenerla después del matrimonio.

—¿Estadounidense? Cristo Santo. ¿No podía ser con una novia siciliana, al menos?

—No voy a repetirlo. No arriesgaría un acuerdo hecho entre familias. Lo que pasó fue un accidente, pero si de esto nace un niño, lo amaré, no importa que no haya sido planeado.

—No tendrá sangre cien por ciento siciliana.

—Será un Lattanzi Trovato, no importa la nacionalidad de la madre de mi hijo.

—¿Quién es ella, Cesare?

—No tengo la menor idea. Aún.

—¿Pretendías mantener a una mujer como amante después del matrimonio, sin saber nada de ella?

—Sí. Todo lo que sé es que se llama Aubrey y tiene veinticinco años.

—Tráela a Sicilia. Tendremos que vigilarla hasta saber si realmente está embarazada.

—No tienen que vigilar a nadie. Ella es mía. Están hablando de la mujer que quizás se convierta en mi esposa, así que tengan cuidado.

Él se ríe, sorprendiéndome.

—No me digas que te enamoraste en una noche, hermano.

—El amor y la pasión son para los tontos.

—¿Cuándo piensan venir?

Maldita sea, sé que lo que voy a decir hará que el desgraciado me odie para siempre.

—En cuanto la encuentre.

—No sé si entendí. Dijiste que pasaste la noche con ella.

—Cuando desperté esta mañana, Aubrey ya se había ido.

—Espera, ¿me estás diciendo: uno, que podrías haber embarazado a una desconocida, una mujer que no tiene la menor idea de quién eres; y dos, que esta desconocida te dejó en medio de la noche?

Decido no tocar por ahora el tema de que Aubrey haya leído mi intercambio de mensajes con Luigi.

—Sí. Y ahora puedes irte bien a la mierda. Estoy seguro de que te estás divirtiendo con esta historia.

—No puedo negarlo. A pesar del infierno que será lidiar con los Genovese, es divertido verte sufrir ante la posibilidad de verte atado

contra tu voluntad a una estadounidense. Ahora sabes que será una guerra con nuestra madre. Ella no aceptará fácilmente una nuera que no sea siciliana.

—Tendrá que aceptar a la madre de mi hijo si Aubrey está embarazada.

—Regresa a casa tan pronto la encuentres.

—Eso planeo hacer. Tan pronto pise Sicilia, les aviso. Mientras tanto, empiecen a pensar en una solución para lidiar con los Genovese.

—Ya estoy pensando en eso, hermano, y quizá tengo un plan.

Cuando cuelgo, noto que Zito, el jefe de mis guardaespaldas, ya me envió por mensaje la información más básica sobre ella: su dirección.

—¿Cómo conseguiste su dirección? —le pregunto a Zito apenas lo encuentro afuera de mi suite.

—La señorita Aubrey —dice con respeto, probablemente porque trabaja para mí desde hace muchos años y sabe que nunca he ido tras una mujer antes— tomó un taxi en la puerta del hotel.

Puede que aún yo no tenga idea de lo que pasará en el futuro, pero él ya intuyó que Aubrey es, como mínimo, importante para mí.

¿Cómo no lo sería, si quizá lleva a mi heredero en su vientre?

Si no hubiera husmeado en mi teléfono móvil o existiera la posibilidad de embarazo, sin embargo, estaría fuera de mi vida para siempre.

Nunca necesité obligarme a estar con una mujer con quien pasé solo una noche.

—¿Recabaste información con el conductor?

—Sí. Uno de los valet la vio salir cuando la describí, porque… eh… la señorita Aubrey llama mucho la atención.

Sí, porque es hermosa.

Imprudente, atrevida, fugitiva, pero jodidamente hermosa.

—Vamos, entonces.

—Puedo ir a buscarla, si me lo permite, jefe.

—No, iré yo junto a ti.

—Vive en un barrio peligroso.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Es una especie de periferia, muy poco frecuentada por cierto.

Mi mandíbula se tensa al imaginar a la mujer que parece una princesa, sola en el mundo y viviendo en un lugar así.

La idea de que no tenga a nadie que la proteja me incomoda, aunque ahora mismo esté molesto por haber husmeado en mi teléfono móvil y también por haber huido de mí.

—Iré a buscarla.

—¿Buscarla?

—Aubrey viajará conmigo a Sicilia. —Su rostro refleja total asombro, y sé por qué. He tenido novias en mi tierra, pero jamás viajo con ellas. Son encuentros de una noche—. Quiero que prepares uno de los apartamentos de mi edificio para que viva allí.

Mi edificio tiene solo cuatro plantas y es de mis hermanos y mío. Por ahora, soy el único habitante, ocupando la cobertura de un piso entero.

—Sí, señor.



Aubrey



Capítulo 23

Cuando el taxi finalmente me dejó en casa, tuve la certeza de que estaba a salvo, pero también sentí una pérdida casi tan grande como la que experimenté cuando murió mi madre.

Me dirigí a mi cuarto, repitiéndome en la mente que Cesare es un villano y que nunca quise uno así para mí, sino un príncipe.

Además, después de enfriar la cabeza entendí que ese "mía" que él dijo no significaba nada. Seguro le dice lo mismo a cada mujer por la que siente atracción.

Estoy de vuelta en el mundo al que pertenezco y mañana es probable que Cesare ni siquiera recuerde mi nombre.

Tendré que salir de aquí después de las fiestas de fin de año, pero por ahora me siento segura en mi propio territorio, porque el robo de Relena ahora parece algo muy pequeño frente a la posibilidad de haber terminado en la cama de un hombre capaz de matar.

Mi padre y mis hermanos eran así, y aunque papá besaba el suelo que mamá pisaba, respecto a Charle y Bellington, siento lástima por las mujeres que se conviertan en sus esposas.

Miro mis maletas amontonadas en un rincón de la cómoda y sé que a partir de mañana tendré que empezar a empacarlas y también buscar algún lugar donde vivir.

Mi vista se posa en el teléfono móvil sobre la mesa de noche. No he dejado de revisarlo desde que llegué, convenciéndome de que

lo hago por miedo a que Cesare venga a buscarme, aunque sé que la posibilidad es mínima.

Decido salir de casa o me volveré loca. Prefiero un poco de frío a estar encerrada en mi cuarto pensando en todo lo que pasó anoche.

Abro la puerta, pero apenas llego al pasillo me doy cuenta de que ya no estoy sola. Mis tres compañeras de apartamento regresaron y, a juzgar por los gritos, están en medio de una pelea.

Llego a la cocina y veo a Relena acorralada contra la pared, mientras las otras chicas que viven con nosotras le gritan.

Sinete, con los puños apretados a los costados, parece a punto de golpear a Relena, mientras Maura le señala con un dedo, el rostro rojo de ira.

—¡Revisaste mis cosas, Relena! ¿Cómo te atreviste? —dice.

Relena está pálida, con las manos levantadas como tratando de defenderse.

—¡Yo no te robé nada!

—¡No tienes derecho a tocar las cosas de nadie aquí! —dice Sinete.

Me detengo detrás de ellas y Relena es la primera en verme.

—¡Ayúdame, Aubrey! ¡Diles que yo jamás haría eso!

Es Navidad. Tengo espíritu navideño, y tal vez debería dejarlo pasar, pero no quiero ser culpable por omisión.

Las chicas se giran para mirarme y yo me encogí de hombros.

—No puedo. Sé que tú me robaste la mitad del dinero que estaba juntando, Relena.

—¡Zorra! —Sinete la agarra del cabello—. ¡Estábamos viviendo con una traidora! ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Desde siempre, probablemente —dice Maura.

—¿Cómo se enteraron?

—Sospechábamos desde hace tiempo, así que decidimos instalar cámaras en nuestros cuartos.

—Yo debería haber hecho eso, porque en ese caso, esa idiota estaría en la cárcel —dije.

Relena se libera de Sinete y, para mi sorpresa, se ríe.

—¿Yo, en la cárcel? Espera a ver lo que te pasará cuando lleguen tus hermanos. Descubrí tu ciudad natal en esa foto ridícula que guardas y luego solo hice una búsqueda, Aubrey Grant. Naciste en el fin del mundo y, adivina, encontré solo una familia con ese nombre feo. Y cuál no fue mi sorpresa cuando llamé a tu casa y un hombre me atendió. Al preguntar por ti, me dijo que te buscaba, porque eras su hermana menor. Me pagó para darme tu dirección y debe estar llegando en cualquier momento.

Me siento físicamente enferma, pero sé que no tengo tiempo que perder.

—¿Cuándo hiciste eso?

—La semana pasada. Dijeron que vendrían hoy. Tendrás un lindo día de Navidad con tus hermanos protectores.

Tiemblo de pies a cabeza.

—¿Aubrey? —pregunta Sinete—. Tranquila, vamos a sacar a esa infeliz.

—No tienen idea de lo que hicieron —digo, sintiendo cómo mis dientes castañean. Mi miedo es físico e incontrolable.

Corro a mi cuarto y meto todo lo que puedo en las maletas, dejando atrás mi material de artesanía que planeaba poner en una tercera maleta que compraría mañana.

Vuelvo a la sala y hasta la miserable de Relena me mira con asombro.

—Aubrey —me llama Maura—. ¿A dónde vas?

—Tengo que escapar antes de que me encuentren. Mi alquiler está pagado hasta fin de mes.

—¡Me estás asustando! —dice Sinete.

—Por favor, pase lo que pase, no permitan que Charle y Bellington, mis hermanos, entren aquí, chicas. Son peligrosos y por eso huí de casa.

—¿Peligrosos hasta qué punto? —pregunta Relena, pálida.

—¿No te hiciste amiga de ellos? ¿No dijiste que te pagaron para entregarme? Pues espera y lo verás, infeliz.

Relena me mira, el rostro contorsionado por la culpa y el miedo, pero no siento pena.

—Aubrey, yo… creí que estabas huyendo de tu familia —grita, ahora llorando—. Solo quería ayudar.

—¡Mentirosa! Eres una traidora. Robaste a tus compañeras de apartamento, que deberían haber sido como tus hermanas. Y ahora arruinaste la vida que estaba empezando a construir. Adiós, Maura y Sinete. Espero que la vida te devuelva el doble de lo que haces a los demás, Relena. Esto no es maldición, se llama karma.

—Aubrey, perdóname…

—No pierdas tu tiempo pidiéndome perdón. Eres mala y no creo en nada de lo que salga de tu boca.

Intento mantenerme firme, fingir que me siento un poco más segura, pero estoy aterrorizada, y al cruzar la puerta del apartamento, juro que puedo escuchar el latido de mi corazón en los oídos.

Dios, ayúdame. Haz que ocurra un milagro, porque solo eso podría salvarme.



Cesare



Capítulo 24

Golpeo la pantalla del teléfono móvil, en el expediente que Massimo acaba de enviarme.

Tan pronto como colgamos, él logró, usando su influencia, que el hotel le enviara las grabaciones de Aubrey saliendo esta mañana, algo que yo ya había pensado hacer si no la encontrábamos más en su apartamento.

La siguiente alternativa habría sido enviar la ropa de cama o las toallas que usó en el hotel para que Michele pudiera extraer ADN y rastrearla a través de la genealogía. Sería un trabajo jodido y, mientras tanto, ella estaría suelta por la ciudad con información mía y, quizá, llevando a mi heredero en su vientre.

La solución que mi hermano consiguió fue mucho más práctica. Por reconocimiento facial, mediante un programa de computadora, sabemos que realmente es de Kentucky, además de su apellido, dónde estudiaba y dónde vivía.

Tenemos los nombres de todos los miembros de su familia, pero dejaré para más tarde verificar los parientes de mi hijo, si es que existen.

Lo que me tiene completamente loco ahora es que Aubrey Grant, la mujer con la que quizá tenga que casarme, cumplió diecinueve malditos años hace apenas unos meses.

Ella me mintió.

—Llegamos, señor Trovato —dice Zito.

Tenía razón cuando me dijo que Aubrey vivía en un lugar de mierda, lo que hace que una pregunta martillee en mi cabeza. ¿Por qué una chica que creció en una casa de seis habitaciones, cómoda (según lo que descubrió mi hermano), vino a Nueva York a vivir en un antro así?

Hay muchas cosas que no encajan en su historia. Por ejemplo: la familia podría tener dinero, pero Aubrey tiene modales sencillos. Es inteligente y educada, pero estoy seguro de que no recibió una educación refinada. ¿Por qué padres con recursos financieros no la tratarían como una princesa?

Y los dos hermanos que sé que tiene, ¿dónde tenían la cabeza cuando la dejaron venir sola a Manhattan?

Son muchas preguntas y ninguna respuesta hasta ahora, pero ella tendrá tiempo para contestarlas, porque no pienso quitarle los ojos de encima mientras no tenga certeza de si está o no embarazada.



Aubrey

Bajo las escaleras lo más rápido que puedo y estoy tan nerviosa que, incluso cuando la luz automática del pasillo se enciende, mi corazón se dispara.

¿Cómo tuvo el valor Relena? ¡Dios mío, dijo que vendrían hoy! ¿Estarán ya afuera esperándome?

Si no fuera porque Maura y Sinete se dieron cuenta de que habían sido robadas, me habrían atrapado completamente desprevenida.

Mi corazón parece a punto de estallar en el pecho. Es la misma sensación que tuve cuando escapé del cementerio el día del funeral de mis padres.

Las dos maletas que cargo pesan como si estuvieran llenas de plomo, porque metí todas mis pertenencias en ellas. Necesito un

taxi, pero ¿a dónde voy?

Intento pensar en un barrio barato, pero no tengo dinero para más que unas pocas noches, porque todo, incluso alrededor de Manhattan, es caro.

Él me pagó para darme tu dirección y debe estar llegando en cualquier momento, las palabras de Relena aún resuenan en mi cabeza y comienzo a hiperventilar.

Cuando llego al primer piso, faltando solo uno para alcanzar mi libertad, mi teléfono empieza a sonar.

El sonido me asusta tanto que casi dejo caer las maletas. Me detengo, temblando, las pongo en el suelo con cuidado, y contesto.

—¿Hola?

—*¡Por fin, hermanita!* —Escucho la voz fría de Charle—. *Espero que tengas algo listo para la cena porque estoy llegando. En realidad, ya estoy muy cerca.*

Siento cómo el aire sale de mis pulmones.

—Estás bromeando.

—*¿Tú crees? Entonces pregúntale a… ¿cómo se llama? La zorra con la que vives… Relena, sí, eso. Pregúntale a Relena y te dirá si miento.*

Aunque mi cerebro esté confuso por el terror, recuerdo que tengo una ventaja. Mis hermanos no sospechan que descubrí que vendrían y que ya estoy casi en la calle. Sé por qué Charle me llamó. Es un torturador por naturaleza y le gusta asustar a la gente.

Sádico. Sí, creo que así se llama lo que es mi hermano. Le gusta causar miedo y ver sufrir a los demás.

—No me importa que vengas. Ya no me asustas.

Necesito convencerlo de que lo esperaré. Si sospecha que estoy huyendo otra vez, enviará a sus hombres detrás mío.

Pienso en mis opciones.

¿Ir a la policía? Sí, tal vez. Nueva York no es un pueblito en el interior de Kentucky, donde mis hermanos tenían al sheriff a sueldo para que hiciera la vista gorda e ignorara sus crímenes.

—¡Qué valiente, Aubrey! Pero ¿sabes qué? Te encuentro demasiado tranquila. Sé cómo piensas, hermanita, así que déjame advertirte que antes de que hagas algo estúpido como escapar, hay

varios de mis hombres afuera de tu edificio esperándote. Y yo autoricé que te detuvieran, no importa lo que tengan que hacer. Incluso les dije que podían divertirse contigo.

Siento náuseas.

—Estás mintiendo. Planeabas casarme con un socio tuyo, y ese hombre no querrá a una mujer que haya sido violada en grupo.

Intentar razonar con monstruos es algo que he hecho toda mi vida, pero en este momento, ante el escenario que me presenta, sería capaz de prometerle casarme con Satanás solo para no caer en manos de sus hombres.

—Sí, quería casarte con un socio, y ganaría mucho con el arreglo. Él te encontró hermosa y me hubiera pagado una buena suma por ti, pero eso fue hasta que supe que pasaste la noche fuera, que ya tienes un hombre. Ya no eres virgen. No tienes utilidad para mí, Aubrey. Todo lo que quiero ahora es hacerte pagar en manos de mis hombres, hasta que pueda matarte.



Aubrey



Capítulo 25

Cuelgo el teléfono móvil en su cara.

Por un momento de cobardía, considero en regresar al apartamento, pero no puedo poner en riesgo la vida de Maura y Sinete. Ni siquiera para ese demonio de Relena deseo tanto mal.

No consigo moverme.

Es un tipo de parálisis enfermiza, pero no dura, porque mi instinto de supervivencia habla más fuerte y, después de guardar el teléfono móvil, tomo mis maletas y empiezo a bajar las escaleras corriendo.

Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que Charle estuviera bluffeando y, en ese caso, es mi oportunidad de escapar. Pero aunque dijera la verdad, tendrán que matarme antes de ponerme las manos encima, porque gritaré tan fuerte que llamaré la atención de todo el barrio.

Finalmente, abro la puerta del edificio que da a la calle, pero ni siquiera puedo respirar el aire de libertad porque, enseguida, alguien agarra mi brazo.

Suelto las maletas y forcejeo, tratando de escapar. Entro en pánico cuando noto que se acerca otro hombre. Y entonces, como si Dios escuchara mis plegarias, lo veo.

Cesare. El hombre de quien he huido.

Sus ojos oscuros no están fijos en mi rostro, sino en los hombres que me sujetan.

Como un ángel oscuro y vengador, está a pocos pasos de mí.

—¡Ayúdame! —imploro, llorando.

En un instante, los hombres me sueltan, porque los guardaespaldas de Cesare los obligan a hacerlo.

Estoy libre. No dudo y corro hacia sus brazos. Puede ser un asesino. Un villano. Pero es mi villano, y la intuición me dice que no me hará daño.

Él me abraza, pero noto que está mirando por encima de mi hombro.

—Sácame de aquí, por favor. Te lo explicaré todo. ¡Vienen por mí!

—¿Quiénes son esos hombres, Aubrey? ¿Por qué te tocaron?

—Creo que vinieron por orden de mis hermanos. No dejes que me lleven.

—Nadie te va a llevar. Ahora dime, ¿por qué tus hermanos quisieron que esos hijos de puta te secuestraran?

—Para hacerme daño.

Tiemblo tanto que ya no puedo mantenerme en pie. Él me toma en brazos y me lleva hasta la limusina.

Vagamente noto que algunas personas observan la escena, pero nadie interviene. Habrían dejado que esos hombres me raptaran sin mover un dedo.

Ya dentro del coche, me abrocho mi cinturón de seguridad.

Me siento mareada, y no protestaré si él me trata como a una niña. No estoy en condiciones de rebelarme cuando el miedo todavía hiela mi sangre.

Veo que la puerta de un coche negro del otro lado de la calle se abre y los delincuentes que me atacaron son empujados hacia adentro.

Poco después, escucho el chirrido de los neumáticos, pues el vehículo arranca a gran velocidad.

Los vidrios son oscuros y percibo que Cesare los sigue con la mirada.

—¿Quiénes son?

—Son mis hombres.

—¿Otros guardaespaldas?

El conductor, el mismo que me recogió afuera de la discoteca, después de colocar mi equipaje en el maletero, arranca nuestro coche.

Cesare no responde a mi pregunta; me mira como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo.

Y entonces, de repente, como un felino atacando a su presa, me jala por la nuca. Creo que me va a besar, pero en lugar de eso, muerde mi labio inferior. Es placentero, pero también me provoca un pinchazo de dolor.

Solo entonces me besa, y es como ser aceptada en el paraíso otra vez, aunque sé que Cesare está mucho más cerca de ser el diablo.

Olvidando el miedo, el dolor y que no puedo desearlo, paso los brazos por su cuello, deseando que no me suelte nunca.

Pero lo hace, y cuando vuelve a hablar, su voz es cortante.

—Sabes quién soy o al menos tienes una buena idea, Aubrey, o no habrías huido al leer mis mensajes. Lo que no te imaginas es en qué te has metido por ser tan entrometida.

Me aparto en el asiento y Cesare me suelta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estás atada a mí, Aubrey. No vine aquí por nada. Te salvé y a mi lado nadie se atreverá a tocarte, pero no soy un superhéroe.

Comenzaba a calmarme, pero vuelvo a temblar.

—¿A dónde me llevas?

—Hablaremos en cuanto lleguemos.

—¿A dónde, Cesare?

—A un lugar donde ya no puedas escapar de mí.



Cesare

Cálmate, me ordeno a mí mismo, porque aunque todavía estoy enfurecido con ella, mi furia en este momento no es contra Aubrey,

sino contra los dos bastardos que se atrevieron a tocar lo que es mío.

—Cuéntame sobre tus hermanos.

—No puedes secuestrarme.

—Puedo hacer todo y lo entenderás muy pronto, Aubrey.

Ella se encoge y, aunque no quiero asustarla, hay una posibilidad de que se quede en mi vida para siempre, y es bueno que empiece a entender quién soy.

—No me gusta repetir las cosas, pero solo porque acabas de pasar por algo traumático, lo haré. Cuéntame por qué tus hermanos enviaron a esos hombres a buscarte.

Se abraza a sí misma y se mantiene lo más lejos posible de mí.

—Me escapé de mi casa el día del funeral de mis padres.

—¿Por qué?

—Querían casarme con… conocidos.

Sé que no dice toda la verdad, pero se lo dejo pasar.

—Podrías haber dicho que no —argumento.

En mi familia, ella nunca podría haber dicho que no, pero los suyos no son de la Cosa Nostra.

Ella mira al frente, pero vuelve a mirarme, y aunque mantiene el mentón en alto, sus ojos están llenos de lágrimas y su quijada tiembla.

—Antes de salir por la puerta, recibí una llamada de mi hermano mayor. ¿Sabes qué me dijo? Que ya no servía ni siquiera para casarme con su socio, porque era una zorra que había pasado la noche fuera de casa. Así que dejaría que sus hombres, esos mismos que intentaron llevarme, hicieran conmigo lo que quisieran hasta que él llegara y me matara.

Voy a matarlos por decir algo así. Los encontraré y les arrancaré los ojos.

—Nunca más te tocarán. Eres mía ahora.

—Yo no soy…

—Sí, lo eres. No elegí esto. Planeaba tenerte, pero no te obligaría a quedarte. Ahora, no tengo elección.

Ella me mira con indignación.

—Me estás diciendo que vas a quedarte conmigo por obligación solo porque leí unas pocas palabras en tu teléfono?

—¿Por obligación? —Sonrío—. No, nunca dije eso. Dije que no fue por elección tener un "para siempre" contigo. Pero jamás sería por obligación. Te quiero desnuda en mi cama cada maldita noche, hasta que me canse.

Ella suelta el cinturón de seguridad e intenta abrir la puerta, pero no se lo permito.

—No irás a ninguna parte, loca. No tienes idea de dónde has entrado y ahora, Aubrey, quizá la puerta de salida esté cerrada para ti por siempre.

—¿Qué significa eso?

—El condón se me rompió. Puede que estés esperando a mi heredero y en mi familia no nacen niños fuera del matrimonio. Si estás embarazada, serás mi esposa.



Aubrey



Capítulo 26

New Canaan — Connecticut

Cuando el coche se detiene en una enorme propiedad (una verdadera mansión que debe tener más de una docena de habitaciones, y a juzgar por su tamaño parece más un castillo que un lugar para que viva una familia), lo primero que llena mi mente es que estoy viviendo un cuento de hadas con mi príncipe oscuro.

Nuestro cerebro, cuando está demasiado sobrecargado, acepta fácilmente las distracciones, y en este preciso instante, desearía poder escapar. Acostarme en una cama suave después de un baño y olvidar este mundo loco en el que los villanos, como mis hermanos y Cesare, mueven los hilos.

Pero inmediatamente después de ese pensamiento, siento que no estoy siendo justa. Cesare puede ser un villano, basado en lo que leí en esos mensajes y también en lo que acaba de confirmar al decirme que no debía haberlos leído, pero por todo lo que sé hasta ahora, él no lastima a las mujeres.

Cuando nos conocimos, podría haberme obligado a quedarme con él en el momento en que subí al coche para ir al restaurante, o incluso haberse aprovechado de mí por estar medio "alcoholizada" y con el estómago vacío. En cambio, me alimentó, me impidió beber

nuevamente y dejó que la decisión de ir o no a su hotel quedara en mis manos.

No, no puedo culparlo por estar enojado conmigo. Mentí sobre mi edad, leí lo que no debía y huí de él. Si Cesare fuera uno de mis hermanos y yo una de sus amantes, estaría muerta a estas alturas.

Por otro lado, me daré el derecho de odiarlo a voluntad por ser tan arrogante y creer que puede controlar mi vida.

"El condón se me rompió. Puede que estés esperando a mi heredero y en mi familia no nacen niños fuera del matrimonio. Si estás embarazada, serás mi esposa".

¡Debe estar loco! No voy a casarme, aunque haya la más mínima posibilidad de que esté embarazada.

Y ¿qué significa eso de que "en mi familia no nacen niños fuera del matrimonio"? ¿En qué siglo vive este hombre?

El chofer baja del coche, pero no viene a abrir mi puerta de inmediato, y siento los ojos de Cesare sobre mí.

—No soy una prisionera.

—No lo eres, pero no vas a ningún lado. Si quieres arriesgar tu vida, espera para hacerlo después de que nazca mi hijo.

—Eres frío, no te importa lo que me pase a mí, solo este posible heredero.

—Estás equivocada, Aubrey. Si fuera así, después de que el niño naciera, podría dejarte ir, pero en mi familia no se separa a las madres de sus hijos. Si estás gestando a mi hijo, te haré mi esposa. Ahora, entremos. Tengo asuntos que atender.

Él baja del coche y da la vuelta para abrirme la puerta.

Un malvado caballero es un contraste casi irresistible, si no fuera porque en este instante quiero arrancarle la cabeza.

Es arrogante, controlador y cruel. Pero es aún más guapo de día que de noche.

Cesare es del tipo de persona que tiene absoluta confianza en sí mismo, y aunque ahora esté enojada con él, me siento como una polilla alrededor de una lámpara. Sigo tan atraída por él como anoche.

Me ofrece la mano para salir del coche, pero no la acepto, y para mi frustración, parece indiferente a mi desdén. Gesticula para

que lo siga, y por un momento de locura me pregunto qué pasaría si yo saliera corriendo.

Miro a mi alrededor. Él y sus hombres me alcanzarían sin duda.

¿Y a dónde huirías, Aubrey?

No quiero casarme por obligación, pero en este momento, me siento más segura aquí que en la calle. Afuera, no tengo dónde dormir, tengo poco dinero para vivir en Manhattan y, para colmo, mis hermanos vinieron a Nueva York a atraparme.

Siento un escalofrío de miedo al pensar en los hombres que intentaron secuestrarme. Antes de lo que pasó hoy, ya no sentía apego emocional por Charle y Bellington, pero ahora, cualquier amor que pudiera tener por ellos murió por completo.

El hecho de ser hermanos de sangre no significa nada. Grace y Candy son dos desconocidas que fueron mucho mejores personas para mí, en poco tiempo, que Charle y Bellington durante toda mi vida.

No, no puedo irme por ahora, sobre todo si estoy embarazada. No se trata solo de mí, sino también de mi bebé.

—No estamos en Nueva York —digo al llegar a la entrada de la casa.

—No, estamos en New Canaan, Connecticut.

—¿Por qué vinimos aquí? ¿Y a quién pertenece esta casa?

—A mi familia. Y la razón por la que vinimos es porque es más seguro. Hasta que entienda la situación con tus hermanos, no correrás riesgo de que te lastimen.

No me gusta el calor que se extiende en mi pecho cuando dice esto, porque aunque mi mente insiste en que todo es por el posible bebé, la forma en que Cesare me mira me hace casi creer que soy importante para él.

—Lleva sus maletas a mi suite —ordena a uno de los empleados, sin apartar la vista de mí.

Uno de los hombres que nos acompañó asiente y regresa al coche para recoger mis cosas.

—No —protesto.

Cesare, que parecía listo para entrar a la casa, arquea una ceja hacia mí.

—¿No?

—No voy a tu suite. No soy tu huésped ni seré tu pareja sexual. Soy tu prisionera. Y si crees que voy a dormir contigo como si todo esto fuera normal, estás muy equivocado.

Por un momento no dice nada. Solo me mira y creo que está evaluando si estoy jugando con él.

La tensión vibra a nuestro alrededor, pero no retrocedo.

—Si estás esperando que te pida que vengas a mi cama, puedes sentarte. Nunca he implorado nada en mi vida, y contigo no será diferente.

Sus palabras son como cortes de cuchillo. Pero lo que más irrita es la seguridad que demuestra. Sabe que tiene el control, y eso hace que mi sangre hierva.

—Perfecto. Entonces dime solo dónde puedo quedarme sola.

Asiente con la cabeza hacia el hombre detrás mío, que ya dentro de la casa empieza a subir con las maletas. Cesare ni siquiera tiene que abrir la boca. Es como si los empleados pudieran leer sus pensamientos, aunque creo que en realidad escucharon parte de nuestra conversación.

Cesare sube las escaleras sin dejarme otra opción que seguirlo, y mientras caminamos, intento contener el asombro por el lujo del lugar, que hace que el hotel en el que estaba hospedado, y que sé que es un lugar de millonarios, parezca un basurero.

Todo, desde el mármol del piso hasta los candelabros de cristal colgando del techo, me dice que las personas que poseen este tipo de lugar tienen más dinero del que jamás imaginé posible.

No, esto no parece una prisión. Si Cesare quisiera mantenerme bajo control, podría simplemente llevarme a un galpón aislado y retenerme hasta estar seguro del posible embarazo. En cambio, me trajo a una casa cómoda e inmensa, y más importante aún, de su familia, lo cual confirma lo que dijo sobre querer hacerme su esposa si estoy embarazada.

Llegamos al piso superior y él sigue al empleado hasta la suite que, supongo, será mía. El hombre coloca las maletas en el suelo y me niego a mirar alrededor de la habitación, porque temo no poder disimular el impacto que toda esta riqueza me provoca, pero al

fondo veo una cama matrimonial enorme, que me invita a acostarme después del día infernal que he tenido.

—Toma un baño y baja. Necesitas comer —dice Cesare, y odio y adoro a la vez su tono de mando.

Debe haber algo muy mal en mí.

—No tengo hambre.

—No seas irresponsable. Tienes que pensar en el niño que podrías estar gestando.

—¿Irresponsable? ¡Estoy enojada! Desde que me salvaste solo me das órdenes y ni siquiera sé tu apellido. Me trajiste a esta prisión de lujo y ¿crees que voy a inclinar la cabeza y decir "sí, señor"? No sabes nada sobre mí, Cesare.

—Sé tu nombre, Aubrey Grant, y no he olvidado que me mentiste sobre tu edad. Cúlpate a ti misma. Si me hubieras dicho que tenías diecinueve años, no estaríamos en esta situación ahora. No voy a disculparme por protegerte.

—¿Protegerme? —Me río—. Me arrastraste hasta aquí sin siquiera preguntarme si quería venir. Decidiste por mí, como todos los hombres en mi vida siempre hicieron. ¿Y ahora quieres que coma? ¿Y qué más? ¿Determinarás cuántas veces debo bañarme al día también?

—No me pongas a prueba. La idea es tentadora.

La tensión entre nosotros es tan grande que siento descargas eléctricas en la piel.

—No te atreverías.

—Mi nombre es Cesare Lattanzi Trovato. No me conoces, Aubrey. No tienes la menor idea de quién soy ni de lo que me atrevería a hacer. Por mucho menos de lo que me has dicho hasta ahora, han muerto personas por mis propias manos.

Trago saliva y no tengo dudas de que dice la verdad.

—Ni siquiera me preguntaste si quiero ser madre. Si quiero ser tu esposa. Solo decidiste que eso ocurriría si estaba embarazada.

Me mira, sorprendido por mis palabras, pero rápidamente recupera el control.

—Si estás embarazada, ¿no querrías a nuestro hijo?

Nuestro hijo. Un hijo. Un hijo con el villano, pero aún así, mi bebé.

—Claro que querré a mi hijo y lo amaré, pero eso no te da derecho a decidir todo por mí. No te hace mi dueño.

—¿Cómo puedo confiar en ti si me mentiste, fingiendo ser mayor? Actuaste como una niña inconsecuente y yo estoy respondiendo en consecuencia. Si quieres comportarte como una niña, te trataré como tal.

—Vete —pido, con la voz temblando, sobre todo porque sé que tengo gran parte de culpa en este lío.

Por lo que entiendo, Cesare no sale con chicas jóvenes.

No atiende mi pedido. Se acerca, sostiene mi rostro y me besa.

Es un beso que me desestructura por completo, porque su intensidad fragmenta cualquier pensamiento coherente. Debería empujarlo, pero en lugar de eso, acepto su beso.

Cuando finalmente se aparta, me mira con algo que parece una mezcla de ira y deseo.

—Puedes luchar todo lo que quieras, pero eres mía. Sé lista y no vuelvas a huir de mí, Aubrey.

Se va después de la amenaza latente, dejándome más confundida que antes, sobre todo porque, aunque mi cerebro lucha en contra de ello, mi cuerpo y mi corazón gritan: *Ríndete*. *Quédate.*



Cesare



Capítulo 27

Salgo del cuarto antes de que haga alguna locura.

Nunca, en mis treinta y tres años, una mujer había sido capaz de alterar mi autocontrol como lo hace Aubrey. Tiene una habilidad innata para poner a prueba mi paciencia.

Me detengo en medio del pasillo, pasándome la mano por el cabello, intentando calmarme, pero regreso a su suite, porque prefiero estar muerto antes de permitir que alguien más dicte las reglas en mi mundo.

—Tienes una hora para bajar y cenar, o te doy mi palabra de que te cargaré sobre mi hombro, te ataré a la mesa si es necesario y te obligaré a comer. No vas a hacer huelga de hambre como una niña malcriada.

No espero respuesta.

Bajo las escaleras y me dirijo a la sala principal, donde Zito y los demás me esperan.

—¿Alguna novedad? —pregunto, yendo directo al jefe de mis guardaespaldas.

Me sirvo una generosa dosis de whisky y trago el líquido ámbar de un solo sorbo. El calor suave bajando por mi garganta no hace mucho por calmar la tensión que corre por mi cuerpo.

—Sí —dice—. Mis hombres ya se ocuparon de esos hijos de puta.

Por "ocuparse", sé que ambos están muertos y que en este instante sus cuerpos deben estar siendo desmembrados para luego ser disueltos en ácido.

Zito fue rápido, coordinando la operación con la velocidad necesaria, porque se trata de una situación de emergencia. No importa cuán segura sea esta casa, no estoy en Sicilia. Mientras no tenga listos los documentos para que Aubrey viaje conmigo a mi casa, no puedo darme el lujo de tratar lo que estamos atravesando como algo menos que una operación de guerra.

—Supongo que tienes algo que decirme sobre esos dos imbéciles.

Sé que el secuestro, a plena luz del día, de los hombres que intentaron llevarse a Aubrey, no llegará a las autoridades. En el tipo de barrio donde ella vivía, la gente mira hacia otro lado cuando presencia que los criminales reciben su merecido. Nadie quiere ser el que vaya a la policía a denunciar el secuestro de un criminal.

—No sabían mucho, jefe. No tenían idea de quiénes eran sus hermanos ni a quién obedecían. Solo siguieron órdenes que recibieron.

Me sirvo otra dosis de whisky antes de mirarlo.

—¿Estás seguro de eso?

Zito intercambia una mirada con los otros hombres y, como el sociópata que es, sonríe.

—Totalmente. Fuimos muy… *persuasivos*.

En otras palabras, usaron todos los métodos que tenían a su alcance, incluso los más crueles, para sacar información.

—¿Quién los contrató?

—Alguien de Kentucky, según dijeron.

—Sus hermanos. Encuéntralos. Quiero que esos dos malditos sean silenciados. Esto debe terminar rápido.

Zito asiente.

—Necesitaré más información sobre ellos, señor.

—Contacta a quien necesites, usa los medios que consideres necesarios.

Salen de la sala y sé que Zito no se detendrá hasta encontrar a los hermanos de ella. Pero en cuanto al castigo, eso lo haré

personalmente.

El deber de un hermano es amar y proteger, sobre todo siendo mayores, y Aubrey es mujer.

No tienen la menor idea de dónde se metieron.

Mi teléfono móvil irrastreable suena, interrumpiendo mis pensamientos.

Miro la pantalla y veo que es Massimo.

—*¿Alguna noticia de tu futura esposa?* —Su voz tiene un toque de ironía porque Massimo es irritantemente provocador, pero sé que en el fondo estaba preocupado por el paradero de Aubrey también.

—La encontré. Está a salvo.

Le cuento brevemente sobre su "casi secuestro", y como ya esperaba que ocurriera, me hace millones de preguntas sobre los malditos Charle y Bellington Grant, para las cuales aún no tengo respuestas.

—Hazte cargo de ellos.

—Eso pienso hacer. Voy a quedarme más tiempo en Estados Unidos de lo que había planeado al principio. Además de que necesito arreglar sus documentos, Aubrey no reaccionó muy bien ante la posibilidad de un matrimonio si está embarazada.

—No tiene elección.

—Los dos sabemos eso. Pero ella aún no. De todos modos, no quiero vivir en un infierno si tengo que casarme con ella. Necesito manejar la situación de modo que ella piense que tomó la decisión sola.

—¿Y esos dos imbéciles? ¿Qué tipo de hombre manda secuestrar a su propia hermana?

—Desgraciados que no valoran la familia. Zito ya está tras ellos. No pueden ir muy lejos. Pero quiero saber más sobre ambos. Necesitamos entender hasta qué punto representan una amenaza y en qué medida. Sobre todo, tengo que estudiar quiénes son sus asociados. No sé si pertenecen a alguna mafia, pero no tengo dudas de que están involucrados en negocios ilegales.

—No importa que sean familiares. Cruzaron una línea que nunca debieron sobrepasar. Nuestra sangre siempre debe ser protegida y ellos deshonraron el vínculo que tienen con Aubrey.

—¿Ya hablaste con los demás sobre mi nueva situación?

—Nos reuniremos hoy. Como sabes, es algo que debemos pensar con calma, de lo contrario los Genovese iniciarían una guerra.

—Stefano ya está al tanto, supongo.

—Sí, y te puedes imaginar que no estaba contento —minimiza, aunque sé que debe estar furioso.

Stefano es nuestro hermano mayor y también el Don de nuestra familia. Es conocido por su temperamento volátil. Quizá el más explosivo de todos nosotros.

Cuando la llamada termina, todavía no me muevo, porque mi mente está procesando la locura de las últimas veinticuatro horas.

Estoy acostumbrado a cambios e imprevistos, pero nada me preparó para, al venir a Nueva York en plena Navidad, ver cómo el rumbo de mi destino se modificaba.

Miro las escaleras donde, en el segundo piso, la mujer con la que posiblemente tenga que casarme debe estar maldiciéndome en este instante.

Todo gira en torno a ella y al hijo que quizá lleva.

Anoche, con la mente nublada por el deseo, juzgué mal a Aubrey. No es dulce ni obediente. Es centrada y tiene una personalidad fuerte, lo que, de manera extraña, me hace sentir aún más atraído por ella.

Sí, independientemente de un embarazo, la mantendré como amante. Es diferente de todas las mujeres con las que me he relacionado y, por lo que he podido comprobar hasta ahora, tampoco es una princesa esperando ser salvada.

Al verse en peligro tras la muerte de sus padres, tomó las riendas de su destino y se salvó a sí misma.

La admiro y eso, en mi mundo, significa respeto.

Y hay algo más que no me agrada admitir.

No la protejo solo porque pueda estar esperando a mi hijo, sino porque, de alguna manera, una voz en mi cabeza me dice que es mía. Y nadie toca lo que es mío.

Sus hermanos son dos hombres muertos.



Aubrey



Capítulo 28

Bajar a cenar no es exactamente una elección, pero aunque no tenga miedo de la amenaza que Cesare me hizo, debo pensar que podría estar llevando una vida dentro mío que necesita ser alimentada.

¿Ser madre a los diecinueve años? No era lo que soñé, y aun así, aunque esté muerta de miedo por el futuro, sé que amaré a mi hijo con cada gota de sangre en mi cuerpo.

"Tienes una hora para bajar y cenar, o te doy mi palabra de que te cargaré sobre mi hombro, te ataré a la mesa si es necesario y te obligaré a comer. No vas a hacer huelga de hambre como una niña malcriada".

Dios, ¿cómo es posible sentirme atraída y odiar a este hombre al mismo tiempo?

Después de darme un baño y vestirme deliberadamente de manera informal (minifalda de jean, un suéter blanco y zapatillas) llego a la planta baja. Me siento inmediatamente intimidada por el lujo. Lo había olvidado. Quizá ni los empleados de la casa usan ropa como la que llevo ahora.

Un empleado me guía hasta un comedor que es tan opresivo en sofisticación como el resto de la casa.

Cesare ya está allí, sentado en la cabecera de la mesa como si fuera un rey, observándome con una mirada que deja claro que, si pudiera, saltaría la cena y me haría su alimento.

Respiro hondo, intentando disimular lo que su mirada provoca en mí.

No puedo mostrar debilidad frente a él.

Cesare se levanta y se acerca a mí. Me guía hasta una silla, que tira de ella para que me siente.

Tiemblo como una hoja ante su tacto y rezo para que no se dé cuenta.

—Buenas noches —digo con formalidad, como si hace apenas una hora no estuviéramos a punto de matarnos mutuamente.

—¿Es una buena noche? —dice al ocupar su lugar, con una comisura de la boca levantada, provocándome.

—No empieces. Si quieres que coma, no me irrites. No me hagas recordar que estoy aquí en contra de mi voluntad.

Inclina levemente la cabeza, con los ojos fijos en los míos, como si analizara mis palabras.

—No eres una prisionera, Aubrey. Si estás embarazada de mi heredero, serás mi reina. —La declaración me deja sin aliento por un momento—. Ocupas el lugar más alto dentro de mi familia, junto a *mamma*; y en mi vida, con mis hijos, serás el centro de todo.

No sé cómo responder ante la intensidad con la que lanza esa declaración sobre mí.

¿Reina? ¿Familia? ¿Formaré parte de una gran familia? Al menos estoy segura de que no será como la que tuve al crecer y que mi hijo estará protegido.

No tengo dudas, mirando atrás, que si mi mamá hubiera muerto cuando yo era niña, probablemente mi padre me habría dado en adopción o, peor aún, me habría matado.

—¿Puedes contarme un poco sobre tu familia? Después de todo, si estoy embarazada de tu hijo, también serán familiares de mi bebé.

Toma la copa de vino frente a él y le da un sorbo. No me pasa desapercibido que yo tengo agua para acompañar la comida. No bebería de todos modos, porque sé que el alcohol puede afectar al feto, pero ni siquiera tener la opción de decir que no quiero es prueba de que Cesare siempre piensa varios pasos adelante.

—Conocerás sobre ellos en el momento adecuado. Cuando tenga la certeza de que formarás parte permanente de mi familia.

Mi frustración explota.

—¿Parte permanente? Hablas como si yo fuera una pieza de un juego que se puede mover a tu antojo. Si estoy embarazada: ¡felicidades, te has ganado la lotería! Si no lo estoy: vuelve al inicio, al punto de partida.

—Así es como funciona todo en mi mundo. Y ya lo entendiste, ¿no? —Apoya los codos en la mesa, entrelazando las manos mientras me mira—. Especialmente después de haber revisado mi teléfono móvil.

Mi corazón da un salto y mis mejillas se encienden.

—No leí mucho.

—La curiosidad es peligrosa, Aubrey. ¿No conoces el dicho? La curiosidad mató al gato. —Abro la boca para responder, pero me interrumpe antes de que pueda decir algo—. Quiero tu teléfono móvil.

—¿Por qué?

—Porque puedes ser rastreada. Y eso significa que tus hermanos te encontrarán.

Sé que tiene razón. Si mis hermanos rastrean mi teléfono, es solo cuestión de tiempo antes de que me localicen, pero estar de acuerdo con Cesare solo aumenta mi frustración.

—Te lo daré, siempre que me consigas otro.

—No te hace falta un teléfono móvil nuevo.

—Te lo pago, si es necesario.

Cesare suelta una risa burlona.

—¿Pagar? Conmigo no pagarás nada, Aubrey.

—No quiero depender de ti.

—Entiende una cosa. Mientras estés bajo mi protección, yo me encargo de ti. Eso no es una opción.

Tengo ganas de discutir, pero su mirada deja claro que no servirá de nada, y como si estuviera satisfecho con mi silencio, continúa:

—Mañana tendrás otro teléfono a tu disposición. Uno seguro, pero no hagas ninguna tontería. Y no lo tendrás porque lo hayas

pedido, sino porque yo decidí dártelo.

Sospecho que está buscando pelea. Es casi como si le gustara provocarme, pero guardo silencio, porque entiendo que con Cesare, aunque sea una pequeña victoria, sigue siendo victoria.



Cesare

La observo mientras une las manos, con los codos sobre la mesa, y baja la cabeza haciendo la señal de la cruz, rezando para agradecer la comida que comeremos.

Eso me gusta, toca inesperadamente algo dentro mío.

Percibo que es como un libro de misterio que debe ser descubierto página por página.

Aubrey no es superficial ni vacía; tiene varias capas que deseo conocer una por una.

La simplicidad del gesto, la devoción silenciosa, me hace pensar en *familia* y *futuro*.

Será una buena madre para mis hijos porque, incluso enojada conmigo, Aubrey irradia amor por cada poro de su cuerpo.

En mi vida, rodeada de guerras de poder y violencia, la fe rara vez tiene lugar. Solo mi madre, católica fervorosa, nos mantiene conectados con Dios.

—¿Siempre rezas antes de comer?

Ella se encoge de hombros, casi a la defensiva.

—Mi madre decía que era importante agradecer. Cuando cenamos en el restaurante estaba un poco ebria, por eso me olvidé.

—¿Ebria con dos copas de champán?

—Nunca había probado alcohol.

Podría argumentar que esa fue otra de las mentiras que me contó, pero decido mantener la paz.

—¿Cómo era la Navidad con tu familia? —pregunto.

—¿Qué?

—Hoy es Navidad. Y, por lo que sé, es la primera vez que la pasas sin tus padres. ¿Cómo era mientras ellos vivían?

—Mi madre adoraba la Navidad. Era su época favorita, igual que la mía. Siempre comenzábamos a decorar la casa en noviembre, llenándola de adornos y luces por todos lados. Era como vivir dentro de un cuento de hadas. —Sus ojos brillan al hablar, pero luego se nublan como si recordara algo malo.

—¿Qué pasó?

—¿Eh?

—Te interrumpiste como si hubieras tenido un mal recuerdo.

—Hablé de un cuento de hadas, pero mi vida estaba lejos de ser eso. Mi padre no era buena persona, igual que mis hermanos.

"Y como tú tampoco lo eres", casi puedo oírla completar en silencio.

—Continúa.

—Mi madre y yo hacíamos nuestros propios adornos. Era nuestro hobby. Con el tiempo, me di cuenta de que quería trabajar con eso toda mi vida. Ser artesana dedicada a la Navidad, exclusivamente. Cuando me fui de casa y llegué a Manhattan, necesitaba algo para sobrevivir. Compré material, empecé a hacer mis adornos y venderlos en la calle. Podría decirte que nos conocimos porque una clienta generosa me pagó quinientos dólares por una docena de adornos. Entonces, decidí salir y tener una buena cena de Navidad.

—¿Y qué planeabas hacer cuando terminara la Navidad, si dices que quieres ser artesana dedicada a esta fecha? —pregunto, genuinamente curioso.

Ella levanta la mirada hacia mí, y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Tal vez me mudaría al Polo Norte. Siempre escuché que Papá Noel necesita ayudantes.

La respuesta viene acompañada de una risa ligera, pero pronto su expresión cambia, como si recordara que no somos amigos y que no debería sentirse cómoda conmigo. Su rostro se cierra y vuelve a mirar su plato.

—No necesitamos ser enemigos, Aubrey.

En sus ojos aparece un brillo desafiante.

—¿No? Entonces, si no estoy embarazada, ¿me dejarás ir?

La pregunta queda en el aire como una provocación.

Aubrey no es tonta y sabe que, al leer mis mensajes, corrió riesgos.

—No quieres irte.



Cesare



Capítulo 29

Ella come en silencio después de mi provocación, pero al terminar y mirarme, noto que su expresión refleja la más pura indignación.

Aun así, su rostro me da la respuesta que deseo. La boca de Aubrey puede negar lo que quiera, pero su cuerpo es mío y los dos lo sabemos.

Yo fui su primer hombre, y estoy más que decidido a ser su único hombre eternamente.

Parece darse cuenta de que estoy completamente seguro de lo que siente por mí, porque se levanta de repente.

—Eres insoportable.

Aubrey comienza a caminar hacia la salida del comedor, pero antes de que llegue, en dos pasos ya estoy frente a ella.

La agarro del brazo, tirando de ella de vuelta.

—¿A dónde crees que vas?

—A mantenerme lejos de ti.

Mi cuerpo actúa antes que mi mente pueda razonar. Con un movimiento rápido, la giro hacia mí y la abrazo. Ella jadea, con la sorpresa brillando en sus ojos, pero no se resiste. No me empuja porque ambos sabemos que hay fuego ardiendo entre nosotros.

La beso con brutalidad y el contacto es una batalla de lenguas y dientes, ira y deseo mezclándose.

Con ella en mis brazos, camino hasta la mesa, y empujo platos y copas al suelo. El sonido de la vajilla rompiéndose resuena por toda la sala.

La coloco sobre la mesa, sus manos intentando sujetarse de los bordes mientras mi cuerpo se inclina sobre el suyo. Su respiración es rápida e irregular, y al mirarme, no puede ocultar el deseo.

—¿Me odias? —pregunto, sujetando sus muñecas contra la mesa.

—Sí.

—Tal vez sea cierto. Pero también me deseas. Niégalo.

Nuestros rostros están a centímetros uno del otro y siento el calor de su piel, el temblor recorriendo su cuerpo.

—Quisiera negarlo, pero no puedo.

Capturo sus labios en un beso lleno de urgencia, cargado con la pasión que ha ido creciendo entre nosotros desde el momento en que nos conocimos.

Aubrey se resiste un instante, pero pronto se entrega, con sus labios moviéndose contra los míos en un desesperado deseo que iguala al mío.

Mis manos exploran su cuerpo, deslizándose por la minifalda de jean que, estoy seguro, usó para provocarme, para mostrar que no le importaba arreglarse para mí.

Toco su piel desnuda, pero no es suficiente y pronto la desnudo por completo.

Su ira parece transformarse en lujuria, porque Aubrey no intenta esconderse de mí. Está completamente desnuda, dejándome admirar cada parte de su cuerpo.

Inclino la cabeza y tomo un pezón entre mis labios, rozando con un diente su carne.

Ella gime, y al mirar su rostro, sé que nunca existirá una mujer más hermosa.

—Dime que me odias otra vez, Aubrey —murmuro.

No responde. En cambio, me atrae hacia ella, entrelazando sus piernas alrededor de mi cintura. Sus labios encuentran los míos.

No tenía la intención de tomarla de nuevo esta noche.

Soy casi como un animal en términos de sensibilidad, pero sé que debe estar dolorida de nuestros encuentros de la madrugada. Cuando la agarré del brazo, solo quería impedir que se fuera porque teníamos mucho que hablar.

Pero entiendo ahora que Aubrey es mi droga. Algo capaz de nublar mis sentidos, confundir mi mente hasta que lo único que importa es poseerla.

El rubor en sus mejillas y un destello de ira en sus ojos cuando me alejo para desnudarme... Todo en ella me desafía, pero al mismo tiempo me atrae.

—Me vuelves loco, mujer —confieso, mientras me coloco un preservativo.

Vuelvo hacia ella y elevo sus muslos sobre mis hombros, hundiendo mi rostro en su intimidad, devorándola hasta que grita mi nombre al llegar al orgasmo.

Con una mano sosteniendo su rostro y la otra posicionando mi miembro duro en su entrada, la beso mientras comienzo a penetrarla centímetro a centímetro, hasta que me recibe por completo.

—Feliz Navidad, *bella mía.*

La tomo por completo y durante varios minutos, tal vez horas, me pierdo dentro de ella.

El placer que alcanzamos juntos es algo nuevo para mí. Es físico, pero también es piel, mente y sentimiento.

Los besos son intensos y sus brazos rodean mi cuello, su cuerpo ondulando bajo el mío.

Cuando el orgasmo nos golpea simultáneamente, aún no puedo salir de dentro de ella.

—No planeé esto.

—Lo sé. Creo que nos volvimos locos el uno al otro, Cesare.

En mi mundo, no es una buena combinación. La familia debe ser descanso, un lugar de paz.

Aubrey es tormenta y aun así sé que nunca la dejaré ir, de una manera o de otra.

No la suelto porque todavía no puedo. Fijo mi mirada en su rostro hermoso y ninguno de los dos dice nada.

Aprovecho que ella se muestra completamente rendida y la cargo en mis brazos hasta mi suite.

La recuesto en la cama, atrayéndola sobre mí.

Aubrey todavía tiene la piel caliente, fruto del sexo intenso.

Es pequeña y delicada en mis brazos, pero sé que, a pesar de su apariencia angelical, es fuerte.

Es un tipo de fuerza interior que no se adquiere. Se nace con ella.

Sus ojos están cerrados y observo cada detalle de su rostro.

Sé que si me caso con ella, esta relación será diferente de lo que había planeado en lo que respecta al trato con la heredera Genovese.

El arreglo con la otra familia habría sido conveniente, sin complicaciones emocionales. Pero Aubrey ya ha dado suficientes señales de que es obstinada, testaruda, alguien que no aceptará nada sin un acuerdo previo.

Con ella, todo tendrá que ser negociado.



Cesare



Capítulo 30

Como si adivinara mis pensamientos, Aubrey abre los ojos.

De inmediato, la expresión relajada se transforma en desconfianza.

Se aparta, recostándose sobre las almohadas en lugar de apoyarse en mi pecho.

—Si estoy embarazada y, por consiguiente, acepto casarme contigo, ¿cómo sería ese matrimonio?

Podría tomar esto como una victoria, una fisura que me demuestra que está empezando a rendirse, y hasta podría usarla para manipularla y conseguir lo que deseo. Sin embargo, no voy a mentirle, aun sabiendo que la respuesta que estoy a punto de darle encenderá una guerra entre nosotros.

—Serías mi esposa —empiezo, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Eso significa que te convertirías en la matriarca de nuestra familia. Cuidarías de nuestros hijos y serás fiel a mí.

Por un momento, parece aceptar lo que le digo, como si esto coincidiera con lo que piensa del matrimonio. Pero luego veo cómo cambian sus ojos.

El frágil espacio que había conquistado dentro de ella durante el sexo desaparece, dando lugar a una expresión hostil.

Se sienta en la cama, desnuda y hermosa como una diosa. Su mirada es cortante.

—¿Y al revés? —pregunta—. ¿Tú también serías fiel a mí?

Quedo en silencio. No por falta de respuesta, sino porque sé que lo que puedo decirle hará que me odie.

—No tienes ninguna intención de serme fiel —dice, y su voz suena extrañamente baja.

Se levanta de la cama, pálida, pero con la ira brillando en sus ojos.

—Aubrey.

—¡Nunca! ¡Jamás aceptaré un matrimonio así! —grita—. Lo que estás sugiriendo no coincide con lo que creo. No soy una muñeca para quedarme encerrada en una casa, criando a nuestros hijos, apareciendo en público contigo en recepciones mientras saltas de cama en cama, teniendo sexo con otras mujeres.

El dolor con que dice esto es evidente y pienso que, con ella en mi cama, no hay manera de que desee a otra. Aubrey es la mujer más deliciosa y fascinante que he conocido, pero va contra mi naturaleza recibir ultimátums de cualquiera.

Intento mantener la calma, pero me ha empujado más allá de mi límite. Me pongo de pie también.

—¡No tienes elección, Aubrey! —grito—. Entregaste tu virginidad a un capo de la Cosa Nostra. ¿Sabes lo que significa? Ya no se trata solo de nosotros. Tengo enemigos. Muchos. Y ahora tú también los tienes. Si estás embarazada de mi hijo, tendrás que casarte conmigo, quieras o no; de lo contrario, pondrás en riesgo tu vida y la de él.

Palidece, quizá porque ahora está segura de que ha caído en una trampa. No importa que sea una ciudadana común, todo el mundo ha oído hablar, aunque sea en películas o libros, de la mafia siciliana.

—Cesare…

—Podrían secuestrarte —continúo, con la voz ahora más controlada—. Podrían usarte contra mí, contra mi familia, matarte a ti y a nuestro hijo. Además, nunca permitiría que mi heredero, si estás embarazada, naciera fuera del matrimonio. Eso es inadmisible.

Percibo que su cuerpo tiembla.

Se envuelve con la sábana de la cama, como si fuera una armadura.

Cuando habla de nuevo, su voz suena como un susurro, como la de un animal herido.

—No quiero que me hagan daño a mí ni al bebé que tal vez estoy esperando. Pero si me obligan a casarme contigo, puedes tener las amantes que quieras, porque nunca más volverás a tocarme.

Sus palabras me golpean como un puñetazo, y por un momento quedo sin reacción.

Pero estoy acostumbrado a enfrentar guerras, y pronto me recupero.

Si ella cree que tiene el control, no ha aprendido nada de mí hasta ahora.

—Vas a suplicar que te toque otra vez, aunque estés segura de que he estado con otras mujeres.

Su reacción es visceral.

—Te odio, Cesare, y si recibo el castigo de casarme contigo, jamás volverás a besarme. Crecí en una familia disfuncional. Mis hermanos y mi padre no valían nada, pero mi padre adoraba el suelo que mi madre pisaba. Ella era su mundo.

—¿Y qué crees que he dicho hasta ahora que indicara que sería menos para mí? ¿No me escuchaste? Serás mi reina.

—¿Reina? —Lanza la cabeza hacia atrás y ríe, pero su expresión es de dolor—. ¿Una reina públicamente humillada, a la que engañas con otras mujeres? No quiero joyas ni oro, quiero amor y respeto. Fidelidad. Graba lo que digo, jamás volverás a verme desnuda. No soy una muñeca inflable hecha para el sexo y la procreación. Tengo cerebro y corazón.

—Te convertirás en una esposa siciliana y serás obediente.

—Tendrás que matarme primero. O tener sexo conmigo a la fuerza, pero sabrás que si eso sucede, te odiaré después. Te odiaré hasta el día de mi muerte. A partir de ahora, quiero comer en mi habitación. Me quedaré aquí hasta saber si estoy embarazada o no, y si no lo estoy, me iré.

No, nunca volverás a irte de mi vida.

Ella deja la habitación, golpeando la puerta con fuerza, y por varios minutos sus palabras siguen resonando en mi mente.

Quiero ir tras ella y decirle que es la única mujer que deseo, pero jamás cederé a las demandas de nadie, aunque, siendo honesto, no creo que vuelva a meter a otra en mi cama pronto.

Quizá nunca más.



Aubrey



Capítulo 31

Tres semanas después

Veintiún días. Es el tiempo que he vivido como una prisionera voluntaria en esta habitación.

Solo salgo cuando estoy segura de que Cesare está ocupado, encerrado en la biblioteca, en una de sus interminables reuniones.

No ha forzado su presencia, lo que me deja satisfecha e indignada al mismo tiempo.

Es como si pudiera verme a través de algún monitor (y no dudo que sea capaz) y me concediera el espacio que necesito para soportar la espera hasta tener la confirmación de si estoy embarazada o no.

Todas las noches lo escucho en la habitación contigua.

La que eligió para mí está anexada a la suya, pero aunque mantiene la puerta de comunicación cerrada, mis oídos captan cada sonido que viene de allí.

Los pasos firmes sobre el piso de madera, el sonido de la ducha, la televisión transmitiendo algún partido de fútbol cuando finalmente se acuesta.

Estoy atenta a todo y ni una sola vez ha dormido fuera. Ni siquiera sale de la casa, como si fuera mi guardián silencioso.

A pesar de haber dejado claro que jamás sería fiel, no ha ido tras otra mujer, lo que significa que lleva tanto tiempo sin sexo como

yo.

Cesare es un arrogante cretino, pero ha mantenido su lealtad hacia mí.

Abro la puerta del cuarto porque sé que es la hora del día en que siempre está reunido con sus hermanos por videollamada.

Ya los he escuchado algunas veces a través de la puerta de la biblioteca. Sí, los estaba espiando.

No sé sus nombres, pero estoy segura de que son seis hombres en total, porque un día escuché a uno decir que "*mamma* dio a luz a seis bastardos orgullosos". No conozco a los otros cinco, pero respecto a Cesare, no podría estar más de acuerdo.

Bajo la larga escalera que conduce al primer piso porque siento hambre y dentro de poco llegará el obstetra para hacerme el examen de sangre y confirmar o no mi embarazo.

Lo sé porque Zito me trajo un mensaje del jefe, diciéndome que debía estar lista alrededor de las tres de la tarde de hoy, lo que significa que en menos de una hora sabré si mi vida quedará ligada a la del mafioso siciliano para siempre o si recuperaré mi libertad.

Me repito a mí misma que lo que quiero es la segunda opción, aunque la idea de tener un hijo, que al principio me asustó muchísimo, ahora me hace desearlo con todo mi corazón, incluso si el padre es no solo un monstruo, sino un infiel declarado.

Me dirijo a la cocina, pensando en tomar una fruta y subir para esperar al doctor, cuando, justo al tocar una manzana, lo siento detrás mío.

¿No es extraño? Cada vez que bajo, me cruzo con varios guardias, y ninguno de ellos me ha causado nada, pero en este instante sé que es Cesare quien está a mis espaldas.

Me congelo por un momento, armándome de valor para salir, pero cuando me giro lentamente y lo veo, mi corazón se dispara.

No es miedo ni deseo. Es nostalgia.

Eres una idiota, Aubrey. ¿Cómo puedes siquiera pensar en enamorarte de alguien como él?

Cesare tiene los ojos fijos en mí y, aunque su expresión permanece neutral, hay un brillo intenso en lo profundo de sus iris.

—Perdón, creí que estabas en reunión —murmuro, sin poder ocultar la tensión en mi voz.

—Terminó antes —responde. Sus ojos recorren mi rostro antes de bajar brevemente a la manzana en mi mano—. ¿Tenías hambre?

La pregunta no encaja con él. Cesare no parece de los que pierden el tiempo con charlas triviales, así que solo puedo pensar que quizá quiera mantenerme hablando, que él también me extrañaba.

La tentación de quedarme y conversar es grande, pero las palabras de mi mamá resuenan en mi mente.

"Hasta los hombres malos, cuando se enamoran, pueden ser buenos para las mujeres que aman".

Cesare no se ha enamorado de mí. Soy solo otra en su vida y, si todavía estoy en ella, es por la posibilidad de un embarazo.

Paso junto a él y nuestros cuerpos rozan ligeramente porque mi equilibrio falla, como si mis piernas no pudieran sostenerme.

Es como estar conectada a una corriente eléctrica.

Cada célula de mi cuerpo reacciona y antes de darme cuenta, mis manos se apoyan en su pecho, buscando sostén.

En el mismo movimiento, él rodea mi cintura con su poderoso brazo.

—Viene el médico —susurra cerca de mi oído, y me estremezco.

Por una fracción de segundo, sin poder organizar mis pensamientos, no entiendo de qué habla hasta que recuerdo al obstetra.

El efecto que este hombre tiene sobre mí es letal. Olvido quién soy y por qué debo odiarlo.

—Sí, lo sé.

—Vas a hacerte el examen. Es hora de confirmar si estás embarazada.

Siento que mi corazón se acelera y ni siquiera logro definir muy bien la razón.

¿Qué quiero? ¿El sí, que me dará un hijo hermoso pero también me obligará a casarme con un hombre incapaz de cumplir

los votos que hará ante Dios, o el no, que me dejará libre, pero sola en el mundo?

Mi mente y mi corazón van en direcciones opuestas y, siendo honesta, incluso mi cerebro solo pide que me aleje de él (cosa que acabo de hacer) porque el orgullo me domina.

Intento pasar junto a él para escapar del hombre que quiero odiar, pero también para huir de mí misma.

Después de tres semanas aislada, pensé que me habría curado, que me liberaría de la atracción por él, pero acabo de darme cuenta de que, en realidad, estoy enamorada de Cesare. Tal vez incluso desde el instante en que nuestros ojos se cruzaron por primera vez en la discoteca.

Él no me deja ir. Me atrae hacia él.

—Espera, Aubrey.

No tengo otra opción que mirarlo y noto que tiene ojeras que antes no estaban allí.

¿No ha estado durmiendo bien?

—¿Qué quieres?

—A ti te quiero.

—¿Y a todas las mujeres de Sicilia?

—Solo a ti.

Mi corazón late con fuerza.

—Eso no fue lo que me dijiste cuando me trajiste aquí.

—Nunca necesité ser fiel a nadie más que a mí mismo o a mi familia. Fui criado así.

Me apoyo en sus antebrazos para intentar calmar el torbellino de emociones dentro mío.

—¿Qué intentas decirme, Cesare? ¿Quieres que entienda que, por haber sido criado de esa manera, si nos casamos debo cerrar los ojos ante tus infidelidades?

—Aubrey...

—No puedo hacer eso porque antes de amarte y respetarte, tengo que amarme a mí misma. Solo tuve una persona en la vida que fue toda mi fuente de afecto: mi madre. Ella amó a un hombre malo y se entregó a él, aun sabiendo quién era, pero lo contrario no

era verdad. No puedo permitir que un hombre que sé que me traiciona me toque.

Siento la necesidad de declararle la guerra, porque es la única manera de no terminar entregándole mis sentimientos como si fueran un regalo; de esconder que estoy enamorada y que lo extrañé cada maldito día que estuve aquí.

—Dijiste *"antes de amarme"*… Te enamoraste de mí.

—No. Fue solo una manera de expresarme.

—No mientas.

—¿Y qué importa? No cambia nada entre nosotros que esta provinciana se haya enamorado del mafioso siciliano. Tenías razón al decir que yo no sabía dónde me metía al entregarte mi virginidad, y desearía poder volver atrás, porque ahora, si estoy embarazada, me veré obligada a casarme para garantizar mi supervivencia y la de mi hijo.

—¿Qué quieres de mí, Aubrey?

—Nada. Esperaré al médico en la habitación.

Salgo corriendo, con mi corazón martillando en el pecho.



Cesare



Capítulo 32

Aguardé hasta que el médico salió, con el golpe de la puerta cerrándose detrás de él resonando en el pasillo vacío.

Trabaja exclusivamente para la familia y, al reencontrarnos, me observó y movió la cabeza, confirmando lo que ya sabía.

Sí, sabía que ella estaba embarazada porque el destino alineó cada pieza del juego para que fuera mía.

Le pedí al médico que trajera pruebas de farmacia, pero también que hiciera el beta HCG; apenas le extrajeron la sangre, un empleado mío la llevó al laboratorio.

El obstetra pasó casi dos horas con ella y salió recién porque recibió la confirmación por teléfono.

Cuando la conocí, pensé en hacer de Aubrey mi amante porque desde el principio me volví completamente loco por ella, pero ahora, después de casi un mes en que no cedió ni un milímetro en su determinación de exigir mi fidelidad, estoy seguro de que jamás se sometería a ese papel.

"¿Y tú?", una voz interna se me burla. *"¿Querrías a otra mujer teniendo a esta diosa en casa?".*

Sé que no. Podría haber estado con otras mujeres durante el tiempo que pasamos aquí separados. Nunca estuve tanto tiempo sin sexo. Pero no quise a ninguna otra.

Aun así, podría haber salido con alguna solo para demostrarle quién manda.

Nunca me preocupé por herir a alguien con quien estuviera porque lo que le dije hace unas horas es cierto. Mi fidelidad siempre ha sido exclusivamente hacia mí y hacia mi familia.

Antes de que el resultado saliera a la luz, ya sabía que el juego había cambiado.

Aubrey, la mujer que no pertenece a mi mundo, la joven inocente del interior de Kentucky, es mía para siempre.

Ahora más que nunca.

Será mi esposa, madre de mi heredero.

¿Amante?

No, ella no será mi amante, a menos que le jure fidelidad.

Sé que estoy luchando una batalla con mi propio orgullo, pero el encuentro con ella hoy en la cocina me hizo darme cuenta de que, con mi intransigencia frente a sus demandas, estoy hiriéndonos a ambos.

No puedo concentrarme y he tenido noches de mierda, con siestas intermitentes, deseándola en mis brazos.

Permanezco varios minutos parado en el pasillo frente a la puerta de su habitación hasta decidir tocar.

—Adelante.

La encuentro sentada al borde de la cama, con las manos cubriéndose el rostro y los hombros temblando.

Maldita sea, ¿está llorando?

—Estás embarazada.

Asiente con la cabeza, pero no me mira y eso me atraviesa el pecho como un corte profundo.

Yo fui quien le hizo esto.

Por orgullo, rompí el corazón de la madre de mi hijo, que hace un momento admitió estar enamorada de mí.

Por fin sé cómo nombrar lo que siento y estoy seguro de que ella es a quien quiero.

Para siempre.

No importa que tenga que someterme a su demanda de fidelidad. Sé que no habrá otra mujer que desee y, de no ser un

cretino terco, lo habría admitido antes.

Me inclino frente a ella, de rodillas, y retiro sus manos de su rostro.

—No… —protesta, sollozando—. Me casaré contigo, pero los términos son los mismos.

—Shhhh… quiero hablar contigo.

—Porque tuviste la confirmación de que seré tu prisionera para siempre.

—No. Porque cuando me dijiste en la cocina que estabas enamorada de mí, entendí lo que es este terremoto instalado en mi pecho desde el día que saliste de mi habitación. Lo que significa no poder dormir y estar atento al más mínimo sonido que haces en la suite. No deseo a otra mujer más que a la rubia con rostro de ángel y cabello dorado. Estoy loco por ti, Aubrey.

—No digas esas cosas. Me dijiste que no sabes ser fiel.

—Soy un monstruo, niña. Nunca traté de ocultarlo, pero si aceptas ser mía en todos los sentidos, seré tu monstruo fiel y apasionado. Te protegeré a ti y a nuestros *bambini* para siempre. Moriré por ustedes.

Las lágrimas ahora recorren más fuerte su rostro, pero cuando la tomo en mis brazos, sujetando sus piernas y envolviéndolas a mi alrededor mientras camino con ella hacia mi habitación, no protesta.

Aubrey se aferra a mi cuello y apoya la cabeza en mi pecho.

Caigo en la cama con ella encima y beso su cabeza.

Extiendo la mano hacia la mesita de noche y tomo el anillo de diamantes de cuatro quilates que mandé a comprar para ella, incluso antes de saber que estaba embarazada, porque ahora lo admito: quería que lo estuviera.

—Acepto tus términos y te juro fidelidad. Cásate conmigo, *bella*. Te quiero solo a ti.

—Ni siquiera nos conocemos, Cesare. ¿Cómo puedes estar seguro?

La siento sentada sobre mi abdomen. Abro la caja y le extiendo la mano, pidiéndole que me ofrezca la suya voluntariamente.

—Antes de conocerte nunca me enamoré, Aubrey, y jamás sentiré por otra lo que solo tú lograste despertar. Amo tu cuerpo y

cómo me siento a gusto dentro de tu vagina cálida y húmeda. Pero también amo tu sonrisa y tu orgullo. Lo fiel que eres a tus principios y tu valentía. No podría haber elegido mejor a la madre de mis hijos ni a la mujer que será mi esposa.

Ella finalmente deja de llorar.

—Cesare…

—Pero no te voy a mentir, Aubrey. Ni de cerca soy un príncipe encantado. Soy un villano. No viviremos un cuento de hadas, pero en este momento te juro mi amor.

—¿Qué pasaría si dijera que no?

—No tienes opción, *amore mio*. No dejes que mis palabras de hombre enamorado te engañen. Debes casarte conmigo de cualquier manera, pero estoy aquí pidiéndote que des un salto de fe y elijas casarte también por amor, no solo por obligación.



Aubrey

—Soñaba con casarme con un príncipe encantado y ser como Cenicienta.

—¿Qué?

—Por haber crecido entre monstruos, no quería acercarme a hombres malos, sin embargo, me enamoré de ti. Eres mi único todo, Cesare. Desde el primer segundo que te vi en esa sala VIP del club, me robaste el corazón. No huí del hotel esa mañana por tenerte miedo. Fue por miedo a mi misma. No me encerré estas semanas por temor a que me tocaras a la fuerza, sino por miedo a ceder y luego odiarme. Y odiarte también. Soñé con un príncipe, pero te estoy entregando mi corazón a ti, a mi villano.

Le extiendo los dedos, que tiemblan, para que me coloque el anillo, y sé que con este gesto renuncio a una vida libre en nombre del amor.

Cesare me mira todo el tiempo mientras lo desliza en mi dedo.

—Ahora eres mía —dice, antes de acercarme para besarme.

—Siempre fui tuya, y probablemente lo seré por la eternidad, aunque me rompa el corazón, pero quiero que sepas que hablo en serio. Si me traicionas, no te lo perdonaré. Nunca volverás a tocarme.

—No retrocedo con mi palabra, Aubrey, y más allá de eso: solo te quiero a ti. Soy un siciliano como lo fue mi abuelo. Él amó a una mujer y le fue fiel mientras respiró en este planeta. Hasta encontrarte, no creía que pudiera enamorarme. Para mí, el matrimonio siempre fue un acuerdo.

—¿Y ahora? —pregunto, sin aliento.

—Te amo, mi rubia. Solo a ti.

Me besa y me toca por todos lados. Como si sus manos me ansiaran.

Me siento embriagada de él y, cuando me desnuda, estoy ansiosa por ser poseída.

Cesare no parece tener prisa; me acaricia, me lame, me chupa, me muerde, como si me estuviera saboreando, hasta hacerme suplicar, y cuando finalmente me penetra, no siento vergüenza de gemir su nombre en voz alta.

No sé cuánto tiempo pasa antes de sentir cómo la presión del orgasmo crece dentro mío.

—Cesare, tengo tanto miedo de amarte… —gimo.

Él sostiene mi rostro. Aumenta la velocidad de sus movimientos; cada vez más intenso, bruto, delicioso.

—Nunca fui fiel antes, pero mi amor por ti no es pasajero, Aubrey. Eres mía, pero yo también soy tuyo.

Me pierdo en su beso, en sus palabras y en su posesión. Me entrego sin medida porque el amor que siento por él me desborda desde dentro, y cuando alcanzamos el paraíso juntos, sé que estoy atrapada a él para siempre, tanto en un matrimonio por obligación como por el hecho de que entraré en esta prisión voluntariamente.

Nunca existirá otro hombre para mí.



Cesare



Capítulo 33

Dos semanas después

La organización de nuestra boda avanza a la velocidad de la luz. Podría casarme con ella aquí en Estados Unidos, pero no voy a tratar a Aubrey como un sucio secreto.

Ella será mi esposa, madre de mi primer heredero, y cualquiera que quiera seguir respirando le dará el respeto que merece.

Mis hermanos están organizando una reunión con la familia Genovese, intentando cerrar un acuerdo para que Luciano ocupe mi lugar casándose con Mariangela. Él no está entusiasmado con la idea, pero son órdenes de Stefano, nuestro hermano y Don, y sabe que no hay nada que hacer al respecto.

Al menos esa cuestión está siendo resuelta.

Me quedé en Estados Unidos no solo para asegurarme de que, al volver a Sicilia, pueda casarme rápido con mi mujer, sino porque aún tengo dos ratas que exterminar antes de partir.

—Ya están en el sótano, jefe.

Al fin conseguí atrapar a esos dos hijos de puta.

Pedí que una prima mía, que estaba en la costa oeste, viniera a Connecticut para acompañar a Aubrey de compras.

Van con un verdadero ejército tras ellas, tan protegidas como las princesas que son, y advertí a la gerente de la tienda que cerrara para mi Aubrey, que debía conseguir el ajuar completo para mi

futura esposa, desde la lencería hasta los zapatos y todo lo que las mujeres necesitan.

No quiero que Aubrey se sienta incómoda al conocer a mi familia, sobre todo porque mamma se resiente de que ella no sea siciliana como Mariangela Genovese.

Y ahora, mientras mi prometida, el amor de mi vida y futura madre de mi hijo, disfruta de una tarde de hedonismo, con salón de belleza y compras de joyas incluidas, voy a matar a sus hermanos.

Cuando investigué más a fondo, incluso llegué a pensar que pertenecían a alguna mafia, porque el miedo que Aubrey les tenía era enorme.

No son nada más que traficantes de drogas que hacen algunos trabajos para los carteles colombianos, y cobardes que golpean a mujeres.

Unos minutos después de que Zito me avisa que las ratas están listas para encontrar su fin, bajo las escaleras del sótano de la casa donde estamos, que tiene un horno crematorio capaz de deshacer un cuerpo humano, incluyendo tejidos blandos y huesos, en unas tres horas.

Miro el reloj y veo que tengo cinco horas disponibles. Dos para lidiar con ellos, y tres para hacer magia y desaparecer con los dos para siempre.

Estoy sin camisa, solo con un pantalón que será cremado tan pronto termine lo que necesito hacer.

—Asegúrate de que Aubrey no vuelva antes de la hora acordada. Tengo un plazo ajustado.

—No se preocupe, jefe. Eso no pasará.

Bajo y enciendo la luz.

Charle y Bellington Grant están desnudos, colgados de cadenas que cuelgan del techo.

Mis hombres ya les dieron la bienvenida, puedo verlo cuando me acerco. Hay cortes y moretones por todos lados.

También tienen cinta adhesiva sobre la boca. No quiero escucharlos. Quiero venganza.

—Primero, déjenme presentarme, chicos —digo, tomando un bate de béisbol y acercándome a los dos—. Soy Cesare Lattanzi

Trovato, Capo de la Cosa Nostra. El futuro marido de Aubrey. Padre del bebé que ella espera.

Con unos golpes rápidos, dejo dos pares de rodillas destrozadas y escucho los gritos ahogados de esos casi difuntos.

—Bien, ya que hemos realizado las presentaciones, ahora empezaré diciendo que no hay nada que desprecie más que un hijo de puta que no honra su propia sangre. Sí, exactamente. Sé que fueron ustedes quienes asesinaron a sus padres. —Sacudo la cabeza negando—. ¿Saben cuál es nuestro principio, el de mis hermanos y el mío? Quien no honra su sangre, no honra a nadie. Aubrey nunca sabrá lo que hicieron. Mi prometida es sensible y eso le rompería el corazón, pero para su mala suerte, yo lo sé.

Dejo el bate de béisbol descuidadamente en el suelo y tomo unas pinzas. Menos de cinco minutos después, veinte dedos están esparcidos por el piso.

—Vayan recogiendo esto para adelantar el trabajo —ordeno a Zito, que rápidamente los arroja al horno crematorio—. Ahora vamos a hablar de mi mujer. Cuando Aubrey me contó de ustedes, los imaginé casi como entidades con poderes especiales, pero al investigar y descubrir quiénes eran, me reí. Dos mierdas cuya mayor habilidad consiste en golpear mujeres. Ahí entendí. El miedo que Aubrey sentía por ustedes venía de su infancia, cuando eran aterradores para una niña. Como un elefante amarrado a una cerca, aún pequeño, Aubrey los veía como invencibles.

Solo por placer de causarles dolor, les corto sus inútiles penes. Sus gritos, ahogados por la cinta, no significan nada para mí. Y nadie puede escucharlos. Las paredes son a prueba de sonido.

—Para confirmar mi teoría, le pregunté si la maltrataban de niña, y fue entonces cuando mi prometida me contó cuánto le pegaron, a escondidas de sus padres, cuando era pequeña. Solo por eso podría pasar días con los dos, pero ella llegará pronto y no me gusta llegar tarde a las citas, porque esta noche planeo preparar la cena para ella. Una carne jugosa, receta de mi fallecida *nonna*.

Tomo el machete y voy al mayor. Lo destripo despacio y hago lo mismo con el otro. Cuando me doy por satisfecho, ordeno a Zito:

—Déjenlos vivos media hora. Asegúrense de lanzarlos al horno todavía respirando.



Aubrey

Entro en casa corriendo, feliz como hace mucho no me sentía, porque tuve una tarde de chicas con la prima de Cesare.

Ella voló en helicóptero a Nueva York porque me dijo que tenía una amiga que visitar. Está casada, pero su marido está en Sicilia con sus hijos. Al menos conocí a un familiar de Cesare, y fue un amor conmigo.

Siento olor a comida y voy directo a la cocina. Cuando entro, mi prometido, tan hermoso como siempre, está de espaldas, y parece estar revolviendo algo en la olla.

Él es todo grande; la camiseta negra resalta sus músculos y los jeans ajustados acentúan su perfecto trasero.

—Un hombre que cocina es muy sexy —digo.

Se gira hacia mí con una sonrisa ladeada, deja la cuchara de madera sobre el apoyador de la mesada y se acerca, con ese aire de malvado peligroso que tanto amo.

—¿Cómo fueron las compras, *cuore mio*?

—Increíbles. Creo que necesitaré dos vidas para ponerme toda esta ropa. ¿Y tú, qué hiciste hoy?

Él me sienta sobre la barra, se acomoda entre mis piernas y besa mi cuello.

—Trabajo rutinario. Extremadamente aburrido.



Aubrey



Capítulo 34

Sicilia

Cuando el avión aterriza en Sicilia, siento que el estómago se me sube a la garganta y aprieto la mano de Cesare, sin tener la menor idea de lo que me espera.

—Tranquila, ya estamos en casa —dice él.

En casa. Italia será mi hogar porque no queda nada para mí en Estados Unidos.

Todavía sentía miedo de mis hermanos, pero ayer, cuando le pregunté a Cesare si ellos seguían detrás mío, su respuesta fue: nunca más tendrás que preocuparte por ninguno de los dos.

Tal vez estén presos. O tal vez…

Bueno, no me importa, porque sea cual sea su destino, lo merecieron.

Vinimos en un jet privado y fue bueno que fuera así, porque cuando despegó, grité y habría sido un desastre si hubiera habido más pasajeros.

Ahora sé los nombres de sus cinco hermanos e, incluso, el orden de nacimiento de todos: Stefano es el mayor, seguido de Massimo, luego Luciano, Cesare, Luigi y Salvatore.

Mierda, su madre, Ortensia, debe ser increíblemente fuerte si parió seis hombres del tamaño de mi prometido.

Cerca de una hora después, llegamos al edificio donde vive. Me dijo que piensa comprar una casa para llenarla de *bambini*.

No quiero otro hijo ahora. Tengo planes para el futuro. Seguiré con mi artesanía aunque sea para vender *online* y también quiero aprender italiano. Hasta ahora, Cesare solo me ha enseñado palabras atrevidas, que por cierto son muy sexys.

—Bienvenida a mi mundo, prometida —dice, cargándome en brazos hacia el apartamento.

Viviremos aquí antes de la ceremonia y la fiesta, y también durante algunos meses después de casarnos, pero Cesare me comentó que para cuando nazca el bebé, la casa estará lista, porque un primo lejano se encargará de acelerar la construcción.

—¿Tu familia no me juzgará por vivir contigo antes de casarnos?

Sé que solo sus hermanos saben que estoy embarazada. Ni siquiera su madre lo sabe, porque él quiere decírselo personalmente.

—Normalmente no viviríamos juntos antes, pero no voy a estar lejos de ti. Solo me conoces a mí en Sicilia.

—Y no quieres dejarme lejos de tus ojos. —Parpadeo hacia él, jugando.

Cesare me deja con cuidado sobre la cama, como si fuera una pieza delicada de porcelana.

—Exacto. Me tomó treinta y tres años encontrarte, Aubrey, y no voy a dejar que te escapes. Mientras viva, estarás protegida, y si muero primero, mis hermanos te protegerán.

—No te mueras nunca.

—No lo planeo hacer, pero si llegara a pasar, nunca volverás a estar sola. Nosotros, los Lattanzi Trovato, somos uno, Aubrey. Ahora eres parte de nuestra familia y serás respetada como tal.

Siento que mi corazón se calienta, imaginando Navidades y reuniones familiares.

Pero enseguida me obligo a poner los pies sobre la tierra y recordar que son mafiosos.

—¿Todos los miembros de tu familia…?

—¿Forman parte de la Cosa Nostra?

—Sí —confirmo que esa era mi pregunta.

—Solo algunos primos lejanos son la excepción.

—No te estoy juzgando. Mi padre era un narcotraficante y sé que mató gente. Y mis hermanos… bueno, sabes lo que ordenaron que me hicieran.

Veo que su mandíbula se tensa, como si estuviera lleno de odio.

—No puedo hacer que olvides lo que pasó por sus manos, *bella*, pero te doy mi palabra de que nunca volverá a suceder.

Me siento culpable por arruinar su estado de ánimo.

—Ven aquí. —Abro los brazos para él.

—¿No quieres conocer el apartamento?

—Después. Estaba tan asustada durante el vuelo que mi fantasía sexual de hacer el amor en el avión tendrá que esperar para el próximo viaje —me arrodillo en la cama y me quito el vestido por la cabeza—, pero llevo esta lencería hermosa, ¿y no crees que sería un desperdicio si…?

Él tarda una fracción de segundo en agarrarme.

—Eres una provocadora, Aubrey. ¿Te gusta verme perder el control?

—Amo todo lo que viene de ti, Cesare.



Al segundo día en Sicilia, me sorprende la llegada de miembros de su familia al apartamento.

Tías, primas, parientes por afinidad, mujeres por todos lados y, gracias a Dios, también llegó Savina, a quien conocí en Estados Unidos.

Nuestra boda será la próxima semana y, según me contaron, todavía hay mucho por organizar.

Aunque no entendía la mayoría de cosas de lo que decían, gracias a la traducción simultánea de Savina me divertí e intenté participar en las conversaciones.

Son vibrantes, hablan rápido, ríen fuerte. Eran mi tipo de gente ideal, si hubiera podido elegir mientras crecía.

Parecieron aceptarme de verdad. Ser rechazada era lo que más temía, porque Savina me contó durante nuestra salida de compras en Estados Unidos que se esperaba que Cesare se casara con una mujer llamada Mariangela.

Al menos esta parte de la familia parece no enfadarse conmigo al ocupar el lugar de la otra.

Le pregunté a Cesare al respecto y me confirmó la información, pero me dio su palabra de que no había un compromiso formal todavía y que ni siquiera se habían tocado o quedado a solas.

La unión no era más que un arreglo entre las familias.

—Eres tan hermosa, querida. Quiero estar presente cuando te pruebes el vestido de novia —dice una de las tías de Cesare, sujetando mi mano—. Mi sobrino hizo una elección perfecta al pedirte que te casaras con él.

Mi vestido está siendo hecho por una diseñadora estadounidense. Aunque elegí el atelier, tendré que esperar a que venga a Italia para poder hacer la prueba.

Sonrío a la anciana. Es evidente que aman las fiestas y la idea de la boda.

Sin embargo, no puedo dejar de notar la ausencia de la madre de Cesare.

¿No es extraño que su hijo se case en pocos días y la madre del novio ni siquiera me haya llamado?

Cesare mencionó que eran cercanos, y por eso esperaba que ella viniera hoy.

Dios, ¿será que le agradaba la "ex casi nuera"?

Sé que dos días antes de la boda habrá una cena en su casa para que yo pueda ser formalmente presentada al núcleo familiar, y ahora siento que el estómago se me revuelve al pensar que tendré que enfrentar a todos sus hermanos y a la matriarca Lattanzi Trovato a la vez.



Cesare



Capítulo 35

Recorro con la vista a mis hermanos.

Stefano, el Don, nuestro jefe supremo.

Massimo, su consigliere.

Luciano, el subjefe y segundo al mando en Sicilia después de Stefano.

Salvatore, capo de las operaciones locales.

Luigi, capo de operaciones especiales, encargado de supervisar acciones más violentas y la disciplina interna.

Y finalmente yo, que gestiono operaciones internacionales, principalmente el tráfico de armas.

Después de discutir sobre el "problema" que había ido a resolver a Nueva York y la muerte de Mancini, les expliqué a mis hermanos que los dos hermanos de Aubrey ya no representaban ninguna amenaza para mi futura esposa ni para nuestro hijo por nacer.

Luego pasamos a hablar de lo que estaba generando tensión entre nuestras familias y los Genovese: la imposibilidad de que yo honre un compromiso de matrimonio futuro con Mariangela.

Escuchamos en silencio mientras Stefano nos explicaba que, debido a la cancelación del compromiso, o mejor dicho, al cambio de novia, tuvo que ofrecer una ruta de contrabando de armas al viejo Genovese, la cual, en unos años, nos sería devuelta de cualquier

manera, ya que el padre de Mariangela solo tiene a su hija como heredera directa, aparte de algunos sobrinos lejanos que conocemos.

—La boda debe ser pronto. Poco después de la de Cesare, para acallar los rumores de que Mariangela Genovese fue reemplazada por una estadounidense, lo que avergonzaría a su familia.

La sala de reuniones queda en silencio por un instante mientras todos procesamos lo que Stefano acaba de decir.

Lo que era duda, se convierte en certeza. Luciano tendrá que sacrificarse por el bien común.

Veo a mi hermano, el futuro novio, pasar las manos por su rostro, y sé que está furioso por tener que someterse a esto. Stefano también lo percibe, pero, teniendo él mismo un compromiso con una novia arreglada para un matrimonio futuro, sabe que la irritación de Luciano es inútil.

—No es una elección —dice nuestro Don.

Luciano se sirve un trago de whisky, lo bebe de un sorbo y luego se levanta.

—¿Cuándo quieres que ocurra?

—A más tardar un mes después de Cesare y Aubrey —responde nuestro hermano mayor.

Luciano está furioso, y sé la razón. Ha estado saliendo con una misma mujer durante varios meses, creo que ha sido la novia con la que más tiempo ha estado.

Pero sabe que, en nuestra posición, las decisiones personales rara vez tienen prioridad. El matrimonio es una herramienta, un arma para cerrar acuerdos que nos harán ganar en un juego mayor.

En este caso, un movimiento estratégico para evitar una guerra que nadie desea.



Horas después, dudo por un momento antes de entrar en la habitación de mi madre.

De todos los hijos, soy el más cercano a ella, sin embargo, últimamente nos hemos hablado poco, y sé la razón. No está satisfecha con el cambio de novia que hice.

No importa que Mariangela vaya a formar parte de la familia de todas maneras. El problema no es ella. Mi madre no tiene predilección por ninguna futura nuera en particular.

Lo que quería para mí era una prometida siciliana.

A pesar de su apariencia frágil, tiene nervios y corazón de acero.

Una presencia capaz de hacer temblar a hombres poderosos.

Abro la puerta después de tocar una vez porque su enfermera me dijo que me esperaba.

—*Mamma*.

Está sentada en su silla favorita, cerca de la ventana que da al jardín, de espaldas a mí.

Aunque sus huesos parecen que podrían romperse con el menor contacto, exuda una dignidad capaz de intimidar a un rey.

—Cesare, te estaba esperando. Por fin vienes a verme.

No suelo justificarme ante nadie, pero ella no es cualquier persona.

—He estado ocupado.

—Con tu nueva prometida...

—Sí. Y con asuntos familiares. Hoy Stefano oficializó la orden de que Luciano se case con Mariangela.

—Sí, me dijo que lo haría.

Suspiro, cansado de este juego hostil. Después de darle un beso en la cabeza, me acomodo en un sillón cercano.

—Madre, a partir de la próxima semana, Aubrey será parte de nuestra familia.

—¿Qué estabas pensando, Cesare, al pedirle matrimonio a una estadounidense? ¿Está embarazada, verdad?

—La razón por la que decidí casarme con ella, al principio, fue esa. O al menos, esa fue la excusa que me di a mí mismo. Pero antes de saber el resultado del examen, estaba seguro de que era mía.

—Podrías haberla tomado como amante. Eso harán tus hermanos cuando se casen.

Respiro profundo para no perder la paciencia con ella.

—No vine aquí a pelear. Ni siquiera para pedirte permiso para casarme con la mujer que amo y que pronto dará a luz a nuestro hijo. Vine a ver a mi madre después de semanas afuera.

Sé que tiene más que razones para estar resentida, pero no traje a Aubrey a nuestra familia para que fuera rechazada.

—Ella nunca podrá lidiar con nuestro estilo de vida, Cesare. El matrimonio terminará en divorcio, entonces ¿por qué no ahorrarse tiempo y problemas?

Estoy a punto de explotar con ella porque no importa cuánto trate de controlarme y amarla incondicionalmente, mi madre sabe exactamente dónde presionarme.

—No hay divorcios en nuestra familia. Más que nadie, lo sabes. La amo, madre, y no permitiré que falten el respeto a la madre de mi hijo. ¿Quedó claro?

—¡Es una joven que no entiende nada de nuestro mundo, de nuestra cultura! —Levanta ambas manos hacia el cielo—. No tiene idea de quiénes somos.

Sabía que sería así. Mi madre siempre tuvo expectativas altas para mí, y una esposa estadounidense, fuera del círculo tradicional, ciertamente no formaba parte de ellas.

—No sabes nada sobre Aubrey. Y si continúas actuando con hostilidad hacia la futura madre de mi hijo, te impediré de ver a tu nieto o nieta.

Sus ojos se abren como platos, como si no creyera lo que acaba de escuchar.

—¿Tendrías el valor?

—Ponme a prueba.

Se recuesta en la silla, cruzando las manos sobre el regazo.

—Quiero conocerla antes de la boda.

—Vendrá a la cena semanal, dos días antes del matrimonio. No te atrevas a hacer que mi prometida se sienta menos que bienvenida.



Aubrey



Capítulo 36

Sentada en el asiento trasero del coche frente a la mansión de la matriarca Lattanzi Trovato, no puedo ocultar mi nerviosismo.

Faltan solo dos días para la boda y, además de que su madre no se ha puesto en contacto conmigo, cuando le pregunté a Cesare si ella había mostrado interés en conocerme, simplemente respondió que su madre a veces "necesitaba tiempo para asimilar nuevas situaciones".

Aunque lo amo aún más por no intentar engañarme ni endulzar la verdad, una parte diminuta de mí desearía que me hubiera contado una pequeña mentira inocente, algo que me hubiera calmado los nervios, porque además de enfrentarme a sus cinco hermanos de golpe, ahora tengo la certeza de que su madre no está satisfecha con nuestro matrimonio.

Siento su mirada sobre mí y también anticipando su gesto, estira la mano y la toma.

—Todo saldrá bien.

—Nada parece estar bien. No soy ingenua. Tu madre no me aprecia, aunque aún no me conozca.

Él lleva mi mano a sus labios.

—Mi madre no es una mujer común, Aubrey. No podría serlo para vivir entre nosotros. A veces puede ser cruel; después de todo, nos dio el cincuenta por ciento de lo que somos, pero también es justa. No voy a mentirte. No hay posibilidad de que te ame de

inmediato, pero, por otro lado, nadie puede conocerte a fondo y no adorarte, *cuore mio*. Vamos a entrar.

—¿Algún consejo sobre cómo debo comportarme? —pregunto, fingiendo ligereza, aunque estoy hablando muy en serio.

—No bajes la cabeza ante ninguno de ellos. Ni siquiera ante Stefano. La base de nuestra familia es el amor y el respeto mutuo. No te comportes como una extranjera. Exige que reconozcan el lugar que ocuparás dentro de dos días. Serás mi esposa. La mujer de un capo de la Cosa Nostra, no solo eres Aubrey, la niña asustada que tuvo que escapar de dos enfermos que compartían tu misma sangre.

No me pasa desapercibido que me dice "compartían", en pasado, y en el mundo de Cesare, sé perfectamente lo que eso significa.

—¿Debo comportarme como tu reina?

—Sí, exactamente. Una reina a la que todos deben respeto porque es la mujer con quien elegí pasar el resto de mis días en este planeta.

Sus palabras no son dulces. Suenan duras, como una advertencia: cada una es verdad y quedará grabada para que todos la vean.

Aun así, me tranquilizan, porque acabo de entender que quien tiene que amarme incondicionalmente y aceptarme, ya lo hace.

Unos minutos después, estamos de pie frente a la imponente puerta doble de madera maciza y, antes de entrar, Cesare me atrae a sus brazos y me besa.

Mi monstruo y príncipe. Cruel con todos, pero devoto conmigo.

—Estoy lista, *amore mio* —Me aventuro a decir una expresión italiana que aprendí, y él me dedica una amplia sonrisa.

—Mi lengua se siente perfecta en esa boca sexy. Más tarde podrás decirme que me quieres dentro de tu vaginita, en italiano.

—Eres un descarado, mi prometido y…

De repente, la puerta se abre, tomándonos por sorpresa, y aparece una versión más joven de Cesare. Sé por las fotos que me mostró que se trata del menor de los seis hermanos, Salvatore Lattanzi Trovato.

—Bienvenida, Aubrey.

Su rostro es serio como el de Cesare, pero su tono es cálido, lo que me calma un poco.

—Buenas noches, Salvatore.

Él alza una ceja hacia su hermano.

—Tiene buena memoria —dice, y no entiendo por qué comenta eso.

Solo cuando finalmente estoy en la enorme sala de estar, con techos altos y una decoración lujosa, pero muy "antigua" para mi gusto, comprendo la razón del comentario de Salvatore.

En la foto que Cesare me mostró de sus hermanos, aún eran muy jóvenes, y Luigi, el segundo más joven, tenía el cabello a la altura de los hombros.

Cesare me explicó que, por seguridad, evitan ser fotografiados.

Ahora, que ya están cerca de los treinta, los cortes de cabello son iguales, y entonces entiendo lo que quiso decir con "tiene buena memoria".

—Ustedes son gemelos.

—Yo soy el más guapo de los gemelos. —Se acerca Luigi.

Creo que es su manera de bromear, aunque su voz suena como el rugido de un león.

Paso la vista por los seis hombres Lattanzi Trovato. Seis mafiosos que, estoy segura, son implacables, pero hoy están en modo "familia".

Repaso mentalmente lo que Cesare me explicó.

Sé que Stefano es el Don, y aunque mi prometido no me dijo qué significa exactamente, lo investigué.

Es el líder absoluto de la familia, quien toma las decisiones finales sobre negocios, alianzas y conflictos.

Massimo, es su consigliere o consejero.

Luciano, es un subjefe, sea lo que sea que eso signifique, porque solo busqué la definición del cargo de Stefano.

Luego están Salvatore, Luigi y Cesare, quienes son "capos" o capitanes, que no solo cumplen funciones de confianza, sino también de estrategia.

Cesare hace las presentaciones, pero yo no logro decir más que un "buonasera" (que significa "buenas noches" en italiano, como una manera de saludar al llegar a algún lado).

Los ojos del Don se entrecierran, pero no dice nada. Me observa por más de un minuto, hasta que tengo que cambiar la pierna de apoyo por los nervios.

—Bienvenida, Aubrey —me dice finalmente, y a pesar del saludo seco, siento que es más de lo que ofrece a la mayoría de la gente.

—Gracias.

Los demás hermanos me saludan uno a uno, con la misma cortesía.

Pasan treinta minutos antes de que aparezca la matriarca. No sé mucho sobre las normas sociales de los ricos, pero sé de educación en general, y cuando alguien llega a tu casa, es una falta de respeto no estar lista para recibirlo.

Ortensia Lattanzi Trovato quiso dejar claro su desprecio hacia mí y, aparentemente, no fui la única que lo notó, porque al ver a la madre llegar, la expresión de los seis hermanos Lattanzi Trovato es gélida.

No me siento muy diferente. Ni siquiera el hecho de que entre en silla de ruedas suaviza mi corazón. Principalmente cuando nuestros ojos se encuentran y noto el brillo implacable y desafiante en los suyos.

La presentación, esta vez, es fría.

Un rato después, cuando todos nos sentamos a la mesa, observo a cada uno de los miembros, incluida Ortensia.

Es evidente que son unidos. Se comunican con la mirada, aunque claramente están molestos con el comportamiento de la madre.

—¿Te está gustando nuestro país, Aubrey? —pregunta, dirigiéndose a mí por primera vez desde el saludo inicial, y casi me atraganto con el agua que me había llevado a la boca.

—Sí, de lo que he visto hasta ahora, Italia parece hermosa.

—Siempre imaginé que Cesare se casaría con alguien que entendiera nuestras tradiciones. Una joven de nuestra tierra, que

compartiera nuestros mismos valores.

Mis oídos zumban, y por un segundo creo no haber escuchado bien.

Hasta que miro la expresión mortal en los rostros de todos los hijos, pero principalmente en el del padre de mi hijo, y entiendo que realmente dijo eso.

No tengo tiempo de responder porque la voz de Cesare se hace oír como un rugido.

—Basta, madre. Ella es mi futura esposa y no toleraré este desprecio. Ahora forma parte de esta familia, te guste o no.

El silencio que sigue es casi ensordecedor. La matriarca gira la cabeza lentamente hacia él y, por un momento, pienso que lo va a confrontar, pero en lugar de eso respira profundo y se gira hacia mí.

—Disculpa si mis palabras parecieron duras. Solo quiero lo mejor para mi hijo. Estoy segura de que me comprendes.

Fuerzo una sonrisa.

—Claro, señora. Y si le sirve de consuelo, yo tampoco planeé casarme a los diecinueve años, pero Cesare y yo nos enamoramos y no voy a decir que no a la propuesta de matrimonio hecha por el amor de mi vida, aunque nuestra unión no encaje en los planes que hizo para él. Cesare me dijo que sería su reina, y así me siento. Amada. Adorada. —Hago una pausa—. Y, sobre todo, respetada, como toda reina debe ser.

Puedo jurar que al girar la cabeza, los ojos de sus hijos me observan atentamente, pero no cedo a la tentación. La miro de igual a igual, porque si piensa que la hostilidad me hará retroceder, aprenderá a conocerme mejor. Crecí con dos hermanos cuya especialidad era hacerme llorar, y ahora mi coraza es fuerte.



Cesare



Capítulo 37

Más tarde esa noche

Aubrey está dormida después de que la llevé a casa y la hice el amor durante horas. No sabía qué pasaría cuando la llevara a cenar con mi familia, pero no tenía dudas de que, para formar parte de nuestro clan, mi esposa no podía mostrar debilidad. Y no me decepcionó.

El orgullo que sentí fue tan visceral que apenas abrimos la puerta, la tomé de pie contra la pared.

Sí, mi futura esposa no es un cristal. Es joven, pero está lista para ser la mujer de un capo de la Cosa Nostra.

Mi teléfono móvil suena y veo que es Michele. Justamente quería hablar con él. No sé cómo logró que Giuliu, su hermano y primo mío, aceptara encargarse de construir la casa donde viviré con Aubrey después de la boda. Lo cierto es que, tras una conversación con Michele sobre esto, en la que mencioné mi intención de construir una fortaleza para mi futura familia, me dijo que Giuliu podía encargarse del proyecto.

—¿Te estás adaptando bien a la vida de casi-casado? —bromea, y sé que es porque le conté que para mí un matrimonio no representaba más que un negocio.

—Mejor de lo que creía posible —minimizo, aunque en realidad me pregunto cómo pude vivir toda mi vida sin ella.

En muy poco tiempo, Aubrey se instaló en mí como dueña absoluta de mi corazón.

—Giuliu dijo que podrá terminar la obra antes de que nazca tu hijo o hija.

—Gracias por intervenir, aunque hasta ahora no entiendo cómo un hombre que nunca quiso dirigirnos la palabra tomó la iniciativa en este proyecto.

Él suspira.

—Te respeta, Cesare, y ninguno de mis hermanos odia a tu familia. El hecho de que no queramos relaciones directas con la Cosa Nostra no borra nuestro lazo sanguíneo.

Comprendo. En su lugar, ¿yo querría lo mismo? No puedo responder. Nací en la mafia. Mi familia forma parte de quien soy.

—¿Aubrey ya vio el proyecto? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Aún no. Quiero que sea una sorpresa.

Él ríe.

—Para quien no creía en el amor, te estás manejando muy bien, primo —dice, y guarda silencio un momento antes de continuar —. *Estaba pensando si en el futuro podríamos reunirnos. Solo nosotros cuatro y nuestros hijos. Estoy seguro de que a Romy le encantaría conocer a Aubrey.*

—¿Entiendes lo que estás sugiriendo?

—Sí. No pretendo confraternizar con los otros Lattanzi Trovato, pero tú eres como un hermano para mí.

—¿Dónde pensaste que podríamos encontrarnos?

—En mi territorio. Tengo una isla, como debes saber. Nadie nos molestaría allí. Sin negocios, sin protocolos. Solo nosotros, disfrutando la vida.

—En mi mundo, eso no existe. Sigo protocolos; primo, la seguridad para mí es fundamental, aún más ahora que seré padre. Pero acepto la invitación.

—Buena suerte con la boda. Si necesitas algo, sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

Sé que no asistirá. Michele no pertenece a mi mundo, por mucho que disfrutemos de nuestra compañía.

Lo comprendo y acepto su postura. No siempre estaremos cerca, pero es familia y lo protegeré.



Aubrey
Al día siguiente

Estoy frente al espejo, vestida de blanco. Observo el brillo de las piedras incrustadas en el corsé.

Es hermoso. El vestido de ensueño de cualquier novia. Pero no puedo evitar sentir un vacío.

A mi alrededor, solo hay asistentes de la diseñadora y la tía de Cesare afuera, la misma que me dijo que quería venir cuando me probara el vestido.

Sin embargo, aquí no hay nadie que me conozca de verdad. La diseñadora y sus ayudantes son amables, pero cumplen con su deber.

No hay una mano amiga sosteniendo la mía para compartir este momento importante.

Los preparativos para una boda deberían ser de felicidad. Estoy feliz, pero al mismo tiempo me pregunto si esto es un anticipo de mi papel en la familia Lattanzi Trovato.

Intento alejar los pensamientos oscuros. Miro el vestido una vez más, concentrándome en su belleza.

La diseñadora afuera me pregunta si estoy lista para salir a hacer los ajustes, y le respondo que iré en unos minutos. Poco después, alguien toca la puerta del probador y, al abrirla, me quedo boquiabierta al encontrarme con Ortensia.

¿Qué hace aquí?

Ayer dejó claro que no me consideraba apta para ser esposa de su hijo.

—Asumí que te encontraría aquí —dice, en voz baja.

Mi corazón se dispara. No quiero un enfrentamiento ahora, cuando me siento vulnerable.

—Señora Lattanzi Trovato —murmuro, intentando mantener la voz neutra.

Me observa un momento antes de suspirar.

—La vida de la esposa de un hombre como Cesare no es fácil. No está llena de fiestas y glamour. Es peligrosa y solitaria.

No respondo. ¿Qué puedo decir? Tiene razón. Ya siento el peso de esto, y la boda ni siquiera ha ocurrido.

—No es nada personal contigo, niña. Pero necesito que entiendas dónde te estás metiendo. Fue un atentado contra mi esposo lo que me hizo perder el uso de mis piernas. Viviré en esta silla de ruedas para siempre.

La miro, tratando de procesar lo que acaba de decir. Cesare no me contó, pero pronto entiendo que es un tema del que no les gusta hablar.

—Lo siento. De verdad, lo lamento.

Ella asiente con la cabeza.

—Perdí a mi esposo ese día. Tuve que criar a seis herederos de la mafia prácticamente sola. Mantenerme firme, a pesar del dolor, junto a mi primogénito, y apoyarlo como nuevo jefe de la familia.

—Entiendo sus dudas sobre mí, pero el hecho de que la ex prometida de Cesare, Mariangela, fuera siciliana, no garantiza que sería una esposa mejor que yo. No me conoce, señora Lattanzi Trovato. No tiene idea de lo que pasé de pequeña.

—Entonces cuéntame.

—Fui criada en una casa donde el miedo era constante. Mi padre era cruel y mis hermanos siguieron sus pasos. Nunca me vieron como persona, solo como algo que podían controlar. Mi madre intentó protegerme, pero al final también fue víctima. Cuando ella murió, entendí que si me quedaba en casa, me destruirían. Así que huí.

—No imaginaba que habías pasado por tanto.

—¿Por mi apariencia?

Sus mejillas se sonrojan ligeramente.

—Sí.

—No soy una princesa que creció en una burbuja, señora Lattanzi Trovato.

—Llámame Ortensia.

—Cuando huí de casa, el día del funeral de mis padres, comencé a vender adornos de Navidad en la calle para sobrevivir. Cada día era una lucha. Y entonces conocí a su hijo y ahora estoy aquí, intentando adaptarme a un mundo que no es el mío, con personas que parecen no quererme en su núcleo.

Al terminar, me doy cuenta de que estoy temblando. No sé qué esperaba de ella, pero no era ver lágrimas brillando en sus ojos.

—Te juzgué, Aubrey, y por eso, te pido perdón. Lo siento mucho, hija mía. Por todo. Por cómo te traté, por hacerte sentir no deseada. Sé que no es excusa, pero lo hice para proteger a mi hijo.

—La entiendo.

—Estás hermosa en ese vestido de novia, Aubrey. ¿Podemos borrar lo que pasó y empezar de nuevo?

—Me encantaría.

Ella toma mi mano un momento y la aprieta.

—Gracias por darme una segunda oportunidad. Ahora, vamos afuera. Debes lucir perfecta para tu gran día mañana.



Aubrey



Capítulo 38

El día de la boda de Cesare y Aubrey

Estoy parada en la entrada de la iglesia, con mis dedos aferrados al ramo, intentando controlar mi respiración porque siento miedo de desmayarme.

El lugar está lleno, y si no salgo corriendo como una niña asustada, es porque a mi lado, con el brazo entrelazado al mío, está el Don de la familia Lattanzi Trovato, Stefano.

Todo parece demasiado grandioso, pero debo aceptar que esta es mi vida ahora.

No sabría decir cuántas personas vinieron, pero sé que son muchas porque Cesare me advirtió que sería así. Mostrarme públicamente significa que está dejando en claro ante todos que le pertenezco y que debo ser respetada.

—¿Estás lista? —pregunta mi futuro cuñado.

Asiento, sin poder hablar, y él comienza a caminar conmigo.

Mientras atravieso la alfombra roja, escucho a los invitados susurrando, todos enfocados en mí.

Pero mis ojos están fijos en Cesare.

El hombre que está a punto de convertirse en mi esposo. Mi amor y mi refugio seguro.

El velo sobre mi rostro crea una barrera entre el mundo y yo, y me siento agradecida de haberlo elegido a él.

Al acercarme al altar, veo a Cesare dar un paso adelante, un movimiento casi imperceptible, pero que me hace sonreír por dentro. Es como si él se contuviera para no venir a buscarme en medio del pasillo. Está ansioso también. Ese pensamiento calienta mi corazón.

Cuando finalmente llego al altar, Stefano me suelta y me da un beso en la frente por encima del velo.

—Ahora eres nuestra —dice.

—Deja a mi mujer en paz, hermano —dice Cesare para que solo los tres podamos oírlo, y suena celoso. Por primera vez noto un atisbo de sonrisa en la boca del Don.

Los dos se saludan y, de inmediato, Cesare levanta mi velo y me da un beso suave en los labios.

—Estás hermosa —murmura.

—Estoy nerviosa.

—No lo estés. Eres mía y nadie se atreverá a mirarte con otra cosa que no sea respeto.

La ceremonia, al menos para mí, pasa rápidamente, aunque tal vez sea solo mi ansiedad percibiéndola así.

Cesare insistió en que hubiera un sacerdote bilingüe que tradujera simultáneamente para que yo entendiera todo lo que se decía.

El celebrante habla sobre unión, amor y fidelidad, y llega el momento de intercambiar los votos. Los míos son sencillos porque mi italiano es básico, pero cuando Cesare dice los suyos, me quedo sin aliento, porque después de recitarlos en su idioma natal, me los traduce:

—*Prometto di proteggerti, amarti e rispettarti, Aubrey. Sarai sempre la mia prima priorità, mia moglie e la mia compagna.* Prometo protegerte, amarte y respetarte, Aubrey. Siempre serás mi prioridad, mi esposa y mi compañera. —Siento mis lágrimas brotar cuando continúa—. Te acepto como esposa, madre de mis hijos y la única mujer que amaré. Ahora eres Aubrey Lattanzi Trovato. Mía en todos los sentidos que una mujer puede pertenecer a un hombre.



Cesare

El sacerdote nos declara marido y mujer y me inclino para besarla. Su sabor es dulce, familiar, delicioso. Ahora es mía para siempre.

Cuando nos giramos para salir, veo a mi madre sonriendo.

Aubrey me contó sobre la conversación entre ellas y, aunque durante la cena en su casa me molesté, sabía que terminaría cediendo. Mi madre es dura, pero justa.

—¿Cómo te sientes en tu primera hora como casada? —pregunto en la puerta de la iglesia, mirándola.

—Feliz. Ahora soy la dueña del corazón de mi mafioso.

—Mi corazón solo te pertenecerá a ti hasta el final de mi vida, *amore mio.*



Horas después, estamos bailando nuestro primer baile como marido y mujer en el centro del salón de fiestas, rodeados por invitados y familiares que aplauden.

Aubrey brilla, su belleza es más deslumbrante que nunca.

Sus ojos se encuentran con los míos y veo malicia en esas joyas de hielo.

—¿Lista para que huyamos?

Ella asiente.

—Pero todos nos están mirando. ¿No sería descortés irnos ahora?

—Podemos hacer lo que queramos. Lo entenderán.



Cerca de una hora después

La puerta de la suite del castillo que pertenece a Stefano, donde realizamos la boda, se cierra detrás de nosotros, amortiguando los ecos de la celebración que, estoy seguro, no terminará pronto.

Aubrey me pide que la deje en el suelo y se dirige al centro de la habitación.

Se quita el velo del cabello, sonriendo, y lo deja caer al piso. Luego, retira los alfileres que sujetaban su arreglo.

Sus movimientos son lentos; estoy seguro de que con la intención de volverme loco, y lo está logrando.

—Quítate todo —exijo, mi voz suena más áspera de lo que pretendía.

Sus ojos se encuentran con los míos y doy un paso hacia ella, hasta quedar a pocos centímetros. Mi mano toca su rostro.

La tomo de la cintura, atrayéndola más cerca. Su vestido crea una barrera que me irrita, pero al mismo tiempo aumenta mi excitación.

La beso, y mi intención era ir despacio, pero Aubrey ya sabe cómo soy. Y, sobre todo, comprende el efecto que ella tiene sobre mí.

En poco tiempo estamos desnudos, con sus muslos sobre mis hombros y mi verga dentro de ella ocupando cada espacio; y mientras le hago el amor, la beso con la pasión que solo un hombre rendido puede demostrar.

Cuando alcanzamos el orgasmo, no puedo controlar cómo me siento. Soy un explorador, neandertal y territorial, que tiene a su compañera, a su elegida, entre sus brazos.

No estoy satisfecho todavía y la estimulo, chupándola, lamiéndola, acariciándola, hasta que me implora de nuevo. Durante toda la noche, la poseo y le demuestro que es mía.



Aubrey



Capítulo 39

Aproximadamente un mes después

Acabamos de salir del consultorio médico donde Ortensia había acudido para su consulta.

Ella sufre de presión alta, pero, al igual que sus hijos, es testaruda y no es muy fanática de los medicamentos.

En una de nuestras conversaciones, me contó que el cardiólogo llevaba tiempo insistiendo en que fuera a consulta, y con un poco de tacto, logré convencerla de que aceptara.

Antes de salir a la acera, donde nos esperan los guardaespaldas y el chofer, la ayudo a cerrar su abrigo porque el frío afuera corta la piel.

Nuestra relación se ha vuelto cada vez más natural y ayer ella me dijo que nunca se perdonará por haber sido tan hostil conmigo en nuestra primera cena juntas.

Yo ya lo he olvidado. No guardo rencor, de lo contrario nunca habría podido convivir con mi padre y mis hermanos.

Ortensia es de esas personas en las que sabes que puedes confiar en cada palabra, y al entregarme su afecto ahora, estoy segura de que es sincera.

—Hoy estás callada —dice, mirándome mientras le ajusto la bufanda alrededor de su cuello.

—Solo estoy pensando en nosotras dos, en el momento en que nos conocimos.

—Fuiste muy generosa al perdonarme.

—No vine a causar discordia, Ortensia. Quiero que todo funcione entre nosotras. Sé cuánto amas a tu hijo y sé que él te corresponde igual.

—Gracias, querida —dice, sosteniendo mi mano.

—Pareces preocupada.

—Y lo estoy —confirma.

—¿Por qué?

—Por la boda de Luciano con Mariangela Genovese. Es una pena que haya sido pospuesta.

—La pérdida de su madre debió ser un golpe muy duro. Yo tampoco podría celebrar si la muerte de mi madre ocurriera tan cerca en el tiempo.

Ella asiente, suavizando la mirada por un momento.

—Lo sé. Tal vez solo estoy viendo problemas donde no los hay. Soy muy desconfiada.

—Sí, lo noté. —Le guiño un ojo y ella se ríe.

La boda de mi cuñado con la mujer que había sido prometida a Cesare debía realizarse por estas fechas, pero ahora tendrán que reprogramarla porque, prácticamente en vísperas de la misma, la matriarca Genovese falleció de un ataque cardíaco fulminante.

Mientras empujo la silla de ruedas hacia la salida, ella me mira por encima del hombro, con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Y tu luna de miel? ¿Fue todo lo que esperabas?

Regresé hace unos días del viaje.

Siento que se me enrojecen las mejillas, pero le devuelvo la sonrisa.

—Fue inolvidable.

—No podía ser de otra manera. Mi hijo es hermoso y está loco por ti. Estoy segura de que cumplió todos tus deseos. Casada con un rey y ser tratada como su elegida… ¿Puede existir perfección mayor que esa?

Nos reímos juntas, y agradezco a Dios que todo esté funcionando entre nosotras.

Me encanta pertenecer a una gran familia.

El aire frío de la tarde me hace ajustar más mi abrigo. El coche nos espera en la acera y los guardaespaldas están atentos, como siempre.

Empujo la silla hacia el vehículo, pero antes de llegar, noto por la postura de los hombres que algo no está bien, sobre todo cuando comienzan a mirar a su alrededor. Se ponen en alerta, escaneando la calle con la vista.

Luego escucho el chirrido de neumáticos sobre el asfalto y siento un nudo en el estómago.

—¿Todo bien? —pregunto a uno de ellos.

El hombre no responde. En cambio, levanta la mano en señal de alerta para los demás, y cuando escucho otro motor acelerando, me dan ganas de vomitar.

Todo parece suceder en cámara lenta.

Un coche negro aparece en la esquina, demasiado rápido, y antes de que pueda entender lo que ocurre, se oyen disparos y el mundo a mi alrededor parece estallar en caos.

—¡Agáchese! —grita uno de los guardaespaldas, tirándome con fuerza, pero no lo obedezco; me lanzo sobre Ortensia primero, llevándola conmigo al suelo y cubriéndola con mi cuerpo.

Mi suegra grita algo en italiano, pero no la entiendo. El sonido de los disparos parece no cesar nunca y solo cuando siento un ardor en el hombro entiendo lo que Ortensia decía: he sido alcanzada por un disparo.

La sangre mancha la manga de mi abrigo y comienzo a marearme.

—Estoy herida.

Miro a Ortensia y el pavor en su rostro refleja exactamente lo que siento.

Ella da órdenes a los hombres, pero a estas alturas ya no presto atención a nada más. Rezo a Dios para no morir, para tener la oportunidad de criar a mi hijo y vivir una vida larga junto a su padre.

Los disparos finalmente cesan y puedo ver dos cuerpos caídos en la acera. Sé que son hombres de Cesare.

—Llamen a una ambulancia. Mi nuera está herida —grita mi suegra, y esa es la última cosa que escucho antes de perder el conocimiento.



Cesare



Capítulo 40

Mi teléfono móvil suena, y cuando los teléfonos de todos mis hermanos empiezan a sonar simultáneamente, sé que algo anda mal.

Antes de poder contestar ya estoy de pie.

Aubrey salió a llevar a mi madre a una consulta médica y mi corazón se contrae en el pecho, porque llevo demasiado tiempo en esto como para creer en coincidencias.

—*Hubo un atentado contra su madre y su esposa* —dice Zito en cuanto atiendo—. *Su madre está bien, pero la señora Aubrey tuvo que ser llevada al hospital. Fue alcanzada por una bala.*

Por un instante, el mundo deja de girar. Sus palabras atraviesan mi cerebro, que se niega a procesarlas.

Pero pronto, el choque da paso a algo primitivo y furioso que sube por mi garganta como un rugido.

—¿Aubrey está viva? —exijo saber.

—*Sí. Fue rozada en el hombro por la bala.*

—No te separes de ella. Dame la dirección del hospital. No dejes que nadie se acerque a mi esposa ni a mi madre que no sea parte del equipo médico, y aun así, permanece a su lado todo el tiempo.

—*Moriría por ellas si fuera necesario, jefe.*

Corto la llamada y pateo una silla, que se hace trizas. Revuelvo la mesa de reuniones de nuestra oficina central, porque la furia

dentro mío es incontrolable.

—Ustedes dos irán con él al hospital. —Escucho a Stefano decir a Salvatore y Luigi—. No lo pierdan de vista.

A esta altura, ellos también deben saberlo todo. Las llamadas eran avisos de sus hombres, no tengo dudas.

—Arrancaré los ojos de quien hizo esto —le digo al Don.

—Descubriremos de dónde vino y las vengaremos —asegura Massimo.

—Lo haré personalmente. Quien se atreva a volverse contra mi esposa embarazada y mi madre servirá de ejemplo para cualquier hijo de puta que piense en hacer algo así en el futuro.



El camino hasta el hospital transcurre como un relámpago. Cada segundo que tardo en llegar a Aubrey parece una eternidad. Mi mente está dividida entre el horror por la mera posibilidad de casi perderlas a ambas y la furia creciente hacia quien se atrevió a empuñar un arma contra ellas.

Cuando finalmente llego, uno de mis hombres me encuentra en la entrada y me conduce por el pasillo hasta su habitación.

Nadie nos detiene ni hace preguntas. En Sicilia, todos saben quiénes somos y qué representamos.

Mi madre está sentada en su silla de ruedas en el pasillo, frente a lo que creo es la entrada del cuarto de Aubrey. Su rostro está pálido y, por primera vez que recuerdo, parece asustada.

Tiene un rasguño en la frente, y verlo me enloquece.

Salvatore golpea la pared del hospital al ver que ella resultó herida, aunque fuera ligeramente, mientras Luigi se pasa las manos por el cabello, tirándolo, seguro para intentar calmarse.

En cuanto nos ve, su postura cambia.

Ya no es una anciana que casi muere. Es la matriarca Lattanzi Trovato.

Me arrodillo frente a su silla.

—Perdóname por no haberlas protegido como debía.

—No fue tu culpa. —Pasa la mano por mi rostro—. Aubrey está bien. Tu mujer es una guerrera, Cesare. La están examinando, pero ya me informaron que ella y el bebé están bien.

Siento cómo el aire vuelve a mis pulmones, pero la rabia sigue ardiendo bajo la superficie.

—Esto nunca debió haber pasado.

—Elegiste correctamente a tu compañera de vida, hijo. Aubrey es muy valiente. Cuando empezaron los disparos, se lanzó sobre mí. Intentó protegerme.

Mi pecho se aprieta; la imagen de ella poniéndose en peligro para defender a mi madre me hace amarla y querer darle nalgadas al mismo tiempo.

—Salvó mi vida. Me equivoqué respecto a nuestra niña.

—Necesito verla. —Me levanto de nuevo.

—¿Cesare? —llama ella cuando ya tengo la mano en la manija de la puerta.

—Sí.

—Podría haber muerto, pero soy muy vieja. No haría falta en este mundo. Pero quien hizo esto intentó impedir que mi nieto, tu heredero, naciera. Intentó matar a tu esposa. Haz que pague por ello.

—No tengas dudas de eso, madre.

Entro al cuarto y al verla sentada en la cama, con la piel aún más traslúcida pero luciendo bien, mi corazón vuelve a latir.

Sí, vuelve a latir, porque no tengo dudas de que, si ella hubiera muerto, mi vida se habría fragmentado. Es insoportable imaginar una existencia sin ella.

—Perdóname.

—No digas nada. Yo sabía en lo que me estaba metiendo. Solo abrázame.

Me siento en la cama y la tomo en mis brazos.

—Te amo y juro que esto nunca volverá a suceder. Vamos a casa. Quiero que te quedes con mi madre los próximos días.

—¿Por qué?

—Porque ellos han comenzado una guerra y no voy a parar hasta que estén todos muertos.

Horas después, con ambas en la casa de mi madre, tengo a mi mujer en mis brazos.

Sé que en este instante, mis hermanos ya están planificando nuestra venganza.

Ya sabemos quiénes fueron responsables de la acción cobarde y los mataremos uno por uno.

—¿Te quedarás?

—Solo hasta que te duermas.

—Prométeme que volverás por mí.

—Volveré, Aubrey. Nadie me separará de ti y de nuestro hijo.

Hace una semana descubrimos que el bebé es un niño, a quien llamaremos Pasquale.

Aubrey se queda dormida en mis brazos y, cuando estoy seguro de que ha caído en un sueño profundo, la coloco en la cama y la cubro. Le beso la boca.

En el pasillo, doy órdenes a Zito de disparar a matar a cualquiera que intente entrar, aunque en este instante la posibilidad sea remota.

La policía, que está en nuestra nómina, está de guardia junto a mis hombres afuera.



—¿Cuándo empezará? —pregunto a Stefano una hora después.

—Al amanecer, cada miembro de la familia Genovese estará muerto.

—No, quiero al patriarca y a su maldito sobrino.

Sabemos, gracias al testimonio de uno de los sobrevivientes del atentado (a quien torturamos durante toda la noche), que un sobrino lejano, Zeno Genovese, trabajando en las sombras, se convirtió en la mano derecha de Oreste Genovese. Fue él quien manipuló al viejo, haciéndole creer que mi decisión de casarme con

Aubrey en lugar de Mariangela deshonró a su familia y que, por eso, no debía aceptar a Luciano como prometido sustituto.

En realidad, el hijo de puta manipuló al tío. Quería el poder y sabía que, al abrir una guerra contra nosotros, Oreste terminaría nombrándolo su sucesor.

No tenía idea de lo que estaba comenzando. Y por eso morirá.

Veo a Massimo dar órdenes por teléfono móvil y luego girarse hacia mí.

—A las ocho, todos los demás miembros estarán muertos, excepto los dos que tú quieres. Mariangela será obligada a casarse con Luciano y tomaremos el control de la familia Genovese.



Cesare



Capítulo 41

Stefano invitó a Oreste Genovese a desayunar en un restaurante. No podía rechazar la invitación de otro Don, o sería como entregar su propia declaración de culpabilidad.

Ahora mismo, mientras el patriarca está sentado frente a mí, todos sus hombres, sin importar qué función ocuparan dentro de la familia Genovese, han sido eliminados del suelo siciliano.

Zeno Genovese, el sobrino, está preso, esperándome.

Había una razón para querer un encuentro en un lugar público. Podríamos haber secuestrado al patriarca con facilidad, pero su muerte será un mensaje para nuestros enemigos.

No perdonamos, no olvidamos, y nuestra venganza será brutalmente desproporcionada.

—Ya se acabó —dice Stefano, en pocas palabras.

Me levanto y me pongo detrás del bastardo que, acorralado entre dos hermanos en medio del restaurante, no sabe si temerme más a mí o a mi Don.

Pongo la mano sobre su hombro.

—No se mete con la esposa de un hombre. No se manda a matar a la esposa embarazada de un hombre. Voy a borrar tu nombre de la historia de la Cosa Nostra. Todos tus subordinados están muertos y pasaré todo el día torturando a tu sobrino hasta eliminarlo por completo —susurro.

Intenta levantarse, pero lo empujo de nuevo al asiento mientras Stefano observa todo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tu hija se casará con mi hermano —continúo—. Tomaremos todo lo que te pertenece y ella dará a luz herederos Lattanzi Trovato. En este momento, ella ya está bajo nuestro control.

—¡No, mi Mariangela!

Paso el cable de acero alrededor de su cuello y lo aprieto sin prisa, disfrutando de ver cómo la vida se escapa de su cuerpo.

Cuando cae muerto, le disparo entre los ojos.

—Tuviste suerte de que eligiera a uno solo para servir de ejemplo, y ese fuiste tú. Zeno, en cambio, tuvo la mala suerte de que todavía lo necesito vivo para hacerlo sufrir antes de matarlo —digo, pateando el cadáver.

Salgo del restaurante por la puerta trasera mientras mis hombres limpian la escena del crimen.

No quedará nada más que el cuerpo sin vida de Oreste Genovese cuando llegue la policía, pero todos sabrán la magnitud de mi venganza.

Maté a un Don por Aubrey. Cazaría al mismo Satanás si fuera necesario.



Pasé más tiempo con Zeno de lo que había previsto.

Cada vez que pensaba en detenerme, recordaba a Aubrey embarazada, lanzándose sobre mi madre para protegerla.

Las dos mujeres de mi vida y mi heredero podrían estar muertos ahora.

—Vamos —dice finalmente Luciano, horas después.

El cuerpo de Zeno ahora no es más que pedazos de carne y asiento con la cabeza, en señal de acuerdo.

—Hiciste un buen trabajo.

—Quisiera revivirlo y matarlo otra vez. Para siempre.



De camino a la casa de mi madre, después de darme un baño y deshacerme del olor a muerte, pienso en la reunión que acabo de tener con mis hermanos.

Sabemos que tal vez lo que comenzamos hoy sea solo el inicio de una guerra, pero estaremos listos para lo que venga.

Luciano se casará con Mariangela y, a través de un acuerdo que Stefano articulará con las otras familias, se convertirá en el Don del clan Genovese, sin importar cuánto odiemos ese apellido.

Minutos después, entro en la casa de mi madre y voy directo a su habitación. Ella parece serena entre las sábanas.

—¿Se acabó?

—Sí. Duerme tranquila, *mamma*.

Salgo del cuarto en busca de Aubrey y la encuentro en la suite donde ha estado durmiendo.

Me quito la ropa y me meto bajo las cobijas detrás de ella, atrayéndola hacia mí.

—Te amo, Cesare.

—Yo también, Aubrey, pero nunca más te pongas en riesgo.

—Moriría por ti.

—Nadie va a morir de nosotros. Estás segura ahora. Eres mía para siempre, y mataré a quien desafíe eso.



Aubrey



Epílogo 1

Sicilia

Nacimiento de Pasquale Lattanzi Trovato

La cuna de mi bebé en la habitación del hospital está iluminada por la claridad de la mañana que entra por las cortinas.

Veo su cabecita apoyada en la almohadita, pero cuando me muevo en la cama con la intención de levantarme, en un instante Cesare ya está a mi lado, como un guardián sombrío protegiendo a su familia.

—¿Todo bien? —pregunta después de besarme los labios.

Él había dormido sentado en el sillón de la habitación, que resulta pequeño para su gran cuerpo.

—Sí. Me desperté y quería tomarlo en brazos.

Pasquale nació ayer, después de horas de trabajo de parto, y parece que será tan grande como su padre.

Nunca sentí una emoción más intensa en la vida que cuando sostuve a mi bebé por primera vez. Con Cesare no fue diferente. No podía apartar la mirada del rostro de nuestro hijo, y lloré al ver a padre e hijo mirándose fijamente.

Él toma a Pasquale en brazos, quien como si tuviera un alarma interna, comienza a llorar de hambre.

Lo coloca en mis brazos y, minutos después, mientras lo amamanto, él nos observa con adoración.

—Es perfecto —dice.

—Se parece a ti.

Cesare no responde, pero su expresión deja claro cuánto orgullo siente.

La puerta de la habitación se abre y aparece Ortensia. Me mira emocionada al verme alimentando al nieto.

—Mi familia... —dice ella, y su hijo se acerca a ella y le besa la frente.

—El primero de muchos nietos, *mamma*.

Cerca de una hora después, mi suegra tiene a Pasquale en brazos. Le canta canciones de cuna y juro que parece haber rejuvenecido unos diez años por la felicidad que irradia.

—Te amo, Aubrey, no solo porque me diste a mi heredero —dice Cesare, atrayéndome hacia su regazo y besándome—, sino por la mujer que eres. Amante, esposa, madre. Mi fortaleza.

—¿Soy tu fortaleza?

—Sí. Eres mi sol, amore mio, y también lo serás para nuestros hijos.



Un mes después

Corto la llamada con Grace Anderson.

Nunca olvidé a la mujer amable que me ayudó y, casi cerca del nacimiento de Pasquale, por casualidad, vi una foto de ella en una revista con su esposo y su hijo.

La busqué en Google y descubrí que es dentista. Entonces llamé a su consultorio para agradecerle porque, de algún modo, siento que ella fue mi hada madrina, la responsable de que conociera a Cesare. Con ese consejo que me dio, cambió mi vida.

Ella también se acordaba de mí y nos hicimos amigas. Aunque sea improbable que pueda invitarla a visitarnos o viajar para verla, al menos hemos conversado a la distancia.

Hablando de personas del pasado, vi un reportaje en un periódico de Nueva York sobre una gran operación contra robos en aeropuertos cometidos por empleados. La sorpresa fue que en la primera página estaba la foto de Relena. Parece que la maldición que le pedí funcionó.

Entro a casa después de una reunión con mi suegra.

Durante el embarazo, retomé mis artes navideñas. La madre de Cesare las vio y quedó encantada. Cuando le conté que pensaba venderlas online, me miró con una expresión que no necesitaba palabras. Y la entendí: Stefano y Cesare no estarían de acuerdo con algo así. Soy la esposa de un capo de la Cosa Nostra, no una mujer común.

Al ver mi decepción, Ortensia sugirió crear una ONG y entregar los adornos de manera gratuita a familias que no tuvieran recursos.

Me encantó la idea y, después de hablar con mi esposo, él me dio su aprobación.

Ahora, nuestra ONG *Figli di Babbo Natale*[4] lleva funcionando casi medio año y no podría estar más feliz.

—Buenas tardes. El señor Lattanzi Trovato ya llegó, señora —dice una de las niñeras de mi hijo.

Subo corriendo las escaleras y sonrío al entrar en la habitación de nuestro pequeño y encontrar a Cesare con Pasquale en brazos.

Él no me ve de inmediato, así que me quedo observando cómo conversa con nuestro hijo.

—Mamá estará en casa en un rato, *piccolino* —le dice al bebé, que resopla—. Sí, lo sé. También la extraño.

Lo conocí como un hombre frío, duro, implacable. Un mafioso que impone miedo donde quiera que vaya. Pero aquí, con nuestro hijo, es padre, protector, héroe.

Cesare me ve y abre los brazos, invitándome a acercarme.

—¿Me extrañaste? —pregunto, emocionada.

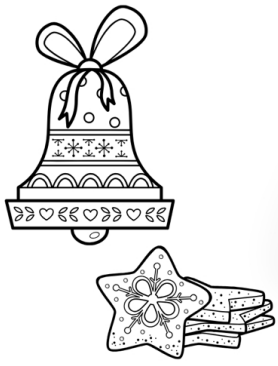
—No podríamos sobrevivir sin ti, esposa. Eres el aire que respiramos.

Beso la mejilla de mi hijo y los labios de mi esposo.

—Te amo, mi Capo. Ustedes dos son mi universo.

El bebé, ahora acurrucado entre nosotros, parece percibir este momento de amor familiar, porque se calma, apoyando su cabecita en el pecho de su padre.

Estamos juntos. Somos una familia. Un solo corazón.



Cesare



Epílogo 2

Las luces del árbol de Navidad iluminan nuestro comedor y, al mirar a mi alrededor, veo a Aubrey con un vestido verde muy sexy, a la altura de las rodillas, acercándose a cada grupo de mis familiares para conversar, asegurarse de que les sirvieron bebidas y aperitivos, o simplemente para conversar un poco, porque la chica que fue criada por una madre cariñosa, pero también por tres monstruos, adora tener una familia numerosa.

Hoy se cumple un año desde que ella entró en mi vida, y con mi hijo de tres meses en brazos, vestido de Papá Noel, observo cuánto ha cambiado Aubrey mi universo. Ella convirtió nuestra residencia en un hogar.

Puedes poseer muchas propiedades alrededor del mundo, tener dinero de sobra, pero necesitas a alguien con amor dentro de sí para transformar uno de esos lugares en un hogar.

Ella se encargó de cada detalle.

Hay guirnaldas por toda la casa, velas sobre la chimenea, medias colgadas con mi nombre, el suyo y el de Pasquale.

Sé que esta época del año le recuerda a su madre.

Algunos meses después de casarnos, la llevé a la tumba de sus padres porque me dijo que no pudo quedarse hasta el final del funeral. Tuvo que escapar.

Lloró y colocó flores para su madre, pero ni siquiera miró la tumba de su padre, porque ahora Aubrey entendió que el amor no es una obligación. No tienes que sentirte forzado a amar a alguien solo porque esa persona contribuyó a tu nacimiento.

—Me estás mirando —dice, acercándose a nosotros, y Pasquale empieza a mover los bracitos y las piernas porque también está loco por mi rubia.

—No puedo evitarlo. Eres hermosa.

—Y tú eres un seductor, mi Capo. —Besa la frente de Pasquale —. Feliz Navidad, *piccolo*. Ven, quiero una foto nuestra. Será la última Navidad de los tres solos.

Frunzo el ceño.

—Querrás decir la primera.

—No, la última. El próximo año seremos cuatro… Espera, hay gemelos en tu familia, así que quizás seamos cinco. O seis.

—¿Estás embarazada? —pregunto, sintiéndome un maldito rey.

Ella me había dicho que quería esperar para tener al segundo hijo, así que asumí que estaba tomando anticonceptivos.

—Sí. Decidí que quiero llenar la casa de *bambini*.

La atraigo para darle un beso en sus labios.

—Me vuelves loco, mujer.

—Hum… Por un beso así, podría hasta tener un bebé por año.

—Estás bromeando.

Ella se ríe suavemente.

—Sí. Aunque sé que a ti te fascinaría, después de este, o de estos, si Dios quiere, vamos a tener hijos cada dos años, ¿te parece?

—Me parece un buen plan. Me encanta ver tu pancita redonda con nuestro hijo.

—Bruto. —Se sonroja, pero sonríe.

—Lo sabías cuando te casaste conmigo, mujer.

—Lo supe cuando te vi por primera vez y aun así no pude evitar entregarte mi corazón. Te amo, Cesare.

—¿Ustedes tres quieren hacerme el favor de mirar y sonreír? —Escuchamos a mi madre decir, y al voltear, la veo acercarse en su silla de ruedas con el teléfono móvil en el regazo—. Necesito un

recuerdo del Papá Noel más lindo del mundo, mi querida nuera y uno de los seis hombres más guapos de Sicilia.

—Ahhhhh, mira, Ortensia. ¡Cesare se puso rojo! —digo—. Ella no dijo nada más que la verdad, marido. Ahora sonríe. Quiero esta imagen en un portarretratos, aunque ya la tengo guardada en mi corazón.



¡FIN!

No olvides leer el bonus del libro 7 de esta serie en la página siguiente.



Ruggieri

Soy el tipo de hombre del que Constance debería huir.

Ella es mi veneno.

Destruyó parte de mi mundo y, aun así, no pude evitar desearla.

En una noche de locura la hice mía, y ahora he descubierto que guarda un secreto.

Mi secreto.

Mi *bambina*.

Y aunque la odie, la convertiré en mi esposa.

Palabras de la autora

Espero que hayan disfrutado la historia de Cesare y Aubrey tanto como yo disfruté escribirla.

Nunca he ocultado que me encanta la Navidad y que es mi época favorita del año.

Siempre publico cuentos o novelas sobre la Navidad, pero esta es la primera vez que lo hago con mafiosos, y me encantó mezclar la magia del espíritu navideño con la "crueldad" de los Lattanzi Trovato.

Cesare y Aubrey quizá hayan llegado a la cima de mi lista como una de mis parejas más improbables, pero me encantó el contraste entre la vendedora ambulante y solitaria y el Capo cruel de la Cosa Nostra que se enamoró perdidamente de ella.

Ya se habrá notado, a través de este libro introductorio, que la presente obra, libro seis de la serie *Seducción Siciliana*, será la puerta de entrada a una serie sobre la Cosa Nostra, ¿cierto?

Cada uno de los cinco hermanos restantes tendrá su propio libro.

La presente serie también contará con un último libro que narrará la historia de Ruggieri, un abogado de la mafia, y Constance, la ex novicia que es amiga de Lexi y Romy y que aparece en algunos libros de la serie *Seducción Siciliana*, además de ser mencionada en *El padre de mi hijo es el amor de mi vida*.

Un beso y hasta la próxima aventura.

D. A. Lemoyne

Interactúa con la autora a través de sus redes sociales

INSTAGRAM
PÁGINA CON TODOS LOS LIBROS DE LA AUTORA

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro “Seducida”, el primero de la saga “Corazones Intensos”. Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como “Alma de Cowboy", “Hermanos Oviedo", “Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

[1] Ciudad ficticia.
[2] En Estados Unidos, una licencia de conducir equivale a un documento de identidad.
[3] Cabe destacar que, al tratarse de un libro sobre la mafia, este término se utiliza en el discurso de un personaje. Resulta obsoleto e inapropiado en cualquier otro contexto.
[4] Hijos de Santa Claus.